



**FEMINIDADES, MASCULINIDADES Y CONSTRUCCIÓN DE LA DIFERENCIA
EN CÚCUTA, NORTE DE SANTANDER: MIRADAS CRUZADAS DESDE LA
JUVENTUD ESCOLARIZADA**

ADRIANA MARCELA PÉREZ RODRÍGUEZ

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE ESTUDIOS DE GÉNERO**

Bogotá, Colombia

2016

**FEMINIDADES, MASCULINIDADES Y CONSTRUCCIÓN DE LA DIFERENCIA
EN CÚCUTA, NORTE DE SANTANDER: MIRADAS CRUZADAS DESDE LA
JUVENTUD ESCOLARIZADA**

ADRIANA MARCELA PÉREZ RODRÍGUEZ

**Tesis de investigación presentada como requisito parcial para optar por el título de:
MAGISTER EN ESTUDIOS DE GÉNERO**

Directora:

Luz Gabriela Arango Gaviria

Ph.D Sociología

Línea de investigación:

Globalización, desigualdades sociales y políticas públicas

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE ESTUDIOS DE GÉNERO

Bogotá, Colombia

2016

No basta con abrirte
Una sola vez.
Debes de nuevo hundirte los dedos
En el ombligo, con las dos manos
Desgárrate.
Dejar caer las ratas muertas y cucarachas
Lluvias de primavera y mazorcas de capullo.
Virar al revés al laberinto.
Sacudirlo.
Gloria Anzaldúa

Lo que da valor –me gustaría subrayarlo- a una palabra no es la certeza que muestra al imponerse sino, todo lo contrario, la carencia, el abismo, la incertidumbre contra la que lucha

Edmond Jabès

A todxs lxs que lo hicieron posible, de una u otra manera, infinitas gracias.

Resumen:

El objetivo de esta tesis es profundizar en los procesos de constitución subjetiva y del espacio social en relación con la creación de diferencias ambivalentes (definidas entre el desprecio y el deseo). Esto ocurren en constante referencia a unas representaciones de feminidad y masculinidad identificadas en Cúcuta, Norte de Santander: los “traquetos” y “mantenidas”, entre otras, donde el cuerpo juega un papel central en su reconocimiento. Evaluó estos procesos constitutivos a partir de las relaciones de género, clase y raza, mediadas por el lenguaje, los espacios socializantes, los grupos de pares, junto con las inestabilidades y fugas constituyentes. La población con la que se trabajó fue aproximadamente 20 estudiantes de décimo grado de dos colegios de la ciudad de Cúcuta: el Colegio Santo Ángel y el Colegio San José, en el transcurso del año 2014, con la que se elaboró entrevistas grupales. Mi experiencia de vida consignada en el diario de campo, fue analizada de la misma manera en esta investigación de tesis.

Palabras claves:

Cuerpo, constitución subjetiva, espacio, diferencia, blanquitud

Abstract:

The aim of this thesis work is to research on subjective and spatial constitution processes in relation to the creation of ambiguous differences (defined amid disgust and desire). Feminine and masculine representations identified in Cúcuta, Norte de Santander, such as “traquetos” and “mantenidas”, are constantly mentioned while the socially signified body is key for their recognition. I analyse such constitutive processes in regards to gender, class and race relation, intervened by language, socialising spaces and peer groups, while also emphasising constituent instabilities. Approximately 20 students from 10th grade, from two schools in Cúcuta, were the participating subjects in group interviews conducted during 2014. My life experience written in my field diary will also be part of the research process.

Key words:

Body, subjective constitution, space, difference, whiteness

FEMINIDADES, MASCULINIDADES Y CONSTRUCCIÓN DE LA DIFERENCIA EN CÚCUTA, NORTE DE SANTANDER: MIRADAS CRUZADAS DESDE LA JUVENTUD ESCOLARIZADA

CONTENIDO

Introducción: ¿Dónde comienza el río? ¿En qué punto se separa de la carretera?	11
Contexto cucuteño	13
Metodologías de investigación situadas: lo propio desde el cuerpo, Las experiencias e incongruencias	18
Aproximaciones teóricas	26
Capítulo I: Conversaciones sobre el espacio: primeras aproximaciones a la ciudad desde sus habitantes	32
Aproximaciones teóricas al espacio y construcción del extraño	34
Conversaciones sobre la ciudad, sus espacios y cuerpos	39
A manera de cierre	56
Capítulo II: “Mantenidas”, “empresarias” y “traquetos”: representaciones y construcción de la diferencia de género y clase	58
Aproximaciones teóricas: cuerpos significados, cuerpos diferenciados	60
“Mantenidas”, “empresarias” y “traquetos”: representaciones de feminidad y masculinidad	66
Para cerrar	106
Capítulo III: Trayectorias de blanquitud y representaciones raciales: constituciones en la raza	108
Aproximaciones teóricas: blanquitud, cuerpo y espacio	111

Cúcuta, blanquitud y comodidad	116
Bogotá, blanquitud e incertidumbre	124
Fallas y paradojas	131
Para finalizar	135
Epílogo	137
Bibliografía	146

INTRODUCCIÓN:

¿Dónde comienza el río? ¿En qué punto se separa de la carretera?



Imagen 1. Vista aérea de la avenida Libertadores en la intersección con la avenida Gran Colombia en la ciudad de Cúcuta, Norte de Santander. Paralelo a la avenida Libertadores está el río Pamplonita que atraviesa parte de la ciudad. Años ochenta.¹

¹ Foto tomada de la página Crónicas de Cúcuta. Ver: <http://cronicasdecucuta.blogspot.com.co/2011/10/76-cucutafinales-del-siglo-xx-i.html>

“Soy de Cúcuta, pero no tengo acento cucuteño”, es posiblemente una de las frases que más uso cuando me presento ante alguien y se percatan de que mi manera de hablar se aparta de sus expectativas. Hay curiosos que se confunden y continúan indagando; algo en los sonidos producidos por mi caja vocal les resulta extraño. Hay quienes me ven con desconfianza, como si estuviera escondiendo o desviando algo. “Viví fuera del país un tiempo y se mezclaron los acentos, por eso hablo así”. Todo el proceso toma la forma de la construcción de afiliaciones, distancia y diferencia, la indagación por las credenciales de la persona, la emergencia de un extraño, las reacciones que causa su presencia, el reajuste después de aclarar su procedencia social. Es un proceso que he repetido muchas veces, en ciertas ocasiones con fastidio, en otras con indiferencia o gracia.

Día a día llevamos a cabo estos ejercicios con mayor o menor reflexividad. Día a día negociamos con nuestras marcas de género, raza y clase. De manera recíproca, nos reconstruimos en ellas y las reconstruimos. Con su soporte, identificamos personas, reconocemos extraños, valoramos saberes y prácticas, erigimos fronteras; interminables cálculos en el devenir de “llegar a ser” el cual siempre nos causa la sensación de estar incompleto. Nuestras cotidianidades se ven protagonizadas por múltiples rostros legibles con la impronta dejada por dichas marcas: venezolanos, travestis, traquetos, ofrecidas y empresarias². Con ellos entablamos relaciones de recíproca constitución nuestra, del otro y del espacio social que habitamos.

Es así que el objetivo de esta tesis es explorar en los procesos de constitución subjetiva y del espacio social en relación con la creación de diferencias ambivalentes (definidas entre desprecio y deseo), a partir de nuestros marcos de género, raza y clase³. En ella, elaboro un relato interpretativo a partir de los aportes de estudiantes de dos colegios de la ciudad de Cúcuta junto con extractos autonarrativos de mi diario de campo, en donde indagué en los aspectos mencionados, junto con las reconfiguraciones que generaban y los modos (más o

² Estas son algunas calificaciones activas en el contexto cucuteño que serán exploradas en el transcurso de esta tesis de grado.

³ La edad también es una categoría de análisis y de interpretación de las experiencias fundamental para esta investigación. Sin embargo, este eje no será abordado en este trabajo.

menos) provisionales de mi propio compromiso subjetivo: conflictos, antagonismos, coexistencias, complicidades, negociaciones, angustias, desprecio, envidia y deseo. En ocasiones, se desdibujan las fronteras de la experiencia individual para crear relatos colectivos que, espero, también resuenen en la lectora o el lector. Más que una investigación social desencarnada, esta es una reconstrucción de aspectos de los universos íntimos de los y las estudiantes, y del mío: nuestros orgullos, alegrías, autosatisfacciones, enojos, temores, vergüenzas y -¿por qué no?- silencios en torno a aquello que todavía no tenemos disponibilidad para vocalizar.

Universos íntimos que resuenan siempre a lo carnal, al cuerpo que, en discusión con otros cuerpos, saberes y disciplinas del conocimiento, abre una puerta de entrada para indagar en el universo de las relaciones sociales, la diferencia, la constitución y fragmentación de nuestro devenir subjetivo. Frente a la pregunta elevada décadas atrás por Anne Wizt (2000) y Dorothy Smith (2007) ¿qué cuerpos importan en la teorización de conocimientos? Respondemos acá que son los nuestros, estimulando nuestras narrativas y autonarrativas para que partan siempre de la carne, como indica Leonor Arfuch:

Si el cuerpo está tradicionalmente excluido de la autobiografía, volcada más bien hacia los estados del alma, intelecto, espíritu y memoria, en este tipo de relatos aparece comprometido de modo prioritario, no solo como objeto de tormento sino también como un registro importante de autoafirmación. (2013, p.98)

Contexto cucuteño

¿Qué significa hablar del contexto cucuteño en el marco de esta tesis de maestría? ¿Qué recortes implica? Cúcuta es la ciudad capital administrativa del departamento Norte de Santander, ubicada al noreste del país, habitada por 1.355.787 personas aproximadamente (DNP, 2015). Cúcuta y motilones han funcionado por antonomasia, este último término es aplicado a los pobladores de la región que, previa a la maquinaria colonizadora, estaba habitada por numerosas comunidades pertenecientes a las etnias motilón-barí y chitareros asentadas entre los ríos Zulia, Tarra, Guaca, Servitá y Sardinata (Pabón Villamizar, 1992). En los procesos de repartición colonial, guerras independentistas, división geopolítica departamental y posterior conformación de centros urbanos entre los siglos XIX y XX, estas

poblaciones fueron fracturadas por colonos, campesinos, migrantes temporales y población urbana. En su proceso de conformación como centro urbano, Cúcuta atrajo a un gran número de comerciantes extranjeros que se sintieron atraídos por las ventajas de este puerto seco encargado de la circulación de mercancías a Venezuela, Inglaterra y Francia (Gamboa, 2009). Dicho reconocimiento ha sido mantenido hasta la actualidad en el plano local y nacional, donde se equipara a la ciudad con la actividad económica comercial que estimula flujos de personas.

La ciudad también es reconocida a nivel nacional por su proximidad con la frontera colombo-venezolana. Para los y las locales, Venezuela no es aquel vecino distante que se conoce a través de reportajes en canales nacionales y análisis políticos en los periódicos. La vecina república representa el día a día de la ciudad, es una presencia activa y constante en las vidas de sus habitantes; su panorama político, social y económico repercute directamente en la región. Históricamente, el vecino país ha sido el mayor socio de la economía cucuteña, desarrollada alrededor de industrias como la cerámica, el calzado y del comercio: Cúcuta se ha beneficiado de la proximidad geográfica y económica con Venezuela, su primer socio comercial y destino de aproximadamente 90% de sus exportaciones (Sánchez Jabba, 2014). Esta frontera ha sido vista por muchos años como una de las más dinámicas de la región latinoamericana, manteniéndose con un flujo diario de 177.320 personas que cruzan ambos puentes internacionales, Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, para comercializar bienes y trabajar del otro lado de la frontera (Sánchez Jabba, 2014).

En los últimos años, las políticas de devaluación del Bolívar, moneda venezolana, han tenido repercusiones negativas en distintos sectores económicos de la ciudad, exacerbada por el abandono del Estado colombiano. Sectores de la ciudad expresan ansiedad por la caída del consumo local y venezolano, contexto que se ha visto severamente afectado por la actual crisis de abastecimiento que enfrenta el vecino país. Sumado a esto, existe un descontento generalizado de pequeños y medianos empresarios y comerciantes, que argumentan que las medidas de reactivación de la economía regional⁴ proveen solvencia económica únicamente

⁴ Estas medidas han sido implementadas por el Gobierno Nacional en periodos de agravación económica. Actualmente la región se rige por unas medidas empleadas en el año 2015 que fueron diseñadas para fortalecer la economía de la ciudad

a grandes negocios, siendo las cadenas de supermercados nacionales e internacionales las más beneficiadas (Alba, 2014; La Opinión, 2015). La población cucuteña considera asfixiante el actual contexto que obliga, en particular a pequeños y mediados comerciantes, a vender a precios más bajos, mantener constantes ofertas en los almacenes y liquidar sus negocios (Cruz Hoyos, 2010).

Frontera es una palabra que se escucha y lee en el cotidiano: “Cúcuta ciudad frontera” dice alguno de los letreros de bienvenida que recibe a los visitantes. Es también una vivencia sin cierre para los y las locales. No es extraño escuchar términos venezolanos en boca de cucuteños ya que la frontera es entendida como un espacio de movilidad y confluencia de bienes, personas, actividades, lenguaje, ideas y estéticas. “Chamo”⁵ convive con “toche”⁶, los nombres de boutiques en inglés o francés se mezclan con la caricaturización de hombres indígenas de la tribu motilón-barí en logos comerciales, mientras muchos y muchas aseguran no sentirse “ni de aquí (Colombia) ni de allá (Venezuela)”. Podría argumentarse que la ciudad es la capital del vaivén, ya que también se encuentra ubicada sobre unas placas tectónicas activas que producen recurrentes movimientos telúricos que, junto con las fuertes corrientes de viento que han demarcado el Valle de Cúcuta, han habituado a su población a cotidianas oscilaciones.

Las diferentes caras del conflicto interno también determinan la región nortesantandereana. Según un estudio hecho por Fundación Democrática y Fundación Progresar, los cultivos de drogas ilegalizadas aparecieron en el departamento en 1980 de la mano de guerrillas comunistas, principalmente las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), atrayendo a campesinos de la región por razones de pobreza, por la promesa del “dinero rápido”, el fracaso en cultivos de pan-coger y la negligencia del Estado colombiano (Villarraga, Cañizares & Ramos, S.F). Debido a que Cúcuta es puerto de salida de drogas para destinos internacionales, una gran cantidad de población que trabajaba en los negocios del narcotráfico en el Catatumbo, ha migrado a la ciudad desde mediados de la

frente al debilitamiento económico con proyectos para incrementar la productividad de la región a partir de: incremento de empleo formalizado, créditos para las industrias e incentivos para la inversión extranjera, entre otros.

⁵ Chamo es un sustantivo venezolano mencionado entre jóvenes o para referirse a jóvenes.

⁶ Toche es un vocablo cucuteño que se utiliza de múltiples formas e inflexiones.

década de los años ochenta, estableciendo barrios de “raspachines”⁷. La entrada violenta de la Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) alteró el panorama en la ciudad, que se volvió su centro de operaciones al brindar la infraestructura y los servicios necesarios en la consolidación del proyecto paramilitar. De acuerdo con Meneses Reyes (2014), desde su incursión en el departamento a finales de la década de los noventa, el paramilitarismo ha estado fuertemente relacionado con el control del narcotráfico y el contrabando, extendiendo su influencia al aparato militar, gubernamental, económico y político en el departamento y la ciudad.

En el casco urbano, el conflicto se ha manifestado con distintas aristas. Por un lado, la militarización de la vida cotidiana se evidencia en varios sectores donde distintos actores del conflicto armado imponen códigos de conducta social so pena de muerte, privan a grupos sociales del uso del espacio público para trabajo o recreación, llevan a cabo reclutamientos forzosos y cometen asesinatos para reconfigurar el orden social (La Opinión, 2016; La Opinión, 2015a; Cercapaz, 2013; Colombia Informa, 2013). En los sectores medios altos y altos de la ciudad, el recrudecimiento del conflicto armado se manifiesta en la cantidad de propiedades para venta y arriendo, resultado de la migración de familias que abandonan la ciudad por temor a las dificultades económicas y al ascenso social de personajes que identifican como participantes de economías ilegalizadas.⁸ Este panorama de migración está presente en todas las clases sociales y ha venido ocurriendo más notoriamente durante los últimos 3 o 4 años.

La Hna. Tatiana Sarmiento⁹ complementa esta idea, exponiendo el reciente auge de la construcción en los sectores más encarecidos de la ciudad. De acuerdo con ella:

Hace unos diez años no veíamos las casas tan exuberantes y exageradas que veíamos en la ciudad de Cúcuta. Un derroche de dinero cuando sabemos todos que estamos en unas condiciones económicas muy difíciles. De todos modos en Cúcuta se sigue construyendo a diestra y siniestra. Y no se están construyendo los apartamenticos,

⁷ Término utilizado para referirse a campesinos y campesinas que se trabajan en los campos de cultivo de cocaína y se dedican a quitar las hojas de coca de las ramas. Esta población conforma el primer eslabón en la cadena del narcotráfico.

⁸ De acuerdo con el participante entrevistado, el revisor fiscal Juan Guillermo Pérez Hoyos el 22 de abril, 2014.

⁹ Extracto de la entrevista elaborada a la Hna. Tatiana Sarmiento el 17 de abril, 2014. Ella se desempeña como coordinadora de catequisis en el Colegio Santo Ángel en ambas jornadas.

ni las casitas, se están construyendo los [énfasis] apartamentos, las [énfasis] casas, de miles y miles de millones de pesos. Esto es producto del narcotráfico. Que hoy en día con la situación económica con la que tenemos, al lado de nuestro colegio nos quieran colocar un centro comercial donde van a venir las marcas de ropa, las franquicias extranjeras más exclusivas del país, a una ciudad en donde todos sabemos que está en crisis económica, eso también se llama narcotráfico. Y mucho de eso es simplemente lavado de dinero

Mientras unos sectores están atravesando un auge de modernización en términos de construcción infraestructural, muchos otros están enfrentando un grave déficit de vivienda frente a los elevados índices de pobreza, desempleo y desplazamiento forzoso resultante del conflicto armado (Cámara de Comercio, 2015). Resulta impresionante observar los altos niveles de desigualdad social en una ciudad con un fuerte desempleo y con síntomas relacionados con la pobreza, como la deserción estudiantil, la creciente percepción de inseguridad, la fuerte economía del rebusque y los mayores niveles de mendicidad (La Opinión, 2014). Curiosamente, durante estos periodos de agudización de crisis, se ha fortalecido el consumo de bienes y servicios exclusivos, como automóviles de gama alta, bares y restaurantes, en varios círculos sociales de sectores medios y altos de la ciudad.

Contexto de las instituciones educativas

Las reflexiones que propongo en esta tesis, se apoyan en las entrevistas colectivas que realicé en el año 2014 con estudiantes del colegio San José y del Colegio Santo Ángel de la Guarda, cuando cursaban décimo grado. El primer colegio es una institución educativa de administración oficial y postura laica, cuya modalidad fue inicialmente femenina hasta hace 14 años cuando, por órdenes del gobierno nacional, comenzó a incluir a niños y jóvenes hombres en el programa educativo. El colegio cuenta con dos jornadas educativas ambas oficiales, en la mañana y en la tarde, pero los y las participantes pertenecían a la jornada de la mañana. En una entrevista con Amanda Mejía¹⁰, la docente afirmó que los y las estudiantes de esta institución educativa provienen mayoritariamente de sectores socioeconómicos bajos y medios bajos, pertenecientes a estratos 1, 2 y 3, aunque este último no predomina en la

¹⁰ Entrevista realizada el 15 de abril, 2014. Amanda Mejía es profesora de ciencias sociales en el Colegio San José. A ella la conozco desde hace varios años y fue por la confianza depositada y las anécdotas sobre su labor, que escogí la institución y me fue permitido trabajar con los y las estudiantes.

institución a nivel estudiantil. La profesora Mejía atribuyó el creciente número de deserción estudiantil del colegio en los últimos años al impacto social producido por las crisis diplomáticas y socioeconómicas con Venezuela. Muchas de las familias, como me fue informado, viven del rebusque económico, no tienen vivienda fija y les es crecientemente difícil financiar el transporte, la alimentación y los uniformes a los y las alumnas del colegio. Aquellos que logran mantenerse en las instituciones de educación enfrentan una situación precaria debido a que se les dificulta pagar manutención como alimentos, fotocopias o uniformes.

El Colegio San Ángel de la Guarda, también cuenta con dos jornadas educativas, la mañana tiene una administración privada, mientras que la jornada de la tarde es de carácter oficial. El colegio mixto es de carácter religioso católico, fue fundado hace 58 años por las hermanas de la Comunidad del Ángel de la Guarda de España con el propósito de educar a las niñas y jóvenes mujeres de sectores económicamente empobrecidos. Aunque durante varios años recibió mayoritariamente a niñas y jóvenes mujeres de familias con mayor solvencia económica. De acuerdo con el rector Leonardo Celis¹¹, la crisis económica actual ha obligado a flexibilizar sus políticas de admisión para permitir el mayor ingreso de alumnos provenientes de sectores medios, quienes ahora conforman la mayoría del estudiantado.

Metodologías de investigación situadas: lo propio desde los cuerpos, las experiencias e incongruencias

Donna Haraway (1995) escribió: “la objetividad feminista significa, sencillamente, conocimientos situados” (p.327), enunciado que repetimos todas desde el inicio de nuestra carrera de maestría o especialización en la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional. Lo seguimos diciendo: conocimientos situados, *feminist standpoint* (Harding, 1987), lugar de enunciación (Curiel, 2009). Variedad de conceptos que auguran el

¹¹ Entrevista realizada el 14 de abril, 2014. Leonardo Celis es el rector del Colegio Santo Ángel de la Guarda. Yo soy exalumna de este colegio y fui su alumna, lo que me facilitó el contacto con las directivas para trabajar con estudiantes de esa institución.

conocimiento encarnado, vivenciado, contextualizado dentro de los márgenes de un cuerpo y unas relaciones sociohistóricas. En la repetición mecánica que a veces hacemos de estos términos hay riesgos, por lo que debemos detenernos, pensar en cada palabra reiterada y en los desafíos que nos proponen. ¿Cómo se elabora y qué implicaciones tiene la investigación feminista para la investigadora, para las personas investigadas, para el o la lectora? “La objetividad feminista significa, sencillamente, conocimientos situados” Volví a repetirlo en un recorrido hacia el centro de la capital cuando sentí mi primer escalofrío: “¡conocimiento situado! ¡Eso significa que tendré que incluir mi experiencia en la tesis!”. No necesariamente debe tomar esta dirección, pero aquel fue el primer sentido que le encontré a este enunciado: mi experiencia, mis angustias, mis contradicciones también debían estar reflejadas como la de los y las participantes.

Fue así que, en medio de la zozobra de exponer mis vulnerabilidades, decidí incluir mi trayectoria a la par de quienes participaron en el trabajo de campo de esta investigación. El significado del conocimiento situado cambiaba su rostro: de enunciar los lugares desde los cuales iba a interpretar los fenómenos investigados, mujer blanco-mestiza académica, a consignar mis experiencias en un diario de campo e incluirlas para que fueran evaluadas con los mismos lentes teóricos. Situarme ya me estaba generando sus primeras incertidumbres, ¿qué rostros míos tendré que enfrentar y exhibir en el proceso? Incluirme tendría otras implicaciones en el texto, quería escribir en primera persona, hablar de un “yo”, un “mí”, un “nosotros”, un “nuestros”; exponer también las sensaciones que me despertaron los y las estudiantes en las entrevistas grupales y aquellas que yo pude haber generado sobre los grupos.

Rosana Guber (2001) mencionaba que toda entrevista es una relación social, un punto de confluencia de sentidos, donde se producen nuevas reflexividades y se reconstruyen los sentidos. Conocimiento situado... Mi entendimiento sobre el trabajo de campo se ampliaba: ya no era solo introducir extractos de mi vida, comprendía también evaluar las relaciones intersubjetivas y su efecto sobre la producción de conocimiento. Las entrevistas grupales se constituyeron como un espacio que propició lo fortuito, lo contingente, los silencios y miradas cómplices, las sacudidas a mis certezas y la constitución de autoridad entre

participantes. Los aportes mencionados en las entrevistas grupales dieron luces para indagar en los territorios de mi memoria y olvidos, luego consignados en mi diario de campo. Hubo en mi memoria aspectos de interés que fueron llevados a las entrevistas grupales para ser discutidos en colectivo. Hubo también discusiones en las entrevistas que despertaron inquietudes sobre mi trayectoria. Quizás esta retroalimentación pueda considerarse como un método cooperativo (McDowell, 2004) que se nutre de intercambios entre los puntos de vista de la investigadora y el grupo participante. Ya decía Ochy Curiel (2009) que el lugar de enunciación, aquella formación discursiva e interpretativa con efectos materiales sobre nuestras vidas y relaciones, es una autobiografía construida colectivamente.

Los y las estudiantes también me hicieron reconocer vacíos que previamente no tenía en cuenta. Con su ayuda advertí aspectos que no quería consignar en mi diario de campo porque exponía mis vulnerabilidades: los lugares desde donde he ejercido dominación, los privilegios lucrados y la complacencia con ello. Para muchas feministas autónomas es claro: no se negocia con los poderes dominantes y hegemónicos, únicamente por fuera de ellos se puede construir alternativas de resistencia y transformación (Bedregal, S.F; Lorde, 1983; Vargas, 2008; Curiel, 2009; Falquet, 2014). En mi caso, entonces, ¿qué podía hacer al darme cuenta que yo no constituía un “afuera”, sino que (re)producía subordinaciones de clase, género y raza? Frente a la inquietud, decidí soltarlo y escribirlo; sumergirme en mis experiencias junto con las de los y las participantes. Recuerda Gloria Anzaldúa (1983) que parte de la escritura encarnada consiste en encarar nuestras limitaciones. Así el conocimiento situado cobró un mayor sentido: involucraba nuestros límites y zonas grises, lo que podemos “ver”, aquello que no podemos o deseamos “ver” en este instante.

La investigación se desarrolló alrededor de esta tensión entre lo expuesto y lo que yo no “quería” ver. A medida que avanzaba el trabajo de campo me encontraba en un mayor grado de confusión. El proyecto de tesis propuesto al final del segundo semestre de la Maestría en Estudios de Género se interesaba por la construcción de subjetividades en el contexto de la “cultura del narcotráfico”, que percibía como un fenómeno social latente en Cúcuta. Sin embargo, constantemente me preguntaba: “¿a qué me refiero cuando hablo de cultura del narcotráfico?” No dudaba inicialmente en descargar culpas sobre los y las participantes que

no me proporcionaban la información que necesitaba. Eran, al fin y al cabo, ellos y ellas quienes con sus inconsistencias me obstaculizaban las respuestas que estaba buscando. *Ellos y ellas* eran responsables de que *yo*, en mi papel de investigadora, me encontrara en esta situación de poca claridad. No era mi intención y muy probablemente no había caído en cuenta de ello, pero con ese tipo de acusaciones estaba reproduciendo las lógicas de verticalidad y colonialidad a las que tanto me había opuesto en el desarrollo de mi metodología. Me encontraba reconstruyendo una distancia entre yo como poseedora de conocimiento y las y los otros, aquellos objetos de estudio que no me proveían con la evidencia objetiva necesaria para validar mis conocimientos previos (Suárez-Krabbe, 2011).

Analizando más cuidadosamente, me di cuenta de que había un conjunto de temas de discusión paralelos en las entrevistas grupales: el que yo intentaba que se dialogara en los grupos y los que ellos y ellas discutían pese a mis esfuerzos. Comencé a investigar con la certeza de que en Cúcuta había cobrado vida un fenómeno al cual nombré “cultura del narcotráfico”, por lo que consideraba pertinente estudiar el tema del narcotráfico como actividad económica responsable de cambios a nivel sociocultural, como la estética corporal, el gusto y las relaciones sociales. Esos cambios fueron conjuntamente atribuidos en mi grupo de pares a la presencia del narcotráfico en la ciudad, probablemente como resultado de haber escuchado el uso reiterado del término en conversaciones sobre la situación económica y de seguridad, junto con el creciente número de producciones audiovisuales en medios de comunicación sobre este fenómeno. Las discusiones mías y de mis pares, sin embargo, no giraban en torno a cifras económicas, sino alrededor del reconocimiento de nuevas personas en nuestros entornos más próximos y de cambios en los patrones de feminidad y masculinidad. Estos cuerpos no estaban vacíos, rápidamente les otorgamos significados desde nuestras posiciones de clase y género: los hombres eran “traquetos” y las mujeres eran “fáciles”.

Cuando elaboré la guía para la primera entrevista grupal, la intención era que en sus relatos emergieran estas dos figuras para poder analizar la relación de los y las estudiantes con ellas. Sólo en las últimas sesiones, me di cuenta de que, junto con estos individuos que deseaba “ver”, existía un amplio abanico de personas que sobrepasaban mis expectativas iniciales y

a partir de los cuales construían espacios y relaciones diferenciadas. Aquella dinámica ocurrió en mayor medida con los y las estudiantes del Colegio San José quienes se preocuparon por participar comentando sobre temáticas que les causaban mayor interés. Desde un inicio existió mayor empatía con este grupo, lo que influyó en un desarrollo más exitoso del trabajo de campo, medido en términos de espontaneidad, interés y participación. Con sus comentarios y actitudes, expresaban agrado porque una persona ajena a sus entornos más próximos estuviese interesada en escucharles y se mostraban contentos de que sus vivencias cotidianas me generaran interés.

En cambio, el grupo del Colegio Santo Ángel expresó pérdida de interés, manifestada con comportamientos apáticos e indiferentes. Reflexiones posteriores sobre el desarrollo de la investigación, me permitieron concluir que gran parte de los obstáculos en las sesiones provenían de la universalización e imposición de mi experiencia en la ciudad ante el grupo participante. De Sousa Santos (2003) nos recuerda cómo la producción de conocimiento que pretenda ser crítico, debe partir de la crítica al conocimiento propio. La universalización de mis reflexiones y los marcos sociohistóricos desde donde elaboré el concepto de “cultura del narcotráfico”, me imposibilitaban pensar que los actuales contextos son entendidos bajo otros lentes y que las y los jóvenes investigados tienen sus lugares de enunciación propios desde donde dan sentido a las realidades de su ciudad. Esto trajo consigo interrogantes sobre mi papel de investigadora: ¿Por qué me enfoqué tanto en ciertos temas? ¿Qué quería probar al insistir tanto en discusiones de patrones de feminidad que yo sancionaba? ¿Cómo me habrán leído estos y estas estudiantes producto de mi insistencia?

¿De dónde partió este interés? ¿Hubo, en algún momento, un suceso extraordinario que marcara la partida o este se asemeja más a una trayectoria en curso con puntos de mayor reflexividad? ¿Qué personas aparecen en mi mente y alimentan este interés por el tema de tesis inicialmente planteado? ¿Cuáles cobran una menor relevancia hasta el punto de entrar en el olvido? Con el tiempo comprendí que mi insistencia provenía de la necesidad de sentirme respaldada frente a fenómenos sociales que me habían causado molestia durante mis últimos años en Cúcuta: los cambios en mi barrio, Los Caobos, por la llegada de nuevos

habitantes, personas a quienes identificábamos como “traquetos”¹², los “nuevos ricos” del lugar. Mi tema de tesis fue una manera de explorar estas molestias, en aquel momento etéreas, y darles “cuerpo”. Dichos personajes hombres “ordinarios” o “traquetos”, y mujeres “fáciles” me acompañaron desde entonces y esta investigación se convirtió en una oportunidad íntima de verles el rostro y verme el rostro a mí misma desde otro lente, uno sociológico-feminista. Esta es una investigación encarnada, un viaje donde las palabras, los silencios, las posturas corporales, los tonos de voz, las posiciones de las manos, las expresiones faciales y comunicaciones visuales, dan entrada a nuestros universos íntimos, a nuestras alegrías, enorgullecimientos, molestias, angustias y contradicciones.

El trabajo de campo contó con tres momentos. Inicialmente, realicé entrevistas semiestructuradas a docentes de ambas instituciones con el fin de conocer el contexto estudiantil. Del Colegio San José entrevisté a la profesora de ciencias sociales, Amanda Mejía, que trabaja en ambas jornadas, y del Colegio Santo Ángel al rector de la jornada de la mañana, Leonardo Celis, y a la Hermana Tatiana Sarmiento, coordinadora de pastoral de ambas jornadas. Con los y las estudiantes se llevaron a cabo 4 entrevistas grupales en la ciudad de Cúcuta entre marzo y agosto de 2014. Los y las estudiantes tenían un rango etario de 14-18 años de edad, cursaban décimo grado de bachillerato en ese periodo y pertenecían a dos colegios distintos: el Colegio Santo Ángel de la Guarda y el Colegio San José¹³, ambos mixtos. El primer colegio acoge a jóvenes de sectores socioeconómicos medios y medios-altos, su administración es privada y se caracteriza por una educación católica. El segundo colegio recibe un estudiantado de sectores socioeconómicos bajos, es de administración pública y, por lo tanto, tiene una postura oficial secular frente a la educación. Ambas instituciones tienen jornadas educativas en la mañana y en la tarde, en el CSA la jornada privada es en la mañana y la oficial en la tarde, en el CSJ ambas jornadas son oficiales. Realicé cuatro entrevistas grupales entre marzo y agosto de 2014 en cada colegio: tres mixtas

¹² Similar al concepto “pretendientes pretenciosos” de Pierre Bourdieu (2012), quienes surgen en el campo dialéctico de la clase dominante donde luchan los “poseedores distinguidos” y los “pretendientes pretenciosos” por el orden social, que es el orden de la distinción, la percepción, el reconocimiento y la autoridad.

¹³ De ahora en adelante y con la intención de simplificar la lectura, el Colegio Santo Ángel se reducirá a sus siglas CSA y el Colegio San José a las siglas CSJ.

y una dividida por sexos. Aquello permitió una mayor participación e indagación sobre sus experiencias, como fue el caso con los hombres quienes expresaron aspectos más íntimos sobre sus relaciones consigo mismos, entre ellos y con los grupos de mujeres. Las entrevistas tuvieron una duración aproximada de 45 minutos con el grupo del CSA y contó con la participación de 10 (5 mujeres y 5 hombres, con una media etaria de 15 años) estudiantes en las sesiones mixtas y 4 en las sesiones del mismo sexo. En el CSJ, las entrevistas duraron aproximadamente una hora con 8 participantes en las sesiones mixtas (5 hombres y 5 mujeres, con una media etaria de 15 años), 4 participantes mujeres y 7 hombres en las sesiones del mismo sexo.

De manera alterna, llevé un diario de campo entre enero y agosto de 2015 en el que anotaba extractos de mi memoria sobre mi último año en Cúcuta y mi primer año en Bogotá, con el propósito de elaborar una lectura comparativa entre mis experiencias y la de los grupos entrevistados. Me interesó abordar ese periodo que comprende el año 2006 y 2007, cuando tenía 17 años de edad, porque fue entonces cuando comencé a tener una mayor reflexividad sobre la legibilidad de otros cuerpos que habitaban mi espacio social, con los que desarrollaba pequeñas pero intensas luchas cotidianas sobre la legítima definición de mi espacio y de quiénes lo habitan.

Tanto las entrevistas colectivas, como la elaboración de mi diario de campo y el texto de tesis resultante, son “zonas de contacto” (Pratt, 1992) de trayectorias previamente separadas que entran en interacción y cuya copresencia constituyen a los sujetos. Las entrevistas fueron interacciones convocadas, donde mis intereses, los intereses y posturas de los y las participantes confluyeron y crearon un espacio alterno e improvisado de diálogo, mediación y parodia. El diario de campo fue una zona de contacto porque en la interacción con las trayectorias de los grupos participantes, rehíce recorridos de mi memoria sobre aspectos que se mantenían en una indiferencia previa. La Adriana plasmada en el texto fue el resultado de la copresencia de los y las estudiantes que, con sus experiencias y denuncias, reconstruyeron mi camino autobiográfico. Por último, el texto de investigación presente es una zona de contacto entre metodologías, trayectorias, teorías y lenguajes; también de sujetos previamente separados y reconstituidos en espacios intersubjetivos. Podría plantearse que

este texto final es una práctica autoetnográfica que, frente a los cánones académicos que definen los parámetros del producto, se construye desde la heterogeneidad de lenguajes, la mezcla metodológica y teórica que se rehúsan a afirmarse desde la coherencia (Pratt 2010; Halberstam, 2008).

¿Qué puede esperar mi interlocutora en la lectura de este escrito investigativo? Quien recorra las páginas se percatará de capítulos fragmentados, aunque con hilos conductores transversales. Cada capítulo tiene su centro, sus intereses, modos de escritura y de relacionarse con los otros, con el texto entero, conmigo y la interlocutora. Dice Edmond Jabès (2008): “el escrito no es un espejo. Escribir es enfrentarse a lo desconocido” (p.20). Prosa que reflejó mi proceso, ya que cada capítulo representó un inicio, punto donde me debatía sobre cómo expresarme, qué experiencias y aspectos míos y de los y las participantes saldrían a la luz. A medida que transcurría la investigación, sentí que adquiriría mayor madurez en el ejercicio de escritura, proceso que también se verá reflejado en este documento final.



Imagen 2. Barrio Los Caobos sobre la avenida Libertadores y la calle 15. Años noventa.¹⁴

¹⁴ Foto tomada de la página Crónicas de Cúcuta. Ver: <http://cronicasdecucuta.blogspot.com.co/2011/10/cucutafinales-del-siglo-xx-iv.html>

Aproximaciones teóricas

El presente documento de tesis dialogará fluidamente con figuras de la disciplina sociológica y las corrientes feministas, junto con los aportes e interrogantes míos y de los grupos participantes. Esta confluencia, nutrirá el objetivo de la tesis de indagar en los procesos de constitución subjetiva, del espacio social y la creación de diferencias ambivalentes. Evalúo dicha constitución a partir de las relaciones de clase, raza y género, mediadas por el lenguaje, las instituciones socializantes, los grupos de pares, así como por sus inestabilidades y fugas. Lo que significa que no hablaré de la constitución subjetiva coherente o como producto del designio del constructivismo radical (Bonder, 1999), sino de unas constituciones en permanente reconstrucción y tensión entre complicidades, reproducción, subordinaciones, contradicciones y resistencias.

Estos aspectos emergieron en relación con los cuerpos (los suyos, el mío y los de otros y otras) y me permitieron indagar cómo, a partir de nuestras particularidades, somos partícipes en escenarios de constitución, reproducción, oscilación y contestación de las relaciones y de nuestros devenires sociales. La importancia brindada al cuerpo¹⁵, sirve como lupa para analizar cómo opera la constitución subjetiva, cómo nos relacionamos con normas objetivas, cómo damos sentido a nuestra existencia a partir de la circulación de significados y cómo utilizamos los recursos clasificatorios. Los relatos sobre la constitución del cuerpo por medio de aspectos aparentemente inocuos como la vestimenta y las expresiones corporales, me permiten una entrada a la incorporación de nociones de género, clase y raza en nuestros universos sociales, a partir de constantes ejercicios de sanción, estimulación y exclusión, junto con las formas como se relacionan con estos procesos.

Cuando menciono el término cuerpo, este no se asemeja a un proyecto consolidado toda vez que es un espacio que oscila, se reacomoda e incluso confronta las fuerzas constituyentes, resistiendo abiertamente a prácticas de subordinación y dominio. Recordemos el llamado de

¹⁵ Entendida como una noción que no existe objetivamente sino como instrumento de materialización inscrita en un régimen de corporalidad que, a través de un continuum de disciplinas y disciplinamientos, discursos y construcciones simbólicas, tiene expresiones y consecuencias en términos de materialidad (Citro, 2011; Pedraza, 2004, 2011, 2013)

bell hooks (2005) a la apropiación del peinado afro como una práctica de militancia política ante la colonización de los cuerpos negros a partir de patrones de belleza y técnicas de poder que reproducen opresiones racistas, como las cabelleras lacias y el planchado del pelo. Desde otra orilla, autoras como Paul Preciado (2000) y Judith Butler (2010), han señalado que el cuerpo resignifica las técnicas de reproducción de la diferencia a partir de reapropiaciones estratégicas. La popular Conchita Wurst, desconcierta y fascina a su público por este juego de técnicas: su feminizada estilización y expresión corporal, acompañada de su característica barba y un engranaje de tonalidades acústicas en el escenario que varía entre notas graves y gruesas asociadas con voces masculinas, y notas finas y agudas que asemejan tonos femeninos. También, vale la pena mencionar casos de mujeres combatientes en las fuerzas armadas, institución tradicionalmente masculina, que mediante prácticas corporales, como marcas de feminidad sutiles en sus rostros y cabellos, se posicionan de manera estratégica frente a la desvaloración de lo femenino en estos espacios (Constantini, 2008). Todas estas aproximaciones evidencian la complejidad de este concepto que se rehúsa a plegarse a una única definición, pero también indican que la constitución de relaciones sociales se debe pensar desde el cuerpo, entendido como un espacio político inacabado, abierto a fugas y reactualizaciones.

El cuerpo como hilo conductor nos aproxima a la constitución subjetiva y de la diferencia como proceso recíproco, como recuerda Olga Sabido Ramos (2012): “por extraño se entiende una relación, no un sustantivo, las personas no son extrañas en sí, resultan extrañas para alguien, nada ni nadie resulta extraño si no lo contrastamos con lo nuestro” (p.34). Estas relaciones se desarrollan desde posiciones sociales desiguales, con grupos que históricamente han logrado retener un poder hegemónico sobre la construcción y circulación de prescripciones acerca de quién o qué es el o la extraña, cuáles son los lugares que debe ocupar, las maneras de relacionarse; en general, las condiciones desde las cuales se hace viable su existencia (Guillaumin, 2010). La diferencia no es un concepto neutral, ajeno a los malestares sociales, sino una categoría de poder que construye y legitima realidades materiales de desigualdad. Como recuerda Guillaumin en el texto referenciado, en este proceso el cuerpo del extraño amenazador se convierte en un marcador de la diferencia: desde

el color de la piel y el idioma, hasta las posiciones adoptadas en el momento de oración y el insoportable olor de su comida. Dichos derroteros, legitiman una variedad de relaciones sociales no excluyentes: entre la dominación y la segregación, la exotización, el temor y el deseo.

Sin embargo, al ser la diferencia el producto de una relación social, esta no puede entenderse como inevitablemente monolítica. Por un lado, como se evidenciará en el texto, la construcción de diferencias se caracteriza por matices, zonas grises con experiencias paradójicas en las que coexiste el desprecio, con el deseo y la envidia. La constitución relacional de la diferencia, implica abordarla como un proceso abierto a fugas, sobre el que tenemos un menor control consciente del que esperábamos. Por otra parte, nuestra posición está sujeta a cambios y de ser prescriptoras en un momento, en otro podemos encarnar inquietantemente la diferencia que enunciábamos; relación que para Sabido Ramos (2012) está: “en disputa en la que, por cierto, hasta el más familiar de los familiares puede caer” (p.17), convirtiendo nuestros cuerpos en un campo de angustias y temores, de incertidumbre ante una posible proximidad al Otro o la Otra despreciable. En diversos puntos de nuestras trayectorias, especialmente aquellos caracterizados por ser periodos de confrontación, seremos amenazados en convertirnos en Otros: en la “perra”, el “partido”, la “calentana”¹⁶, ante las demás personas y ante nosotros mismos.

En esas coyunturas adquiriremos, en menor o mayor grado, una *conciencia de ser percibidos*, en el doble sentido de la palabra: *ser* como verbo, la acción significadora de otros sobre nuestros cuerpos, y *ser* en tanto nos convertimos en sujetos evaluados desde la alteridad. Por eso mismo, el cuerpo también se entiende como un locus de reflexividad con el que aprehendemos las jerarquías de nuestro universo social y nos posicionamos frente a sus significados en clave corporal. La percepción como acto corporal, no es reductible a funciones pasivas de nuestros órganos oculares, auditivos, olfatorios y táctiles. Es una experiencia significativa y significatoria a partir de la cual adquirimos y producimos conocimiento sobre las relaciones de nuestro universo social. Un conocimiento que, valga la

¹⁶ términos mencionados con burla y desprecio por los y las estudiantes, como por mí, durante el trabajo de campo.

aclaración, no es ajeno a los conflictos políticos de reproducción de diferenciaciones y desigualdades.

Con la metodología utilizada fue posible explorar esta relación entre prácticas corporales, constitución subjetiva, construcción de espacios y producción de la diferencia: por un lado, las respuestas de los y las participantes permitieron la indagación de procesos de reconocimiento y diferenciación, junto con la relación física o imaginaria con personajes de la ciudad identificados desde posiciones de clase, género y raza. Aquello abrió la puerta al estudio de relaciones sociales como la vigilancia de la sexualidad femenina, la estigmatización de aspectos femeninos en la construcción de masculinidades viriles, la segregación socioespacial de grupos percibidos como “indeseables”, la envidia y el deseo frente a otros proyectos de feminidad abiertamente censurados.

Por otro lado, uno de los grandes beneficios de las entrevistas grupales fue la interacción entre los y las participantes que desarrollaron confrontaciones y expresaron angustias a través del diálogo y el lenguaje corporal. Especialmente en el CSJ¹⁷, estas interacciones no ocurrían inmediatamente después de que yo abordara al grupo con mis interrogantes, sino transcurridas las discusiones entre ellos, a medida que fortalecían sus posiciones y las utilizaban como recurso para cuestionar a sus compañeros y compañeras. Estas interacciones dieron mayor claridad sobre el cuerpo como campo de incertidumbres y temores frente a la posibilidad de ser visibilizado desde el lado de una diferencia despreciable, junto con las respuestas y estrategias diseñadas para relacionarse y subvertir estas clasificaciones.

El diario de campo fue otra puerta al universo de la constitución subjetiva, que me permitió explorar aspectos que previamente negaba reconocer, como la discontinuidad entre la educación de clase, género y raza que recibía con el deseo que latía en mí. Este deseo de ser

¹⁷ Con el grupo del CSA se dificultó elaborar las entrevistas grupales. En una gran mayoría de casos los y las participantes se mostraban distraídos y desinteresados, restringiendo no solo las respuestas que me daban sino las posibles interacciones entre ellos y ellas, lo que me obligaba a tomar un rol más activo para provocar conversaciones. A diferencia de esto, los y las estudiantes del CSJ se caracterizaron por su entusiasmo al poder contar sus historias de la vida cotidiana, estimulando un mayor nivel de participación intragrupal y permitiéndome tomar una posición de observadora participante.

como las Otras reprochables y transitar a otras posibilidades de construirme en el género¹⁸, era reafirmado y fluía a pesar de mis autorrepresiones. Esta tensión entre distanciamiento y proximidad, entre yo y la Otra, y sentir cómo esa Otra no era una externa amenazante sino parte constituyente e íntima mía, inauguraba no solo registros contradictorios y posibilidades múltiples, también relaciones de poder.

Cada capítulo cuenta con un marco teórico introductorio donde aparecerán nombres como Pierre Bourdieu, Judith Butler, Mara Viveros, Olga Sabido Ramos, Doreen Massey, Linda McDowell, Ruth Frankenberg y Sara Ahmad, cuyos aportes junto con el de los y las participantes nutrirán el sendero de la constitución subjetiva, la creación de la diferencia, el hacer espacios y el hacerse cuerpo. Una tesis híbrida, ecléctica. Ese fue uno de mis constantes temores, ¿por qué la estudiante incorpora tantos estilos teóricos? ¿Por qué la estudiante tiene un marco teórico por capítulo? ¿Qué mezcla pretende la estudiante? ¿Por qué la estudiante no se decide? No quisiera que dicha hibridez teórico-metodológica se vea como una descripción superficial. Mi propósito, al contrario, es generar un campo fértil donde se construya el diálogo entre la multiplicidad de voces, aportando luces e interrogantes y generando nuevos desafíos que recuerden que todo proceso investigativo es híbrido; escapa de las nociones esencialistas de autenticidad y pureza. Para Gloria Bonder, es una línea ecléctica:

Como un acto de rebeldía y afirmación de autonomía *vis a vis* la ‘monogamia’ teórica de muchas autoras contemporáneas y en paralelo como un poderoso recordatorio de vincular la teoría con las necesidades prácticas y las estrategias de las mujeres en cada contexto y momento. (1999, p.12 –comillas internas y énfasis de la autora-)

El primer capítulo abordará la relación de los y las participantes con el espacio a partir de unos cuerpos identificados como Otros despreciables. El segundo capítulo explorará en las relaciones de participantes con algunos Otros con el fin de indagar en los procesos recíprocos (y ambiguos) de constitución subjetiva y de alteridades despreciables, desde unas posiciones de clase y género. El tercer capítulo tomará como base mi diario de campo para profundizar en mi trayectoria de blanquitud, sobre la cual me apoyo para construir e invisibilizar

¹⁸ Posibilidades sancionadas al ser entendidas como proyectos de feminidad ilegítimos en los espacios de género, clase y raza que fui socializada.

alteridades amenazantes, al tiempo que construyo relaciones ambivalentes entorno a ellas. Yolanda Onghega (2014) escribe: “el prefijo *trans* surgió vinculado al proceso de desterritorialización, para poder hablar de nuevos tipos de conexiones, redes y movilidades (...) de acuerdo con esta concepción, las culturas no terminan en sus fronteras nacionales, sino que las cruzan” (p.33 –énfasis de la autora-). Por lo tanto, pretendo que esta sea una tesis en tránsito de diálogos, propuestas teórico-metodológicas, modos de lenguaje e interrogantes. También una tesis con la que enfrente mis incongruencias y vulnerabilidades, una tesis sobre nuestros devenires cotidianos que me incomode a fin de sanar y cerrar heridas.

CAPÍTULO I

Conversaciones sobre el espacio: primeras aproximaciones a la ciudad desde sus habitantes¹⁹

El mundo me comprende, me incluye como una cosa, pero, cosa para la que hay cosas, un mundo, comprendo este mundo

(Pierre Bourdieu, 1994, p. 173)

Doreen Massey (2005): “I’ve been thinking about ‘space’ for a long time” (p.1 [he estado pensando en el ‘espacio’ durante mucho tiempo]). Con esta reflexión personal que podría sonar vaga e incluso trivial, Massey comienza el recorrido de su libro “For Space”. También muchas y muchos de nosotros hemos pensando sobre el espacio y la constitución de la espacialidad durante el recorrido y quehacer de nuestras trayectorias sociales, en la mayoría de los casos abordándolo de manera indirecta a partir de vivencias y conflictos cotidianos que logran interpelarnos. En mi caso, mi tema de tesis es también una manera de aproximarme a este concepto y no podría haber surgido de algo más personal que una molestia acumulada hace aproximadamente 8 años por diversos cambios sociales que he evidenciado en mi espacio más próximo: mi barrio Los Caobos en la ciudad de Cúcuta. Caobos es un pequeño barrio residencial y comercial de la ciudad, reconocido por ser tradicionalmente de sectores sociales medios altos y altos, sobre el cual nunca había pensado de manera consciente hasta que cambios en la estética, gustos y consumos de sus habitantes, altamente reprochables desde mi punto de vista cuando planteé la propuesta de investigación,

¹⁹ El término, el cual será mencionado en el transcurso del texto, hace referencia al legado Merleau-Pontiano, quien concibe el sujeto como inseparable del mundo ya que el mundo no puede constituirse enajenado de los sujetos, es en su relación que se crea el sentido de espacio. Al constituirse de esta forma, los sujetos dejan de entenderse como objetos que transitan una superficie para ejercer un poder transformador sobre ella, y por lo tanto habitarla (Merleau-Ponty, 1993; Citro, 2011).

permearon ‘mi espacio’ y lograron interpelarme profundamente. De allí surgió mi propuesta de investigación.

De acuerdo con Boaventura de Sousa Santos (2003) la realidad no es únicamente aquello inmediatamente perceptible por nuestros diferentes sentidos; es, al contrario, un campo de posibilidades y alternativas que no se agotan en la propia existencia perceptiva. De esta manera, el concepto de ‘realidad’ se constituye como un campo sensible a resignificaciones y ante todo como un campo múltiple, a diferencia de una totalidad homogénea y unidireccional. El objetivo de este capítulo será reconstruir aspectos en la relación con nuestra ciudad a partir de narraciones de los y las participantes, junto con mis experiencias consignadas en el diario de campo, que contribuyan a construir espacios sociales multifacéticos. Deseo desbordar las fronteras que demarcan la ciudad, postura tradicional de la geografía regional que aborda al espacio como, en términos de Oviedo Delgado Manhecha (2003): “una porción de la superficie terrestre para luego describir sus características físicas, humanas y culturales, de modo que dicha descripción llegar a reflejar la personalidad de esa porción de tierra denominada región” (p.25). A partir de nuestros conocimientos situados, planteados de forma dialógica, la definición de ciudad se transforma, posibilitando entenderla no como un contenedor independiente de los fenómenos sociales, sino como un lugar habitado cuyas relaciones reflejan tramas más extensas de complicidades y conflictos, de procesos histórico-materiales así como de resignificaciones y potencialidades ocasionales (Lindón, 2009).

Los análisis situados, fundamentales en el desarrollo de conocimientos feministas, nos acercan a la producción de conocimientos de manera incorporada, situados en cuerpos y relaciones específicas. Sandra Harding nos recuerda:

La vida de las mujeres (¡nuestras muchas y diferentes vidas con sus diferentes experiencias!) Proveen un punto de inicio para elaborar preguntas críticas no solo acerca de nuestras vidas, también sobre la vida de los hombres y, de manera más importante, la relación causal entre ellos y ellas. (1987, p.55)²⁰

²⁰ Traducción mía

Sus narraciones evidencian una multiplicidad de posiciones desde las cuales se hace una reconstrucción de la ciudad que se asemeja a una constelación salpicada y multifacética. Nuestra Cúcuta habitada, sus calles, colegios y barrios, se (re)descubre creativamente a partir de nuestras experiencias. De esta forma, sigo los lineamientos propuestos por Donna Haraway (1995), que plantea que los conocimientos feministas parten de “la visión de un cuerpo, siempre un cuerpo complejo, contradictorio, estructurante y estructurado, contra la visión de arriba, de ninguna parte, desde la simpleza” (p. 335).

Aproximaciones teóricas al espacio y construcción del extraño

Como recuerdan Luz Gabriela Arango Gaviria, Jeisson Alanis Bello Ramírez & Sylvia Alejandra Ramírez Ramírez (2013), uno de los debates que han conseguido centralidad y una siempre renovada fortaleza en la disciplina de las ciencias sociales es aquel sobre la reproducción de las lógicas de dominación y el papel de los sujetos dentro de este marco. Este debate ha sido un componente central para la teorización del concepto del espacio en las orillas de la geografía feminista, la sociología, la fenomenología y la economía política, entre otras. Cabe mencionar que esta tesis no pretende abordar la amplitud y complejidad de esos debates acerca de la conceptualización del espacio, sino servirse de propuestas de autoras y autores específicos que procuran complejizar la relación espacio-sujeto-emociones y ver cómo a partir de esta se construye, reconstruye y transforma el universo social que habitamos. En este capítulo introduciré a Pierre Bourdieu, quien hace un énfasis fuerte, mas no excluyente, sobre el carácter estructurado del espacio social; las propuestas de las geógrafas feministas Linda McDowell y Doreen Massey quienes evalúan la fuerza constituyente de las relaciones sociales y sus efectos sobre el espacio; junto con Olga Sabido Ramos y su conceptualización del extraño.

Pierre Bourdieu es probablemente uno de los sociólogos mayormente estudiados en las ciencias sociales, sus conceptos de habitus, capitales, campo y reproducción han sido aplicados en un amplio abanico de investigaciones. Sus propuestas se ubican en el marco del debate epistemológico entre el objetivismo mecanicista, que pretende que los sujetos

responden únicamente a mecanismos coercitivos externos, y el subjetivismo racionalista, que asegura que los sujetos actúan de manera racional y coherente, bajo cálculos deliberados de riesgo-beneficio, para proponer una dialéctica relacional entre ambas posturas (Bourdieu, 1989). Para el autor, el espacio social no es una realidad ajena a los sujetos sino su realidad misma, un campo histórico construido por relaciones antagónicas que se afirman a partir de oposiciones, naturalizadas en estructuras mentales y sistemas de percepción. De acuerdo con el autor, los puntos de vista hacen parte de las estructuras mentales:

Visiones parciales tomadas a partir de un punto (situ) en el espacio social. Y ello sin olvidar que esos puntos de vista determinados también son determinantes: contribuyen en grados diferentes a hacer, deshacer y rehacer el espacio, en la lucha de los puntos de vista, las perspectivas. (1994, p.241)

Estas visiones construidas por las estructuras objetivas del espacio habitado, contribuyen en la reconstitución del espacio, significando para Bourdieu (2012) un doble sentido del concepto: el espacio es una relación estructurada: “en tanto espacio objetivo, estructura de relaciones objetivas que determinan la forma que pueden tomar las interacciones y la representación que de ellas pueden tener aquellos que se encuentran en dicho espacio o estructura” (p.241), pero también de reacciones prácticas con capacidades restructurantes que se apropian del espacio social, lo reconstruyen y resignifican.

El espacio social, por lo tanto, nos comprende, pero en ese proceso se vuelve nuestro objeto de conocimiento: lo comprendemos, comprendemos (de manera práctica la mayoría de veces) nuestra posición social y las relaciones de poder que ahí construimos. En ciertos casos lo desaprendemos para reapropiarlo nuevamente desde otras posiciones, que en términos de Bourdieu (1999): “si bien el habitad contribuye a formar el habitus, éste hace lo mismo con aquel, a través de los usos sociales, más o menos adecuados, que induce a darle” (p.123). Como podrá ser observado en la profundización del trabajo de campo, no existen barrios, calles y colegios ajenos a conflictos simbólicos, sino que hay barrios, calles y colegios apropiados y clasificados en “mejores jornadas” contrapuestas a “peores jornadas” dentro de un mismo colegio, barrios de “recursos bajos” con gente “corroncha” contrapuestos a gente “bien” que vive en lugares “normales”.

De acuerdo con Bourdieu, el espacio está construido de forma que la arquitectura física refleje las posiciones sociales; la proximidad física de las personas refleja una mayor correspondencia con propiedades sociales y con los capitales, lo que me lleva a preguntar: ¿qué recursos de sentido utilizo para designar a unas personas como extraños amenazantes y a otras como parte “natural” de mi espacio habitado? No considero a todas las personas con las que comparto mi espacio físico²¹ como próximos amenazantes, una empleada de servicio que cohabita en espacios íntimos del hogar puede verse desde la condescendencia o la indiferencia, mientras que los nuevos vecinos son leídos desde el desagrado y amenaza. Como nos recuerdan Lindón y Hiernaux (2012), el asunto del espacio social no se limita únicamente a cómo y por qué es producido, también a cómo los sujetos lo apropian y lo resignifican a partir de interrupciones, cómo articulan estos flujos con sus estructuras mentales y perceptivas y cómo lo van construyendo en su cotidianidad.

De acuerdo con Linda McDowell (2000), el espacio no está definido por coordenadas cartesianas, sino por “la combinación y coincidencia de un conjunto de relaciones socioespaciales” (p.147). El concepto debe problematizar los aprendizajes geográficos tradicionales, como aquellos impartidos en mis clases escolares de geografía en las que mi conocimiento espacial se construyó aprendiendo a dibujar planos autocontenidos de la geografía nacional y determinados por coordenadas, ajenos a cualquier aspecto de nuestro universo social. Su definición de espacio se complejiza a medida que avanza su libro “Género, Identidad y Lugar”, por lo que en este trabajo identifiqué cuatro ejes analíticos para presentar sus ideas y facilitar su comprensión. Un primer eje es el carácter fluido y conflictivo del espacio, definido por prácticas y relaciones sociales de exclusión que se yuxtaponen y determinan los límites entre quienes pertenecen y quienes quedan excluidos, expresando jerarquizaciones y disputas. Estas delimitaciones pueden ser tanto físicas, por medio del levantamiento de muros divisorios, o también simbólicas dentro de un mismo escenario físico compartido. El segundo eje hace énfasis en la cautela en la evaluación de la fluidez del espacio debido a que las relaciones están informadas por estructuras sociales objetivas. Si

²¹ Como mi casa, mi barrio, mi colegio por razones relacionadas a conflictos sociales y relaciones de poder que serán expuestas posteriormente.

bien el espacio está constituido a partir de la confluencia de relaciones sociales, estas están informadas a su vez por estructuras relativamente estables que se “*fijan*” al espacio de manera duradera, con efectos sobre los posibles encuentros junto con aquellos que son impensables e improbables. De acuerdo con la geógrafa feminista, en esta tensión entre las continuidades de estructuras estables y las fracturas a nivel de las relaciones sociales, se constituye el espacio social.

En el mencionado libro, McDowell (2000) toma como ejemplo la contraposición de juicios otorgados al embarazo adolescente por parte de jóvenes mujeres en el contexto estadounidense de la clase media blanca y del gueto negro empobrecido, para señalar que la conciencia de sí, dicha capacidad reflexiva para dar cuenta de una en el mundo, es construida a partir de nuestra relación con el espacio. Nunca acabada, es un proceso fluido afectado con los cambios de posiciones sociales. El espacio, entonces, influye en las oportunidades materiales de sus habitantes y en la idea que tenemos de nosotras mismas, cómo nos entendemos, cómo evaluamos los cambios, a los y las otras, entre otras variables. Un cuarto y último eje consiste en el carácter paradójico del espacio, dado que un mismo escenario físico como las calles, tomando prestado el ejemplo de Nattie Govlubov, puede significar la liberación y el anonimato al tiempo que el miedo y la vulnerabilidad (Golubov, 2007).

La también geógrafa feminista Doreen Massey hace un llamado fuerte a liberar el espacio de nociones tradicionales de las esferas académicas europeas del siglo XIX que lo definen como una dimensión residual, estática y coherente, para conceptualizarlo desde la apertura y multiplicidad de las relaciones sociales. Estas dos características son fundamentales para su redefinición: la apertura es necesaria para su potencial político de cambios e intervenciones y la multiplicidad permite una simultaneidad de trayectorias y relaciones heterogéneas a diferencia de una única voz e historia (Massey, 2005). El espacio es, por lo tanto, relacional y político. Para John Allen, Doreen Massey y Allan Crochrane (1998), debe ser pensado en términos de prácticas y relaciones sociales que se entrecruzan, lo que significa que emerge dentro de estos marcos sociales: “no están ‘ahí afuera’ esperando ser descubiertos; son construcciones nuestras (y de otros)”²² (p.2). Las relaciones sociales abren un abanico de

²² Traducción mía.

posibilidades donde los antagonismos coexisten con relaciones de cooperación y solidaridad entre agentes y redes sociales plurales, que no necesariamente ostentan una conciencia de resistencia ante un poder opresor.

De esta manera, el concepto de espacio, es una arena política abierta que viabiliza la coexistencia y multiplicidad de las relaciones “desde abajo”. Una cuestión crucial es que, al ser el espacio la constitución de relaciones sociales múltiples, nunca se encuentra acabado, no se puede teorizar como un sistema cerrado sino en constante producción y reconstrucción. Massey enfatiza el poder transformativo de las y los agentes sobre el espacio social, aunque reconoce el carácter estructurado de las relaciones que se encuentran determinadas por posiciones de dominación y subordinación y el acceso inequitativo a privilegios sociales (Massey, 1994).

La creación y negociación de fronteras espaciales se elabora a partir de procesos de diferenciación y alterización. Deseo rescatar el trabajo de Olga Sabido Ramos, toda vez que esclarece los procesos de producción de la diferencia despreciable. Sabido Ramos (2012) reitera que no existen extraños en sí: “no se entiende sin una relación que lo defina; solo se es extraño en relación a otros. No hay extraños en sí, sino extraños para otros según los marcos de pertenencia en disputa” (p.17). Con un fuerte énfasis fenomenológico, para Sabido Ramos las interacciones cara a cara o no focalizadas²³, son un locus social para la creación de zonas de familiaridad y diferencia, donde nuestros cuerpos se hacen vulnerables a la mirada del otro quien lo significa con su Sentido²⁴ y reacciona a su presencia. En estos intercambios, el extraño es lo ajeno, lo incomprensible desde estos marcos de sentido, como señala Sabido Ramos (2012): “el problema del extraño es un problema de Sentido” (p.134),

²³ Me remito a Erwin Goffman (2004) quien introduce ambos términos: las interacciones cara a cara ocurren cuando ambos individuos se encuentran en la presencia física del otro y la atención cognitiva recae recíprocamente en las acciones del otro, mientras que las no focalizadas resultan únicamente de la copresencia pero con distintos focos de atención cognitiva, por ejemplo transitar en las calles de los centros urbanos. Para el autor, las interacciones sociales están organizadas por reglas y expectativas de cómo deben desarrollarse y cómo no esperamos que actúen las personas, pero quedan abiertas a la fragilidad de los gestos corporales que pueden delatar otros aspectos del individuo.

²⁴ En la tradición fenomenológica, el Sentido hace referencia a las pautas orientativas e interpretativas de origen social, del cuerpo en el mundo que habita. Para Sabido Ramos (2012): “la capacidad interpretativa de los agentes (o sistemas psíquicos y sociales) para asignar y construir socialmente significados en el mundo que viven” (p. 139) y que acumulamos a lo largo de nuestras trayectorias biográficas.

que nos impulsa a elaborar toda una serie de artimañas para mantener nuestra distancia frente a esta figura a la que reaccionamos con desagrado.

La relación con el extraño construye espacio, configurando divisiones del espacio social y determinando la movilidad. Con este sentir, reconstruimos nuestros espacios desde relaciones de poder, como la subordinación o la negación al extraño del uso del mismo, su visibilidad en este o su existencia misma. Como nos recuerda la autora (Sabido Ramos, 2012): “así, la ordenación del espacio en afuera/adentro, interior/exterior, izquierda/derecha, cerca/lejos supone –antes que formas físicas de separación espacial, incluyendo las del propio cuerpo– la reproducción de divisiones sociales entre las personas” (p.65). Existe una reciprocidad entre las formas de clasificación del extraño, las emociones movilizadas y la reconstrucción de fronteras y coordenadas espaciales, que suponen formas específicas de conocimiento con los que damos sentido a la ciudad habitada. Para la autora (2010) aquello significa: “enfáticamente que la sociedad es, ante todo y por encima de todo, una actividad corporal. En otras palabras, el cuerpo y las emociones forman parte de la mismísima constitución de la sociedad” (p.8).

Conversaciones sobre la ciudad, sus espacios y cuerpos

“¿Ustedes qué piensan de la ciudad?” Con este amplio llamado comenzó la primera sesión con ambos grupos estudiantiles, quienes rápidamente respondieron de manera también amplia mencionando temas tradicionales como el clima y las cortas distancias, para luego ahondar en lugares de observación puntuales que marcan sus vivencias cotidianas. Sus intervenciones enuncian dos espacios importantes desde los cuales se relacionan con la ciudad: sus colegios y las calles de sus entornos. Junto con el tema de mi barrio que surge de mi diario de campo, se desdibuja la noción de ciudad como entidad abstracta, ajena al universo social. En mi investigación, la Cúcuta habitada no es una entidad homogénea, ha sido fragmentada, tiene rostros y lugares específicos con los que nos relacionamos; es un espacio resignificado y reimaginado, no una superficie neutra donde ocurren desplazamientos. Se identificaron calles, colegios y barrios desde donde nos situamos para

enunciar nuestra relación con la ciudad. Estos son espacios de socialización importantes donde percibimos cuerpos, relaciones y cambios sociales. Donde también somos percibidos.

Colegios: jornadas distintas, estudiantes distintos

Una de las primeras urgencias que surgió en el grupo del CSJ fue la necesidad de diferenciarse de la planta estudiantil de la jornada de la tarde. Este colegio consta de dos jornadas distintas de 6:15 am a 12:00 del día y de 12:15 a 6:15 pm. Si bien ambas jornadas son de carácter oficial, los y las participantes señalaron diferencias contundentes entre ambas jornadas:

Adriana²⁵: ¿cuál sería la moda acá [en la ciudad]?

María Fernanda: usted pasa por la [jornada de la] tarde y ellas pueden tener la falda por acá [minifalda] y ellas normal [varias en ese momento asienten]

Édgar: es diferente la tarde que la mañana [siguen asintiendo con la cabeza]

Juliana Geraldine: o sea en la tarde no se fijan tanto como se vengán vestidos sino en lo académico, en cambio acá [interrumpida por Erik]

Erik: ni en lo académico

Juliana Geraldine: pero acá en la mañana están pendientes de lo académico y de cómo está vestido

Erik: yo me he infiltrado, la tarde son más relajados, a veces si suben [a clases] faltando cinco y se van faltando quince

Brandon: es que un profesor llegó y dijo que a los alumnos les dejaban hacer lo que quisieran. Ellos si querían entraban, si no igual si se vistieran como se vistieran, si no como quisieran. Como se comportan en el colegio se comportan en la calle, van a entrar a una sociedad donde no van a estar con un policía “súbase las medias, baje la falda, abotónese la camisa” entonces cada uno tiene que estar pendiente de sus cosas, por eso ellos son así, por eso dicen que la tarde es lo peor

La geografía de las relaciones no se expresa únicamente a partir de la diferenciación de distintos escenarios físicos con la ayuda de muros divisorios, también se consigue por medio del levantamiento de fronteras simbólicas dentro del mismo escenario. Tanto Bourdieu, como McDowell y Massey nos recuerdan que los espacios físicos son escenarios de disputas sociales y construcción de jerarquías, donde, de acuerdo a McDowell (2000), se levantan

²⁵ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 09 de abril de 2014.

fronteras simbólicas: “las distancias sociales no siempre necesitan una lejanía geográfica y los ocupantes de los mismos espacios ‘cartesianos’ pueden vivir en lugares distintos” (p.17). En sus intervenciones, el mismo plantel educativo surgió como un espacio social complejo donde los y las estudiantes de la jornada de la mañana (re)construyen y expresan distanciamientos del estudiantado de la jornada de la tarde. A diferencia de participantes del CSA, quienes nunca mencionaron a sus contrapartes de la jornada oficial, los estudiantes del CSJ resaltaron diferencias entre ambas jornadas académicas, erigiendo fronteras simbólicas dentro del mismo lugar compartido. Esta proximidad física, expresada en el uso del mismo plantel educativo, causa fastidio a los y las estudiantes de la jornada de la mañana quienes consideraban, desde el desprecio y la burla, socialmente distantes al estudiantado de la tarde. Esto parece hacerse extensible al profesorado de la tarde, considerado despreocupado por el alumnado.

Las experiencias emocionales, en muchos casos relegadas únicamente al ámbito individual, tienen una dimensión colectiva al ser una experiencia común para grupos sociales que experimentan vivencias diferenciadas en el espacio (Soto Villagrán, 2013). Las emociones tienen un carácter determinante de la manera en que habitamos los espacios, alterando nuestras rutinas y relaciones espaciales, incluso modificando nuestras maneras de vestir, actuar y expresarnos, o excluyéndonos de ellos. Para el grupo del CSJ, esto se expresó desde el orgullo sentido por su “correcto” uso del uniforme escolar dentro y fuera del plantel, y la autoexigencia académica para demostrar capacidades escolares superiores al grupo de la tarde. Producto de estas emociones tomamos conciencia de nuestra posición en el espacio y lo habitamos; hablar del espacio social implica hablar de las emociones producidas por y que producen espacio. Al hacer evidente esta relación, las geografías emocionales y feministas reevalúan el papel de las emociones²⁶, tradicionalmente segregadas en la producción de conocimiento (Anderson & Smith, 2001).

²⁶ Este ascenso de las emociones en la disciplina geográfica para plantear nuevos interrogantes y delinear intereses otros en la disciplina, fue conocida como el “giro emocional” (Anderson & Smith, 2001). La geografía emocional, como subdisciplina de la geografía humana fortalecida desde inicios del siglo XXI, se reveló contra la marginalización de las emociones y los sesgos de género en la producción de conocimiento. Tradicionalmente, el estudio de las emociones y subjetividades ha sido devaluado como un ámbito

De acuerdo con Sabido Ramos (2012), la percepción es uno de los tantos accesos que tenemos al universo social, orientando experiencias significativas con base en sistemas clasificatorios. Estas experiencias construyen extraños definidos desde el miedo y la aversión, la incomodidad y la sospecha, con el fin de posicionarlos desde la subordinación y recrear unas relaciones asimétricas. Para Bourdieu (2012), la manera que son apropiados los escenarios físicos está sometida a constantes disputas por el control de los emblemas de distinción y prácticas enclasantes. En este caso, se podría hablar de estrategias no conscientes, de las y los estudiantes, para apropiarse de modo diferenciado del mismo espacio físico con la finalidad de retener emblemas de distinción frente a los estudiantes de la jornada de la tarde, como el desempeño académico o el uso “adecuado” de símbolos escolares, como el uniforme. Los muros levantados sobre la calle 13 con avenida 5 junto con los salones que albergan a más de 3000 estudiantes, revelan la complejidad de las relaciones sociales antagónicas existentes dentro del mismo plantel. Esta relación diaria entre estudiantes de distintas jornadas reconstruye espacios múltiples: podría definir el Colegio San José a partir del conflicto por un legítimo carácter y pertenencia, al tiempo que rehace espacios de proximidad y distancia entre un Nosotros genuino y Otro superficialmente²⁷ despreciable.

Sabido Ramos se preocupa por incluir discusiones de carácter sociológico en su propuesta, pero no profundiza en las condiciones sociales que posibilitan la producción de Sentido. Las “relaciones sociales asimétricas” mencionadas de manera reiterada, están informadas por estructuras objetivas de género, clase y raza que incorporamos como esquemas de percepción, gustos, preferencias y respuestas emocionales; marcos de acervo histórico que nos permiten construir el cuerpo como un recurso de sentido para la definición del extraño. Estas distinciones entre el alumnado de la jornada de la mañana frente al grupo de la tarde, muestran que el extraño emerge en el contexto de luchas simbólicas por la conservación del monopolio sobre estilos de vida legítimos y el carácter definitorio del espacio. Por lo tanto,

esencialmente privado y feminizado que amenaza la autoridad masculina objetiva y racional que ha caracterizado las producciones de conocimiento científico.

²⁷ Huso el término “superficialmente” ya que esta es la única información etnográfica mencionada sobre el tema, por lo que una continuación en el análisis podría derivar en una sobre-interpretación dada la falta de evidencia.

no es que el extraño sea un problema de Sentido porque es ajeno o incomprensible por este, como señala constantemente la autora; al contrario, los estudiantes parecían comprenderles muy bien desde sus esquemas perceptivos con los que los significaban como extraños.

Calles, venezolanos y travestis²⁸

A medida que la ciudad despliega sus calles y avenidas, los y las participantes expresan sensaciones de inseguridad. Esta experiencia está relacionada de forma cercana con los constantes titulares que acaparan medios nacionales, regionales y locales de noticias acerca del anquilosamiento de la ciudad en el fenómeno de la violencia urbana: “*Inseguridad reina en el centro de Cúcuta*” (Canal TRO, S.F), “*Gremios de Cúcuta se quejaron por la inseguridad en la zona de frontera*” (El Tiempo, 2015), “*En Cúcuta la mayor invasión es la violencia*” (Rodríguez Gutiérrez, 2015) entre tantos, los cuáles no escatiman en usar lenguaje metafórico para movilizar miedos y legitimar proyectos que aumentan el pie de fuerza militar en la ciudad.

Juliana Geraldine²⁹: antes había mucha inseguridad, ¿no? Pero no así como está pasando ahorita

María Fernanda: uno sicociado, mi mamá es así “¿guardó todo?” “¡Pilas, apenas llegue a tal lado repique!” “¡Avíseme!” “No se siente sola” y uno como que va caminando y siente que alguien lo sigue. Yo soy de esas que nunca cojo por el mismo lado, yo siempre estoy cambiando de ruta. Lo están vigilando y ya saben a qué horas pasa.

Adriana: ¿sienten que los vigilan?

Karen: por mi persona yo creo que sí porque ya me robaron por llamada telefónica, me metieron temor de que mi mamá estaba en una estación de policía, que yo tenía que conseguir una factura junto con joyas y llevarlas allá, y pues yo claro ¡qué susto, mi mamá! Entonces recogí lo que me pedían y salí corriendo a entregar todo a donde me dijeron y terminó siendo un robo. Se llevaron todo, la conocida como 30:30 y claro, después el regaño de mi mamá cuando llegó a la casa y se enteró de todo.

²⁸ Como recuerda Andrea García (2010) la definición de “travestis” se hace comúnmente desde afuera y desde lo peyorativo, no como mecanismo de autorreconocimiento. Para estudiantes del CSJ, esta población fue asociada con fenómenos de criminalidad y violencia urbana, con el tráfico y consumo de sustancias psicoactivas, junto con un mercado sexual. A sus ojos, todos estos factores contribuyen directamente a la sensación de inseguridad y amenaza a su integridad física y emocional.

²⁹ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 09 de abril de 2014.

Brandon: porque es que, yo no sé, ahora están diciendo que aquí los venezolanos que vienen a robar y eso crean inseguridad. Inclusive hace poquito hubo un violador que viene de Venezuela.

María Fernanda: Sí, estuvo por todos lados, y lo más triste es que el muchacho era portador de SIDA. O también como cuando, a mi mamá le gusta que tenga el cabello largo pero hubo un punto donde dijo: “córteselo porque cuando usted vaya caminando la rapan y un tijeraso”. Con ese cabello hacen las famosas extensiones y las pelucas, y es bonito que uno se corte el pelo y lo done, pero no así.

Karen: Sí, a una niña de la cuadra la robaron y le dijeron que le diera el pelo que se lo iban a quitar y como ella no quiso la mataron, entonces ahorita están robando mucho

Bourdieu (1994) define el espacio físico como un aspecto del espacio social, lo que implica que este es también una sede de la coexistencia entre trayectorias en conflicto. Aquello implica que le damos sentido y reflexionamos sobre nuestras experiencias, dependiendo de nuestro posicionamiento dentro de las estructuras objetivas. Según la profesora Mejía³⁰, los barrios de residencia de los estudiantes del CSJ están en su gran mayoría en zonas empobrecidas de la ciudad donde se ha agudizado fenómenos de violencia urbana relacionados con el microtráfico y la prostitución. Existe una relación de doble inclusión porque a partir de su posicionamiento subordinado en una estructura económica inequitativa, evidenciado por las condiciones precarias de seguridad en sus barrios, construyen conocimientos prácticos movilizadas por emociones fuertes, como el miedo, sobre cómo habitarlo y cómo llevar su cuerpo.

Mientras las estudiantes expresaron una relación incorporada del miedo urbano femenino³¹ con una mayor vulnerabilidad a ataques físicos, Brandon no explicita de la misma manera la incorporación de la sensación de inseguridad pero sí la relaciona con la presencia de personas como los “venezolanos”. El extranjero amenazante ha sido una figura recurrente en distintos proyectos de construcción de sociedades: judíos, musulmanes, gitanos, colombianos, venezolanos, incluyendo poblaciones nacidas dentro del mismo territorio han adquirido la

³⁰ Entrevista elaborada a la profesora de ciencias sociales del CSJ, Amanda Mejía, el 10 de abril de 2014.

³¹ Para Soto Villagrán (2013), el miedo tiene componentes de género específicos, dado que la experiencia de hombres y mujeres en el recorrido de la ciudad es diferenciada, invisibilizada y naturalizada. Dicha experiencia individual se construye dentro de un marco de relaciones desiguales específicas, concluyendo: “en esta perspectiva el espacio es a la vez una construcción social y emocional, que se produce no solo a través de procesos económicos y sociales, sino a través de relaciones de poder presentes en la vida cotidiana, dentro de las cuales se encuentran las relaciones de género” (p.202)

marca de extranjerismo. Esta etiqueta se despliega para evidenciar, como recuerda Sabido Ramos en sus distintas obras, no un sustantivo sino una relación social que contribuye a afianzar sentimientos de mismidad y pertenencia. Paradójicamente, es con la proximidad física de extranjeros e indeseables, que los y las participantes crean un sentido de cohesión sobre Cúcuta; es posible que este haya sido el propósito ulterior cuando discutían álgidamente sobre lo que “ha dañado” la ciudad, discusión en la que debatían con autoridad y control sobre Cúcuta como relato colectivo vinculante.

En estas discusiones expresaban que las calles están relacionadas con la vulneración física. Son las mujeres quienes manifiestan miedo ante un posible ataque e identifican partes de su cuerpo como un factor que incrementa sus riesgos, mientras que los supuestos migrantes venezolanos, hombres además enfermos y contagiosos, son señalados como las amenazas latentes. Ellos y ellas retomaron el tema del miedo cuando discutíamos sobre el vestuario en la ciudad:

Adriana³²: he escuchado de mucha gente que viene de otras ciudades que le choca mucho ver que las mujeres acá utilizan mucho escote y estampados

María Fernanda: eso es normal

Juliana Geraldine: eso es normal acá

Erik: mucha pantera, travesti. Es que yo vivo en la novena, mejor conocida como la avenida de los travestis. O sea usted puede observar tipo 7, de 7 pm a 7 am usted puede observar un negro acuerpado como mujer, vestido de pantera pero es que leopardo transparente, así amarillo [risas]. A veces llegamos tarde de entrenar entonces y la inseguridad, mucha inseguridad porque si vienen los travestis vienen los mariguaneros que les venden la droga al travesti para que el travesti siga siendo así

Adriana: ¿ustedes asociarían los travestis con inseguridad?

Juliana Geraldine: a uno le da miedo pasar ahí

Erik: y lo que pasa es que tienen su puñal

Karen: no, y es que no todos los travestis son iguales, no todos

Erik: pero los que pasan ahí sí, se venden, la vez pasada llegaba de una rumba cuando me da por voltear pasando la calle estaba pues oscuro y me dio por voltear

³² Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 09 de abril de 2014.

cuando veo un gamín y ahí, entonces se me quitaron todas las ganas y [shssss] suba corriendo al apartamento.

Brandon: no pues sí, la inseguridad hace que la gente no llegue a lugares, incluso los parques, la gente salía a los parques

María Fernanda Galvis: era seguro

Brandon: entonces usted tiene que estar así, pendiente.

Este extracto expone la estrecha relación cuerpo-espacio-emociones: los y las estudiantes ejercen un poder significador sobre esta triada, evidenciando que la constitución del espacio social no es ajena a quienes lo habitan, sino que emerge dentro de esta compleja relación. En su capítulo “Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia”, Soto Villagrán (2013) expresa la temporalidad del espacio y los cambios entre horas del día y de la noche; un mismo lugar no es percibido de la misma forma durante todo el transcurso del día. La avenida mencionada por estos jóvenes posee significados fluidos, percibida desde horas de la noche hasta tempranas horas de la mañana como un ambiente inseguro por la presencia de personas asociados con la criminalidad que transitan y trabajan en ella. El diario local, La Opinión, corrobora sus percepciones sobre esta avenida con titulares como “*Piden mayor presencia policial por aumento de la prostitución*” (La Opinión, 2014), “*No alcanzó a llegar a su casa, en Belisario*” (La Opinión, 2014a), “*Expedían sustancias psicoactivas en El Páramo*” (La Opinión, 2014b), “*Regresó la muerte al barrio Chapinero*” (La Opinión, 2014c). La modificación de sus prácticas espaciales, como el cambio de rutinas, la reducción de vida social en los espacios públicos y el preferir no frecuentar ciertos lugares, surgieron como respuestas ante el miedo experimentado, haciendo eco de las palabras de Alicia Lindón (2009): “así, concebir al sujeto espacialmente se reconoce que nuestro actuar en el mundo hace y moldea los lugares y al mismo tiempo deja en nosotros la marca de los lugares que habitamos” (p.10).

En sus relatos, ellos y ellas expresan una sensación de amenaza ante la presencia de estos extraños, individuos peligrosos o enfermos, que muestran su rostro en unas temporalidades y coordenadas espaciales específicas pero cuya presencia genera una constante sensación de miedo. Este miedo no debe ser entendido sólo como una respuesta o una manera de marcar distancias entre los distintos habitantes de la ciudad, es una manera de rehacer sus espacios

que moviliza el apoyo a relaciones abiertamente violentas y excluyentes. Fue con este miedo en la boca, que ellos y ellas constantemente brindaban su apoyo a un mayor número de pie de fuerza policial o militar para que “ordenaran” los espacios considerados como “ollas criminales” y señalaban barrios otrora caracterizados por “travestis”, ahora son “decentes y vivibles” por las operaciones policiales sobre la movilidad y habitabilidad que vieron el destierro de esta población a otras zonas de la ciudad.

El énfasis dado a aquella experiencia emocional me causó extrañez porque en mi percepción dicha sensación no ha jugado tal protagonismo. Massey plantea: “necesitamos conceptualizar la noción de espacio como definida por interrelaciones, como la coexistencia simultánea de interrelaciones sociales en todas las escalas espaciales, desde las locales hasta las globales”³³ (1994, p.263). El énfasis tanto de Massey como de McDowell sobre la fluidez del espacio surge al contrastar las intervenciones previas con las elaboradas por estudiantes del CSA:

*Adriana*³⁴: *¿qué piensan de la ciudad? ¿Cómo la describirían?*

José: que es segura

[Varios exclaman ¡nooooo!]

Adriana: por ejemplo, yo ahorita estaba en otro colegio con otros chicos haciendo este mismo grupo y muchos decían que les parece insegura

José: no es como Bogotá que en Bogotá hay mucha inseguridad, tiene que andar con las manos en los bolsillos

Luisa: no tiene nada de diferente eso

Angie: no porque usted puede ir acá hablando por teléfono y es muy raro. En cambio en Bogotá a usted la ven con un teléfono y de una ve y se lo roban

Mónica: no pero pues depende de donde vaya

Andrés: aparte usted acá pues siente más seguridad pues por lo mismo, es más pequeña entonces uno ve más gente entonces se siente más acompañado. En cambio Bogotá es una ciudad más grande, hay más gente pero usted va en una calle y van tres personas y cualquiera de ella va pensando más.

Para el grupo del CSA, las calles se convierten en escenarios fluidos compuestos por experiencias variadas y contradictorias, desde donde se produce una conciencia del yo

³³ Traducción mía.

³⁴ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSA el 09 de abril de 2014.

diferenciada (McDowell, 2000) al no pensarse como potenciales víctimas de ataques contra su integridad física, ni relacionar figuras puntuales con la criminalidad, a diferencia de sus contrapartes en el CSJ. Esta conciencia diferenciada es producto de desigualdades en el acceso a una vida segura, después de todo son estudiantes que residen principalmente en barrios de clases medias y cuyo colegio queda dentro de un sector caracterizado por ostentar capitales económicos, sociales y culturales de la clase alta cucuteña: está construido en un sector residencial de estrato 6 y uno de sus extremos colinda con los campos del golf de un club social de las clases altas, cuyos predios están en proceso de ser utilizados como terreno para construir un nuevo centro comercial que albergará marcas internacionales renombradas “de lujo”. Las condiciones de sus espacios físicos coinciden parcialmente³⁵ con su posición social en la ciudad, incorporándose en estructuras mentales y de percepción con las cuales atestiguan la seguridad que les brinda la ciudad. La noción de Cúcuta se alimenta de los vínculos sociales que tejen entre estudiantes, construyendo aspiraciones en torno a ella y nombrando alteridades amenazantes. Su vida cotidiana en la ciudad se instaura a partir de estas mediaciones intersubjetivas.

Ellos y ellas continúan³⁶:

Adriana: por ejemplo, unas chicas con las que yo estaba hablando expresaban que se sentían como más inseguras que los hombres y ellos les decían que eran unas paranoicas, pero ellas seguían insistiendo que así se sentían

Diana: tiene mucho que ver, mi mamá es una de las que va a salir, “¿con quién? ¿Dónde? ¿Por qué?” Y yo “mamá, ¿cuál es la preguntadera?” “¿sí? ¿Van y la violan? ¿Van y la agarran? ¿Van y la secuestran?” [Su expresión facial en ese momento denota fastidio]

José: las mujeres son más vulnerables que los hombres

Adriana: ¿por qué crees eso?

José: porque a una mujer es más fácil que la violen que a un hombre porque una mujer no tiene tanta fuerza. En cambio un hombre le van a hacer algo va a mandar una patada en cambio uno de mujer, no puede, no reacciona tan rápido

Juan Manuel: son más gallinas [risas tímidas de unas estudiantes]

Adriana: ¿las chicas qué opinan?

³⁵ Teniendo en cuenta que son estudiantes de sectores medios y medios-altos.

³⁶ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSA el 09 de abril de 2014.

María Paula: sí el miedo, el miedo que uno le esté pasando eso y que uno se traumatiza. El miedo de no sabe uno que hacer.

Es necesario ser cautelosa de los contrastes tajantes, estos pueden resultar engañosos ya que sus intervenciones reflejan como la posición de clase no es el único determinante de nuestra relación con la ciudad. De modo similar a las estudiantes del CSJ, las estudiantes del CSA también expresan ser educadas en el miedo urbano femenino y en la noción de feminidad débil y vulnerable a ataques masculinos, explícitamente sexuales. Las intervenciones en ambos colegios destacan la interiorización del miedo y la vulnerabilidad corporal femenina, implicando que existen puntos de encuentro en la educación de la feminidad dentro de ambos sectores sociales en Cúcuta. El miedo ostenta una dualidad: es individual en tanto se encarna en cada una de ellas, al tiempo que se configura como una realidad colectiva expresada por estudiantes mujeres de dos entornos socioeconómicos diferentes. En sus intervenciones, el miedo tiene un componente específico de género al encontrarse encarnado en el cuerpo femenino, acto que se vio seguido de descalificaciones de sus experiencias emocionales por los hombres del grupo con expresiones como “*exageradas*”, “*gallinas*” y “*no den papaya y listo*”, entre otras.

No obstante, las estudiantes del CSJ le otorgan rostros y cuerpos específicos a las amenazas en “*venezolanos*”, “*enfermos*” y “*travestis*” quienes marcan fuertemente su relación con la ciudad, mientras que las participantes del CSA no elaboraron este proceso, posiblemente al sentir la inseguridad como un fenómeno menos próximo. Corroborando de nuevo un posicionamiento socioeconómico desigual en el acceso a condiciones de vida segura en la ciudad. Esta relación entre emociones y espacio construye género: el cuerpo y conciencia femenina son constituidos a partir de un sentimiento de vulnerabilidad ante la apropiación o violencia masculina, junto con la incapacidad de ejercer violencias físicas y sexuales.

Existen dos aspectos para resaltar: en primera medida, mientras las mujeres de ambos colegios expresan una sensación de vulnerabilidad frente a posibles ataques en espacios públicos, los hombres fueron incapaces de ponerse en su lugar o expresar interés alguno por los motivos que llevaron a esa sensación diferenciada. En cambio, fueron rápidos en trivializar sus experiencias, señalarlas como responsables por el mal uso o desconocimiento

de la ciudad. Como segunda medida, la sensación de seguridad o inseguridad tiene rostros propios: “travestis”, “venezolanos”, “enfermos”, cuya presencia o ausencia alimenta la amenaza o tranquilidad sobre algunos participantes. Cuando los y las estudiantes del CSA hacen referencia a la seguridad de sus áreas residenciales, es probablemente por una homogenización poblacional y ausencia de estos Otros. Dicha relación espacio-alteridad crea una conciencia de sí, como indica McDowell, que varía desde una tranquilidad sobre el control de sus espacios próximos, junto con la constitución de una imagen homogénea de la ciudad, o la amenaza e incomodidad en el marco de la lucha por el legítimo carácter del espacio frente a unos extraños peligrosos.

Como se explicita en mi siguiente narración, una conciencia de género se comienza a configurar como resultado de las emociones que produce un espacio generizado. Una conciencia que, vale la pena recordar, es diferenciada puesto que era yo la que, como las estudiantes, me sentía fuera de lugar mientras que muchos hombres descalifican mis vivencias de exageradas.

Mi diario registra³⁷:

Hoy me encontraba en la casa de Meike, entre desahogos emocionales y catarsis de tesis, terminamos reflexionando sobre nuestra relación con el espacio público. Un punto de confluencia fue cómo llegamos al reconocimiento de un cuerpo diferenciado en femenino al sentir emociones como el miedo, la vulnerabilidad, la impotencia y la rabia en diversos espacios públicos o privados. Durante mis últimos años de bachillerato pensaba que algo sucedía conmigo, algo evidentemente negativo porque el problema no era los espacios donde me relacionaba, como calles o conversaciones entre grupos familiares y de ‘pares’, sino yo. Algo había de malo en mí porque sentía que no pertenecía a estos, que no estaban hechos para mí, me causaban miedo o me intimidaban, mi presencia no era quería ahí.

En muchos casos tuve (todavía tengo) miedo de salir y me excluí, en muchos casos sentía (todavía siento en ciertas ocasiones) vergüenza de mí misma y alteré mi forma de llevar mi cuerpo y relacionarme. Adquiría todo este conocimiento a partir de la piel, este órgano con el que muchas veces sentimos la vulnerabilidad o impotencia que trae consigo ser mujer: el miedo que recorre el cuero cabelludo y atraviesa nuestra espalda como un rayo, los pies que repentinamente se vuelven más pesados impidiéndonos movilidad o los pelitos que de punta avisándonos que algo no anda bien.

³⁷ Extracto de mi diario de campo el miércoles 28 de enero de 2015

Todo esto lleva a desentender las calles y otros espacios exteriores de Cúcuta desde su inmediatez, para reevaluarlos como lugares que (re)construyen y naturalizan jerarquías sociales. De acuerdo con Preciado:

Allí donde la arquitectura parece simplemente ponerse al servicio de las necesidades naturales más básicas (dormir, comer, cagar, mear...) sus puertas y ventanas, sus muros y aberturas, regulando el acceso y la mirada, operan silenciosamente como la más discreta y efectiva de las 'tecnologías de género'. (2009, p.1)

Materialidad no significa inmediatez, al contrario, la gestión de los espacios físicos en las ciudades ha tenido como finalidad la regulación de las experiencias y la normalización de desigualdades y exclusiones. Ha tenido también como efecto el extrañamiento de una misma, proceso en el cual me percibía clasificada y habitando una alteridad incómoda que cuestionaba mi desenvolvimiento práctico en el mundo. Esta tribulación era un instrumento de reconocimiento de que repentinamente me encontraba ubicada en una posición que no controlo, ya que como recuerda Sabido Ramos (2012): “el ámbito de la afectividad y particularmente del sentir es un recurso significativo para marcar jerarquías morales y sociales, es decir, así como las palabras clasifican a las cosas y a la gente, también lo hacen las emociones” (p.163)

Conocimos, de manera no propiamente reflexiva, el régimen heterosexual desde temprana edad; antes de las lecturas feministas y las clases de la Maestría en Estudios de Género, percibíamos por medio de experiencias emocionales la vulnerabilidad, el miedo y la vergüenza de nuestro cuerpo ante la presencia masculina. Por eso cambiábamos (cambiamos) las rutas, no frecuentábamos (frecuentamos) lugares percibidos de dominio masculino y limitábamos (limitamos) nuestra movilidad en el espacio público. La gestión espacial normaliza regímenes heterosexuales y fabrica el género: cuerpos femeninos pensados como vulnerables, apropiables e irracionales y cuerpos masculinos dominantes, razonables y capaces de apropiarse otros cuerpos y espacios. Nuestras emociones son fuentes de conocimiento, nuestros aprendizajes corporales y el entendimiento de nuestra posición en el espacio se da muchas veces a través de ellas. Nuestras emociones y sensaciones también contribuyen a construir espacio, cuando movilizadas por el miedo gestionamos políticas de movilidad que segreguen y excluyan al Otro amenazante. El desprecio ante su proximidad

nos impulsa a erigir fronteras simbólicas o físicas que obstaculizan la habitabilidad del espacio o mantener las políticas de movilidad y habitabilidad estables que nos permiten sentir calma en relación con el control del espacio.

Es interesante resaltar que los y las participantes del CSA, a diferencia de su contraparte del CSJ, en ningún momento mencionaron cuerpos “travestis” en su relación con la sensación de inseguridad. Al contrario, esta categoría surge cuando se refieren a los servicios de cuidados corporales. Cuando les pregunté por la presencia de población transgenerista en la ciudad e hice el paralelo con las respuestas mencionadas por participantes del CSJ, las ubicaron dentro de espacios semipúblicos como peluquerías y salones de belleza, ejerciendo trabajos estéticos y del cuidado. Allí son visibles solo para quienes frecuentan esos entornos, a diferencia de las trabajadoras sexuales relacionadas con fenómenos de inseguridad urbana, y expuestas a la vista de los transeúntes que recorren el espacio público:

Adriana³⁸: chicas y por ejemplo a mí me comentaron en el otro colegio que ven muchos transgeneristas en la ciudad, ¿ustedes qué opinan?

Daniela: pues no es que se vea mucho

Mónica: pues no

Jessica: pues uno lo ve

Angie: yo sí los veo más

Daniela: yo, así operados, solo he visto uno no más, pero usted la ve y es una mujer total

Jessica y Mónica: en peluquerías

Daniela: la peluquería D' Barbie, pues en Barbie es en donde he visto. Pues Barbie es una que usted la ve y aparentemente es una mujer total, Daniela que antes trabajaba ahí también usted la ve y es una mujer total porque le tienen ya los senos operados, la cola y pues Daniela no es que trabaje mucho el gimnasio, es más como que la operación y se mantiene pero igual usted la ve y es una mujer total pero se ve muy poco.

Angie: en el centro se ve mucho porque en el centro son más que todo las peluquerías que por ejemplo ¿si la han escuchado en el comercial LEX? Ahí hay una peluquería en la que todos absolutamente todos son operados

Daniela: pero los del centro no tienden a estar operados, sino normal

³⁸ Extracto de la entrevista grupal únicamente con estudiantes mujeres del CSA el 24 de junio de 2014

Adriana: ¿y ustedes lo dirían que les ven mucho?

Daniela: pues la verdad no

Angie: casi no, pues ellos tienen sus puntos fijos como el Bulevar que hay muchas discotecas de gays, diría prácticamente que en ese sector hay más de ellos, y por el centro o sea ¿sí me entiende? Están ahí “revoloteando”.

D' Barbie es una reconocida peluquería y sala de belleza, ubicada en el barrio residencial y comercial Caobos, reconocido en la ciudad por ser de sectores altos y medios altos, cuya oferta trabajos corporales y estéticos parece encontrarse estrechamente relacionado a las demandas del sector de la población que requiere sus servicios: mujeres blanco-mestizas de clases medias altas y altas. Si bien, se reflejan las ideas planteadas por el detallado estudio sociológico realizado por Arango Gaviria (2011), en este momento no se ha llevado a cabo un estudio a profundidad sobre estos salones, por lo que las conclusiones son rescatadas de conversaciones y observación cotidiana del barrio, sector en el que resido en Cúcuta. Por otro lado, la zona del centro de la ciudad a la que hacen referencia es mayoritariamente industrial, comercial y no residencial, en donde se encuentran establecimientos identificados como peluquerías que, nuevamente rescatando extractos de conversaciones cotidianas, manejan unos precios más bajos y un abanico más limitado de servicios relacionados a las demandas del sector laboral de la zona.

Una similitud entre ambos relatos es la ubicación de “los travestis” dentro de unas coordenadas fijas de la ciudad, siendo visibles únicamente para quienes frecuentan esos espacios. Este ejercicio de clasificación jerarquiza la habitabilidad de Cúcuta, existen unos definidores cuya conciencia expresa una libre movilidad y apropiación de los distintos rincones de la ciudad, y surgen unos extraños clasificados desde el desprecio o la indiferencia a quienes les corresponden unos espacios e interacciones fijas; a ellos también se les demanda exiliarse de ese espacio o se espera que se contengan dentro de ellos.

Barrios, “traquetos” y el ascenso de los “nuevos ricos”

McDowell (2000) enfatiza que no conviene dejarse llevar por aquella noción de fluidez espacial, ya que los conocimientos que orientan las relaciones sociales están informados por estructuras de disposiciones duraderas que se “fijan” al espacio y lo constituyen. Si bien la confluencia de relaciones sociales es crucial en la constitución del espacio, como lo ilustran

los y las estudiantes de ambos colegios, es preciso recordar que estas están informadas por estructuras sociales objetivas, como la clase, la raza y el género, relativamente estables. Estudiar el espacio implica identificar y profundizar en este tipo de tensiones entre fracturas y continuidades sociales como fuerza constituyente.

Similar a la propuesta de Mariana Heredia (2011) sobre el reconocimiento otorgado a las clases altas emergentes en Buenos Aires, desde 2006 yo pude dar cuenta de cambios en el espacio físico y social de mi barrio, a partir del reconocimiento de nuevos personajes que confrontaban mis disposiciones de clase y género³⁹:

Mi barrio en la ciudad de Cúcuta, que a mi juicio era “sobrio” prontamente fue cambiando, se fue llenando de familias ruidosas que se hacían llamar comerciantes. Su estética corporal y sus comportamientos les delataban –ante mis ojos y los de mis pares, amistades del colegio- como los “nuevos ricos” de la zona: hombres utilizando camisas desabotonadas con rosarios en sus cuellos, a quienes tildábamos como “traquetos”, y mujeres “fáciles” con intervenciones estéticas evidentes como cirugías plásticas, vistiendo escotes profundos y ropa muy ceñida al cuerpo. Estos nuevos residentes atrajeron más como ellos. Los rostros de nuestro barrio cambiaban a medida que llegaban más “intrusos” mientras familias conocidas migraban huyendo de estos cambios; acto preferible a relacionarse con estas personas de manera tan próxima. Con esta renovación de habitantes, hubo una renovación arquitectónica: el barrio se comercializó, surgieron locales, especialmente bares que ostentaban una estética “traqueta”. A estos lugares les teníamos recelo, no solo no entrábamos sino que nos encargábamos de señalar por qué estaban fuera de lugar, por qué no pertenecían al barrio. Aseverábamos que por más solvencia económica que tuvieran, esos “nuevos ricos” no tenían clase, eran “intrusos” en un lugar que no era el suyo.

La doble relación con mi espacio es evidente: ocupó una posición en mi barrio y tomo también una posición frente a éste, orientada por mis conocimientos y dominio práctico que me informan cómo se deben ver, comportar y qué gustos deben ostentar las personas que habitan mi lugar de residencia. Cúcuta para mí no era una entidad abstracta, al contrario, estaba reducida a lugares puntuales en los que socializaba y a partir de sus dinámicas podía dar sentido a los acontecimientos que ocurrían en la ciudad. La incursión del narcotráfico en la ciudad cobró importancia para varias de nosotras con la aparición, visibilidad y reconocimiento de estos nuevos personajes que se reapropiaban de nuestros espacios más

³⁹ Extracto de mi diario de campo escrito inicialmente en mayo de 2014. El segundo párrafo se escribió en enero de 2015.

próximos y cuyos cuerpo, gustos y prácticas expresaban una solvencia económica a la que no estábamos acostumbradas. Les encontrábamos grotescos. Cuando ocurrió este “desfase entre el habitus y el campo”, en términos de Bourdieu, entre las expectativas de quienes pertenecen a ese espacio y las nuevas posibilidades ante los “intrusos”, comencé a pensar mi barrio de una manera más reflexiva: Caobos no es solo un punto físico en el mapa de la ciudad localizado entre la avenida 0 y la avenida Libertadores, la calle 20 y la calle 13; es también un espacio de confrontación simbólica por la conservación de un estilo de vida legítimo y la apropiación de signos y prácticas de distinción, similar a la experiencia relatada por los y las estudiantes del CSJ con respecto a la jornada de la tarde.

Las distancias sociales son también distancias corporales, están inscritas en los cuerpos con el lenguaje, el gusto, la estética, y en mi caso las he utilizado como recursos de sentido para advertir la distancia social con estos nuevos habitantes de “mi” espacio físico. A mis ojos, las mujeres “fáciles” no ostentaban los atributos necesarios para pertenecer al barrio Caobos, tampoco lo ostentaban las empleadas de servicio y los vigilantes que con sus cuidados garantizaban nuestra existencia. Sin embargo, a estas y estos últimos les veíamos desde la condescendencia o la indiferencia, en muchos casos cosificándoles como parte de nuestro paisaje urbano e invisibilizando su existencia en nuestros espacios más íntimos. Al contrario, las mujeres “fáciles” y los “traquetos”, eran inmediatamente visibles para nosotras puesto que pretendían apropiarse del espacio de la misma manera que nosotros y hacerlo suyo.

Estas reflexiones se canalizaban a través de emociones como el desprecio, el recelo y el resentimiento. Incluso hoy en día, si bien he procurado mantener un diálogo abierto conmigo misma con la intención de cuestionar mi rechazo, no puedo evitar sentir nostalgia al caminar por sus calles y presenciar cambios que en ese instante parecen incomodarme, incluso irritarme. Dice Liz Bondi, Joyce Davidson y Mick Smith (2007): “Claramente, nuestras emociones importan” (p.1), ellas han sido canales de conocimiento, reconocimiento y desconocimiento de mis espacios. Es a través de este lente que entiendo a Caobos como un barrio saturado de emociones, entre el afecto, el desprecio y la nostalgia. Esperaba que mi barrio, como principal lugar de socialización, fuese un lugar homogéneo construido desde unos parámetros de clase y género exclusivos, pero producto de estas relaciones sociales

antagónicas surge un “sentido de lugar paradójico” (Soto Villagrán, 2013) caracterizado por la coexistencia de emociones ambivalentes. Los espacios físicos están saturados de significados, en muchos casos conflictivos, producto de confrontaciones a nivel simbólico.

A manera de cierre

De manera elocuente Rich expresó:

Escribir ‘mi cuerpo’ me sumerge en la experiencia vivida, en la particularidad: veo cicatrices, desfiguraciones, descoloramientos, daños, pérdidas, así como lo que me agrada (...) Decir ‘el cuerpo’ me aleja de lo que me ha dado una perspectiva primaria. Decir ‘mi cuerpo’ reduce la tentación de hacer lecturas grandilocuentes. (1991, p. 35)

Este capítulo, comenzó abordando debates a nivel teórico que desde la sociología, la geografía feminista y la geografía de las emociones exponen cómo no existe una fórmula universal para aproximarse al concepto de “el espacio”. El énfasis que Bourdieu desarrolla para develar mecanismos imperceptibles de dominación, no excluye la relevancia otorgada por McDowell y Massey a la fluidez de las relaciones sociales y la coexistencia simultánea de historias heterogéneas. Sin embargo, como señalan Bondi, Davidson & Smith (2002): “la geografía, como muchas otras de sus hermanas disciplinarias, ha tenido frecuentes problemas para expresar sus sentimientos”⁴⁰ (p.1), por lo que se rescata el “giro emocional” con el fin de indagar acerca del poder constitutivo de las emociones en el conocimiento práctico y conciencia sobre mi posición en el espacio.

En la estructuración de las discusiones con estudiantes de colegio, también yo hice un llamado a abordar “el espacio” por medio de una pregunta de carácter amplio y vago, pero los y las estudiantes devolvieron a la “tierra” estos llamados grandilocuentes con sus perspectivas encarnadas. Sumergiéndome en sus experiencias y reflexionando a profundidad sobre las mías, entendí que mi investigación feminista me obligaba a dejar de hablar de “el espacio” y de “Cúcuta” como narrativas omnipresentes para dar centralidad a nuestros lugares de enunciación: las calles, los colegios y barrios con los “travestis”, los venezolanos, los estudiantes de la jornada de la tarde del CSJ y los “traquetos” quienes determinan nuestra

⁴⁰ Traducción mía.

relación con la ciudad. Estos espacios, nuestros espacios⁴¹, son mencionados en una relación imbricada y compleja con los cuerpos que los habitan y las emociones que producen, desde el miedo, el afecto, el desprecio y el sentirnos “fuera de lugar”.

Este capítulo hace un mayor énfasis en la relación cuerpo-emociones-espacio como un “fuera de sí”: percibimos y habitamos como si el universo social ocurriera por fuera de nuestras fronteras anatómicas, pero las narraciones e intervenciones comienzan a problematizar cómo en el complejo habitar del espacio también somos percibidas y en ciertos momentos críticos adquirimos una mayor reflexividad acerca de la mirada del otro o la otra sobre nuestros cuerpos. Bourdieu (1994) nos recuerda que el conocimiento práctico es un conocimiento por el cuerpo, la comprensión del espacio inevitablemente atraviesa nuestros cuerpos los cuales no son solo los locus de aprendizajes y experiencias emocionales con otros, también de incertidumbres con nosotras mismas, cambios y mediaciones. Estas cuestiones serán el eje de análisis de los siguientes capítulos.

⁴¹ *Nuestros* en un sentido paradójico: son los espacios en que diariamente socializamos, pero en muchos casos, como fue explicitado durante todo este capítulo, nosotras los sentimos amenazadores e intimidantes, haciéndonos sentir que no pertenecemos a ellos, inclusive que no son nuestros.

CAPÍTULO II

“Mantenidas”, “empresarias” y “traquetos”: representaciones y construcción de diferencia de género y clase

La teoría –ver modelos, mostrar el bosque y también los árboles- puede ser un rocío que sube de la tierra, se acumula en una nube de lluvia y regresa a la tierra una y otra vez. Pero si no huele a tierra, no es bueno para la tierra.

(Adrienne Rich, 1999, p.34)

Lo subversivo no es, obligatoriamente, lo que de entrada se sobreentiende, sino que, al contrario, para actuar mejor sobre los seres y las cosas contra los que se subleva, se sitúa, sin excepción, a su lado, hasta invocarlos.

(Edmond Jabès, 2008, p.30)

En mi familia hay una anécdota que mi papá cuenta en las reuniones sociales cada vez que se presenta la oportunidad: yo tenía aproximadamente 5 años y me encontraba con él en una peluquería. Mientras me cortaban el pelo, mi papá leía probablemente alguna de las revistas que esperan pacientemente en las mesas de esos establecimientos a que alguien cobre interés por ellas y ojee sus páginas. Se abre la puerta y entra una persona, una de las empleadas del lugar. Su presencia me deja perpleja y después de seguir sus movimientos con ayuda del espejo que tenía en frente mío, levanto fuerte la voz y le pregunto a mi papá, que se encontraba del otro lado del salón, “¡papá, papá, ¿eso es hombre o mujer?!”.

Esta anécdota podría servir de muchas formas para la introducción de este capítulo: 1. La educación y disciplinamiento, desde temprana edad, en modelos corporales normativos de feminidad y masculinidad y cómo los in-disciplinamientos no pasan desapercibidos. 2. La relación arbitraria entre cuerpos y espacios, que hace que ciertos cuerpos adquieran protagonismo dentro de espacios pensados como “aptos” para ellos, en este caso los cuerpos trans y el trabajo de la estética y cuidados en las peluquerías, junto con el trabajo sexual

ejercido mayoritariamente en las calles o establecimientos para este propósito. 3. La reiteración de que los cuerpos, lejos de ser entidades acabadas, tienen el potencial para desafiar y subvertir devenires de género. Pero, quiero utilizarla para otro propósito relacionado con los anteriores. Como recuerdan Mara Viveros y Gloria Garay (1999): “muy temprano en nuestras vidas surgen espejos sociales a través de los cuales nos damos cuenta que somos clasificados y, a la vez, clasificamos de acuerdo con nuestros cuerpos o con partes de este” (p.17). No solo percibí a esta trabajadora con ayuda del espejo frente a mí, con el cual seguí atenta sus pasos, también mi cuerpo, reflejado en ese espejo, actuó como espejo social y recurso de sentido con el que significué el suyo a partir de lecturas corporales en claves de género.

En la primera parte de este capítulo se introducirán las referencias teóricas que orientan la interpretación de mis datos, a saber: Judith Butler sobre la materialización y la performatividad, Pierre Bourdieu con el habitus, la generización de los cuerpos y los cuerpos para otros, junto con las reflexiones sobre procesos de construcción de diferencia elaboradas por Mara Viveros. El posterior diálogo con los resultados de la investigación se dividirá en tres momentos subsecuentes: en la primera parte se explorarán aspectos generales de feminidades y masculinidades legítimas o reprochables, y en la segunda parte se explorarán cuerpos específicos observados. Ambas secciones procurarán dar respuesta a preguntas como las siguientes: ¿qué nos informan estos ejercicios de observación sobre las relaciones de género y clase en sus universos sociales? ¿Construye género la mirada? Inquietudes que discutirán en mayor medida con Judith Butler, Pierre Bourdieu y Mara Viveros. La tercera parte, dialogará principalmente con Olga Sabido Ramos y Judith Butler para profundizar en los momentos de tensión cuando sentimos la mirada significadora sobre nosotros, respondiendo inquietudes como: ¿desde qué posiciones nos observan? ¿Cómo nos relacionamos con estas miradas? ¿Existe una conciencia del percibido? ¿Cómo se caracterizaría?

Aproximaciones teóricas: cuerpos significados, cuerpos diferenciados

Butler enfatiza que los cuerpos de los que habla no son entidades autosostenidas que preceden las normas o estructuras sociales de género, clase y raza, ni actúan al margen de ellas. La materialidad es indisociable de estructuras y normas sociales de significación que, al estilo de los regímenes de verdad Foucaultiano, regulan las verdades con las que nos definimos a nosotras mismas, las formas de percibir en relación con otros, las maneras en que les percibimos, las posibilidades de ser junto con aquello que consideramos impensable (Foucault, 2002). La filósofa (1993) sugiere que: “invocar la materia es invocar una historia sedimentada de jerarquías y eliminaciones sexuales que, seguramente, deberían ser objeto de indagación feminista” (p.49). La constitución del cuerpo sería un efecto dinámico de poder en virtud de nuestras relaciones con normas reguladoras, dentro de las cuales el cuerpo emerge y se hace legible.

Nuestra existencia se caracteriza por una temporalidad dual, una que comienza con nuestro nacimiento y culmina con nuestra muerte, y otra por la temporalidad sociohistórica de la norma que son indiferentes a mi nacimiento y muerte física (Butler, 2005) pero cuya interrupción en mi vida es fundamental para sostenerme, sostener mi inteligibilidad y el reconocimiento que me es otorgado. Esto no significa que las normas sean entidades autosostenidas, ellas necesitan que sus significados circulen y materializan el cuerpo sólo en virtud de su uso reiterado en citas lingüísticas y prácticas corporales. La performatividad, a diferencia de actos aislados y deliberados, son invocaciones repetitivas que crean cuerpos generizados, enclasados, racializados, públicamente regulados por los significados sociales establecidos; lo que implica que cualquier llamado a la “interioridad del sujeto” refiere a los procesos públicos de su constitución (Butler, 1988). La corporización de la diferencia sexual está ligada a dos procesos: su significación a través de principios formativos que circulan y son legitimados en relaciones sociales, y la exclusión que prescribe prohibiciones mucho más eficaces cuando se elimina su historicidad y sin necesidad de recurrir a castigos explícitos (Butler, 1993).

Frente al riesgo del fatalismo de la reproducción mecánica de las normas reguladoras, la autora fortalece la posibilidad de desplazamientos, confrontaciones y reinterpretaciones; la

diferencia sexual, la clase y la raza no son circuitos cerrados, ni los cuerpos son recipientes pasivos en los que se inscriben de manera aplastante. De acuerdo con Butler, en ellos subyace la potencia de reactualización y reconstrucción dentro de sus marcos sociales, los cuales se expanden durante los procesos de construcción y deconstrucción de relaciones sociales:

Como los guiones teatrales que pueden ser actuados de varias formas, y como la obra requiere tanto texto como interpretación, el cuerpo generizado actúa su parte en un espacio corporal culturalmente restringido y representa interpretaciones dentro de los confines ya existentes. (1988, p.526)

Butler continúa:

El género no está pasivamente inscrito en el cuerpo, ni tampoco está determinado por la naturaleza, el lenguaje, lo simbólico o la arrolladora historia del patriarcado. El género es lo que nos ponemos, invariablemente, con restricciones, diaria e incesantemente, con ansiedad y placer. (ibid, p.531)

Los cuerpos generizados son, entonces, ficciones históricas en tensión, espacios parcialmente indeterminados abiertos a la contestación. Sin embargo, para Xu Zänä (2010), Butler relega explícitamente “el contexto histórico, político, social, económico, cultural actual porque lo queer se queda en la subjetividad de cada individuo” (párr.13). Esta noción de las reactualizaciones devendría de una lógica individualista dado que solo ciertos cuerpos generizados, en lugares de privilegio de clase y raza, pueden disponer de esa maleabilidad, mientras a otros se les imposibilita desprenderse de las interpretaciones sociales sobre sus marcas (Pequeño, 2014).

Si el género es lo que nos ponemos diariamente con angustia y placer, el cuerpo generizado no es únicamente el producto de sus actos; su reinterpretación también está atravesada por las interpretaciones colectivas, la manera en que es percibido por otros y las expectativas sobre este, todo ello en nuestro día a día. El acto no ocurre en un vacío social, ni el actor se encuentra solo mientras encarna el libreto teatral, lo que significa que si bien puede reinterpretarlo con marcas personales inicialmente no incluidas en el guión, estas reconstrucciones se verán mediadas por diversos factores como el miedo por un mal guiño del director o de sus co-trabajadores, la incertidumbre ante sus reacciones y las implicaciones negativas que tendría para él. En términos generales, su posición de privilegio (o no) en la

obra con el director, los co-trabajadores y el público que le permitan o reprochen ese tipo de reinterpretaciones.

Bourdieu contribuye a esclarecer vacíos en la teoría de Butler, otorgándole una mayor fuerza al contexto constituyente y las disposiciones duraderas, enclaves legitimadores de la dominación. Para el sociólogo (2000), estas relaciones de dominación se sustentan en estructuras objetivas, consagradas como diferencias naturales e inevitables que se incorporan “en los cuerpos y en los habitus de sus agentes que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones, tanto de pensamiento como de acción” (p.20). El habitus es un concepto de carácter corporal, entendido como un sistema de disposiciones duraderas, maneras concretas de orientarse en el mundo social, de habitarlo y comprenderlo sin una distancia objetivadora. Estos sistemas de disposiciones duraderos y transferibles, se incorporan a través de experiencias acumuladas, generando prácticas percibidas por quien las lleva a cabo y por quienes observan como ajustadas (o no) al escenario social sin ser producto del cálculo consciente.

En este proceso de incorporación, las acciones pedagógicas apoyadas en la amenaza expresa son mínimas en comparación con las advertencias empleadas colectivamente con el uso del lenguaje verbal como burlas y bromas que, de manera tácita, estimulan prácticas diferenciadas, adecuadas para cada sexo (Bourdieu, 1994). Tanto el trabajo de feminización, asociado con el confinamiento simbólico y la fragilidad, como el de la masculinización, relacionado con la virilidad física y la potencia sexual, son concretados a partir de procesos de exclusión, aprobación y conminación repetitivos, que son asimilados como naturales y evidentes. Para Bourdieu (1994) el proceso de construcción de cuerpos generizados es interminable, permitiendo escapes dado que: “solo hay acción e historia, conservación o transformación de las estructuras porque los agentes no se reducen a lo que el sentido común les dicta” (p.204). Los cuerpos no son la traducción exacta de las normas, existirán momentos de desfase entre la hexis corporal⁴² y el espacio social en el que se encuentra inmerso,

⁴² La Hexis Corporal es entendida la incorporación de las disposiciones, una manera duradera de ser y llevar el cuerpo inculcada a partir de acciones pedagógicas, conminaciones, ritos institucionales incluyendo sufrimientos físicos y psicológicos.

llevando al sujeto a la interrogación, confrontación y revisión de sus prácticas y disposiciones sobre los marcos sociales instituidos (Bourdieu, 1994). Ni reproducción fatalista, ni escogencia individual, el cuerpo surge como una tensión entre constancia y rupturas, dentro de una espacialidad que también se debate entre su sedimentación histórica y la volatilidad de las interacciones.

Hablar de la constitución de cuerpos generizados, racializados y enclasadados, implica evidenciar los afectos y emociones como fuentes de reconocimiento y desconocimiento de nosotras mismas (Bourdieu, 1994). La constitución y actualización de las hexis corporales ocurre en relación a nuestras expectativas y temores ante reacciones externas: desde el temor a las violencias físicas, sanciones explícitas y miradas descalificadoras que nos consideran “fuera de lugar”, hasta la vergüenza e incluso el desprecio propio generado por la burla y el entrañable alivio que traen las reafirmaciones de nuestro “adecuado” desenvolvimiento en momentos de duda.

Su concepto “cuerpos-para-otro” surge en relación a esta cuestión, proponiendo la división sujeto-objeto (Bourdieu, 2000). Con esta propuesta, Bourdieu hace referencia explícita a la división sexual de los cuerpos entre sujetos masculinos heterosexuales como perceptores objetivantes y los cuerpos femeninos como objetos percibidos con base en binomios (distinción/vulgar, mencionado en su libro, recatada/regalada, reiterada por los y las estudiantes) que se convierten en características legibles significadas a través de lecturas de las disposiciones corporales. Aquello provoca una serie de interrogantes: ¿soy consciente, en ciertos momentos, de que mis prácticas corporales están siendo percibidas por una mirada objetivante, que soy un cuerpo-para-otros? ¿Cómo, producto de esta conciencia de ser percibido, respondemos ante dicha mirada objetivante? ¿Qué estrategias empleamos y cómo con ellas participamos nuevamente en la reproducción, desplazamiento o transformación de las diferencias y jerarquías de género y la clase?

Bourdieu da pistas señalando el papel que desempeñan las experiencias emocionales en los procesos de autoreconocimiento, especialmente en momentos de angustia en los que percibimos la mirada objetivante. Pero su énfasis en la reproducción corre el riesgo de opacar la capacidad que tienen los sujetos de reconocer y relacionarse con estas miradas. El trabajo

investigativo mostró que los y las estudiantes expresan una mayor reflexividad, en ciertos contextos, sobre las exigencias y expectativas inscritas en sus cuerpos junto con una conciencia de ser percibidos cuando encarnan cuerpos-para-otros. Aquel reconocimiento, les llevó a emplear una serie de recursos estratégicos para inicialmente negociar y luego refutar la percepción otorgada, la cual fue explícitamente rechazada en todo el transcurso.

Para introducir a Viveros, quiero retomar la hermosa frase de Rich que abrió este capítulo: “si la teoría no huele a tierra, no es buena para la tierra”. La teoría de esta antropóloga huele a la tierra de donde brotó. Viveros cita a Monique Wittig para quien: “al igual que la raza, el sexo es una formación imaginaria que reinterpreta los rasgos físicos (en sí mismos tan neutros como los demás pero marcados por un sistema social) mediante la red de relaciones en la que son percibidos” (Wittig citada por Viveros, 2004, p.3). En los prolongados procesos de diferenciación sexual, nuestro cuerpo adquiere sentido con la incorporación de significados. Nuestro cuerpo es siempre un cuerpo significado, toda vez que el género, la raza y la clase actúan como marcas sociales significantes con las cuales elaboramos lecturas de otros y de nosotras mismas. Su irrupción en nuestras trayectorias sociales, se convierte en una precondition para una existencia viable o sancionable.

Masculinidades como feminidades, se construyen a partir de procesos pedagógicos prolongados sobre lo correcto y lo reprochable, también a partir de juicios y orientaciones en los cuales intervienen una multiplicidad de figuras, paternas, maternas, profesorado, amistades, entre otras, durante el transcurso de nuestras vidas. Existe también un aspecto político fundamental, toda vez que estas construcciones se sitúan dentro de unas relaciones de dominio, legitimadas por oposiciones arbitrarias y naturalizadas, como hombre/mujer, que operan como principios de ordenamiento jerárquico. Para Viveros (2004) masculino y femenino no son sustantivos, sino relaciones resultantes de fenómenos sociopolíticos, que al ser deshistorizados toman la forma de en metáforas aisladas: “las diferencias sexuales no significan sociopolíticamente nada en sí mismas, a menos de que estén ordenadas de manera jerárquica y sean dotadas de un valor simbólico por una serie de complejos procesos sociopolíticos, legitimados a su vez por estas diferencias” (p.10).

En “La diferencia: un concepto problemático para la antropología y el feminismo” (Viveros Vigoya & Zambrano, 2011), interrogan el papel que ha jugado el concepto de la diferencia en los diálogos entre estos campos de conocimiento. Las autoras descentran su carácter sustantivo para vincularlo con relaciones de desigualdad arraigadas en estructuras jerarquizantes, que actúan como marcos para clasificar a las personas y justificar el lugar desigual que ocupan en la sociedad. Para Viveros (2013), las marcaciones de diferencia y alteridad “cobra relevancia ya no como metáfora social, sino como superficie sobre la cual se inscribe la microfísica del poder” (p.44).

No obstante, la producción de diferencia debe ser abordada con cautela ya que no es un circuito cerrado; tiene un carácter maleable y abierto a reinterpretaciones cuyos límites, según Stuart Hall (1999) “se reposicionan continuamente en relación con los puntos de referencia” (p.136). Existen “zonas grises”, como las auto-representaciones, las representaciones estéticas, el lenguaje, entre otras, en las cuales, producto de su relativo nivel de autonomía, emerge la capacidad de interrogar y erosionar los órdenes sexistas, racistas y clasistas a partir de ejercicios políticos alternativos que reapropian y subvierten las significaciones conferidas. La construcción de la diferencia de género es dinámica, está atravesada por procesos de negociación, rechazo, resignificación o trasgresión; es una realidad social abierta al cambio. No somos el resultado necesario, existen distintos niveles donde la inestabilidad, la rearticulación y la confrontación conviven cotidianamente con la reproducción (Viveros Vigoya, 2013). Unos interrogantes en el texto de Viveros y Zambrano (2011) fueron de gran estímulo para mí: “vale la pena reflexionar sobre quiénes producen la diferencia, con qué propósitos, cuáles son los sujetos sobre los cuales ésta se imputa y, sobre todo, cómo se gobierna y disputa la diferencia” (p.152). Vale también la pena reflexionar sobre qué es lo que pasa a nivel subjetivo y cómo respondo (o no) cuando se me imputa esa diferencia despreciable que previamente había ayudado a construir.

Retomando la doble relación con el espacio planteada por Bourdieu en el capítulo previo, comprendemos nuestro mundo, nuestra posición en el mundo, demasiado bien porque desde temprana edad este se inculca en nuestro cuerpo a partir de maneras de presentarlo, gustos y disgustos, esquemas de percepción, respuestas emocionales e inclinaciones. Pero no soy una

impronta social que se limita a desplazarse sobre un mundo ya dado. Al contrario, le doy sentido a partir de toda esta historia incorporada que condiciona un haz de posibilidades con las que establezco qué me gusta, qué me causa desagrado, con quiénes quiero relacionarme y con quiénes prefiero mantener una distancia “prudencial”. Encamino mis actos producto de la vergüenza o el temor, manteniendo y legitimando unas jerarquizaciones sociales, o los utilizo como trampolín político para plantear cambios en la manera en que me relaciono.

También atravesamos momentos en los que, producto de la dolorosa inhabitabilidad del cuerpo, determinamos que se hace necesario transformarlo, con miedo y angustia pero también con convicciones férreas y confianza en una misma. Con el ardor en los glúteos por la inyección de silicona, con la sonrisa registrada al reapropiarme de aspectos de nuestro cuerpo históricamente sancionados como desagradables o antiestéticos, o el insomnio después de renunciar a los psicofármacos, nos reafirmamos desde otros lugares y construimos mundos híbridos posibles. Ante la complejidad de nuestras relaciones con el universo constituyente, comprender y reflexionar son actos intrínsecamente corporales porque como señaló Bubulina Moreno en su manifiesto corporal:

Deconstruirse es un ejercicio que deberíamos hacer todxs, yo lo comencé cuando creé mi primer monólogo-performance, tomando mi cuerpo como arma para expresar lo que me duele, lo que me molesta, lo que me transita y libera. Mi cuerpo, un cuerpo tieso que camina de lado a lado como si se fuera a caer, que necesita de otrxs para asearse, comer, ir al baño y masturbarse; un cuerpo que tiene mucho que decir y poco que ocultar, ahí estoy yo. (2015, párr. 6)

“Mantenidas”, “empresarias” y “traquetos”: representaciones de feminidad y masculinidad

No transcurrió mucho tiempo después de haber iniciado la primera sesión con ambos grupos para que los y las estudiantes comenzaran a mencionar personajes que reconocían en la ciudad, junto con juicios conferidos espontánea y emotivamente. Creo que tampoco transcurrió mucho tiempo, después de haber planteado la propuesta de proyecto, para que muchos de estos rostros mencionados brotaran en mi memoria. O mejor dicho, creo que no transcurrió mucho tiempo después de que estos rostros brotaran, para estructurar una propuesta que me permitiera ingresar a la Escuela de Estudios de Género de la Universidad

Nacional. Y es que como Le Breton (2007) comienza el recorrido de su libro “El sabor del mundo: una antropología de los sentidos”: “para el hombre no existen otros medios de experimentar el mundo sino ser atravesado y permanentemente cambiado por él” (p.11). Para experimentar el mundo y pensarme a mí misma en relación con este, me veía obligada a ser atravesada por sus diferentes rostros.

Esta sección se dividirá en tres partes: inicialmente presento algunas interpretaciones sobre las nociones generales de feminidad y masculinidad mencionadas por los y las estudiantes, las legítimas e ilegítimas, contrastando las posiciones de clase y género desde las cuales son construidas y los papeles que juegan en su producción o cuestionamiento. A grandes rasgos, esta sección tratará lo que hay que “llegar a ser” y “no llegar a ser”, junto con la construcción y gestión de la diferencia. En segundo lugar, se describirán los personajes que los y las estudiantes perciben⁴³ en la ciudad y que ayudarán a profundizar en la construcción e imputación de diferencias de género y clase. Escogí los “traquetos”, como figuras masculinas, las “mantenidas” y las “empresarias” como figuras femeninas debido a que en torno a ellos y ellas se generaron amplias discusiones con distintos matices que resonaban con mis procesos autonarrativos. Por último, se estudiarán dos momentos de la interacción grupal y respuesta individual de un estudiante hombre y una estudiante mujer que evidenciaron una conciencia de ser percibidos al convertirse en cuerpos-para-otros, por aproximarse a la diferencia de género despreciable la cual habían imputado momentos antes.

Esta división entre percibir y ser percibida, entre representaciones generales de masculinidad y feminidad, y la enunciación de quienes la incorporan, no es tan nítida en las interacciones pero para propósitos analíticos decidí separarlas en tres momentos aparte.

⁴³ Escojo este verbo por encima de “observan” pues en muchos casos, tanto míos como de ellos y ellas, no se observaban cuerpos físicos bajo la forma de interacciones cara a cara planteada por Goffman, sino eran percepciones ya sólidamente formadas sobre estos personajes que acompañaban diariamente en sus relatos.

1. Aspectos generales de feminidad y masculinidad

1.1 *Feminidades*

Al contrastar las recurrentes menciones de las representaciones de feminidad y masculinidad enunciadas, los relatos revelan una diferenciación en las fuentes, los procesos de educación en la diferencia sexual y las subsecuentes jerarquizaciones de género. Respecto a la educación en feminidades consideradas legítimas, las estudiantes mujeres resaltan:

*Adriana*⁴⁴: *¿les parece importante el físico? ¿De otras personas? ¿De ustedes?*

Daniela: *yo lo considero que sí*

Angie: *sobre todo en nosotras las mujeres*

Mónica: *en las mujeres el físico, personalmente, me parece que es muy importante*

Daniela: *yo digo que una mujer lo que más se fijan es en el físico, siempre.*

Jessica: *no, y es que las mujeres somos muy vanidosas*

Adriana: *¿dónde aprendemos eso?*

Angie: *eso va en cada quien, más que todo en lo que uno ve de la mamá que si la mamá de uno se arregla, uno se va a volver vanidoso. En las mujeres que uno ve que está en el entorno de uno, si uno está con niñas que se arreglan y eso pues uno va a querer arreglarse porque uno no puede volverse [interrumpida]*

Mónica: *el punto negro*

Angie: *y pues uno si está como con gente que no se peina, que no está bien arreglado uno no va a ser así porque como convive con gente de ese entorno entonces tiende a ser igual*

Jessica: *y eso también, pues la parte vanidosa de las mayoría de mujeres se tiene a medida que uno empieza a crecer, al principio uno cuando niña salía de la casa recién peinada por la mamá y salía luego del colegio vuelto nada, despelucado y de todo. En cambio ahorita una se la pasa arreglándose, peinándose y así.*

Como primera observación: las estudiantes se refieren a la construcción de cuerpos femeninos, incorporando sus experiencias cotidianas en las discusiones y elaborando reflexiones en torno a estas. Desde el aspecto físico y sus (no) maneras de exponerlo, hasta

⁴⁴ Extracto de la entrevista grupal con únicamente estudiantes mujeres del CSA el 24 de junio de 2014. Esta pregunta fue la continuación de un interrogante previo sobre el físico, definido como las características físicas visibles del cuerpo.

el trabajo asalariado, las prácticas sexuales (como será expuesto más adelante), junto con la familia y las instituciones educativas como espacios salpicados de pedagogías de género, era común escuchar “a mí me pasó”, “yo vi”, “yo estuve”, “el otro día/el año pasado/hace tres grados yo”. Una gran cantidad de menciones pasaban por la explicitación de los filtros de sus vidas y por reconocerse como participantes activas, recurso utilizado para emitir sus validaciones, sanciones o interrogantes.

Los estudiantes hombres, evasivos para responder interrogantes míos o enfrentar cuestionamientos de las alumnas sobre temas de masculinidad, eran rápidos para discutir sobre características adecuadas de feminidad, como el “respeto por sí misma”. Para las mujeres, el acto lingüístico de explicitar un “yo” podría pensarse como una pista de auto-reconocimiento que sirve como recurso para explicitar juicios y marcar contundentemente jerarquías de género y zonas de alteridad.

Adriana⁴⁵: en mi colegio, recuerdo que los profesores nos hablaban de ser cierto tipo de mujer: sencilla, recatada, ¿ustedes han sentido o, quizás, no han sentido eso acá?

María Fernanda: hay una profesora, la mamá de Erik nos corrige porque hay unas compañeras que se pintan que, con el respeto que se merecen, parecen unas payasas, o sea horrible. O sea, sí, está bien que se echen pero [interrumpida]

Karen: parecen unas payasas porque yo digo ¿una niña qué hace pintándose? ¿Qué intereses que tiene? Pero yo, yo puede que tenga barros pero yo no utilizo nada, nada, nada. No entiendo por qué se maquillan, no tienen manchas en la cara, la cara es muy bonita, como dice mi mamá, es muy bonita para que se la estén dañando

Brandon: ¿sí ve lo que usted dijo? Porque su mamá se lo dijo, entonces ahí es donde viene que le hable a uno la mamá

María Fernanda: a veces nos dicen que se ven peor. Tiene maquillaje, se ven bien y se echan más

Karen: el maquillaje en una niña tiene que ser suave

María Fernanda: sí, si se pintan bien pero listo, ya, y se pasan la mano por la cara y [el maquillaje] les queda en la mano.

Como señaló Butler, la diferencia sexual se construye a partir de actos cotidianos de carácter repetitivo, como la manera de arreglarnos con el uso del maquillaje y el peinado; actos con los que construimos jerarquías y diferencias entre las mujeres. En este caso, el rostro se

⁴⁵ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

empleaba como una parte visible y recurso de alterización que marca a las estudiantes que no lo exponen “correctamente”. A partir de esto, se empiezan a configurar jerarquías intragenéricas con derroteros físicos empleados como espejos sociales significantes para clasificar a otras estudiantes por no apegarse a representaciones adecuadas de feminidad, como la “suavidad” en la apariencia. Asimismo, su desobediencia indica que no hicieron caso a las palabras de quienes ellas reconocen como figuras de autoridad y enseñanza.

Dos interrogantes cobran relevancia en estos procesos, a diferencia del individualista “¿quién soy?”, el sujeto pregunta por sus posibilidades de existencia: “¿qué puedo ser?”, y también “¿quién eres?”, dando cuenta de nuestra necesaria exposición frente al otro como un campo epistemológico que me construye y hará de mi existencia algo viable o impensable (Butler, 2001). No es posible existir de manera individual como parcelas independientes. Al contrario, la constitución subjetiva se lleva a cabo en una dimensión pública. Somos fundamentalmente dependientes de la exposición frente al otro que se dirige a mí y al cual me dirijo, relación donde circulan y se desplazan significaciones de la norma, en términos de Butler (2001): “una sola puede referenciarse como ‘yo’ en relación a un ‘tú’: sin el ‘tú’, mi propia historia se tornaría imposible” (p.24). El “tú” concreto que actúa como autoridad legítima fue la figura de la profesora y la madre, quienes por medio de acciones pedagógicas explícitas o tácitas, como “dar ejemplo”, educan a las estudiantes en las maneras “correctas” de la diferencia sexual. La educación en las feminidades legítimas e ilegítimas a partir de figuras de autoridad es un campo mayoritariamente feminizado ya que las educadoras eran mujeres y existe un claro control entre pares femeninas.

El “tú” no es una figura andrógina, al contrario, posee género y educa a partir de su posición. Refiriéndome al planteamiento de Marcela Lagarde (2003), la maternidad es una institución colectiva desarrollada por varias mujeres encargadas de las labores de reproducción y cuidado, sucesiva y simultáneamente, convirtiéndose en funcionarias del Estado en la sociedad civil⁴⁶ para la reproducción de un orden de género. Esta comparación se hace más

⁴⁶ Lagarde plantea este término desde la lectura de Antonio Gramsci (1974) para quien los intelectuales eran “gestores del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, o sea: del consenso espontáneo que prestan las grandes masas de la población a la orientación impresa a la vida social por el grupo fundamentalmente dominante” (p.164)

aguda cuando, en el transcurso de las sesiones, figuras como padres y profesores fueron inexistentes. Las abuelas fueron otros personajes mencionados brevemente en las discusiones del grupo del CSJ pero cuya pedagogía de género, caracterizada por el favorecimiento de la dependencia económica femenina frente a la proveeduría masculina y la tolerancia ante el maltrato físico de la pareja, se consideraron “desactualizadas” al no coincidir con las enseñanzas maternas que giran en torno a:

“Que estudie que rumbee porque ella no tuvo o sea el deseo de la mamá es que haga y viva la vida con lo que ella no vivió. En mi casa mi mamá dice que si quiere un marido y un hogar, pues ella dice que primero el estudio porque no depende del hombre sino depende de uno mismo y pues eso me ha metido mi mamá en la cabeza”⁴⁷.

Por otra parte, cuando Karen pregunta *¿qué hacen pintándose? ¿Qué intereses tiene (en maquillarse)?*, se podría plantear que hay un “tú” intangible a quien se expone dicha acción y de quien se espera respuesta, acusación que resalta el carácter expuesto del cuerpo femenino probablemente ante el ojo masculino heterosexual. No es posible entender la materialización del cuerpo generizado sin la espacialidad que regula su inscripción. La construcción de la diferencia no existe en un vacío social, se hace con puntos de referencia de unas formas concretas de gobierno, los cuales cobran vida en cada interacción.

Cuando los hombres se involucraban en estas conversaciones, actitud que fue constante, hicieron un fuerte énfasis en aspectos de la sexualidad femenina y las relaciones eróticas con otros hombres:

Erik⁴⁸: yo el año pasado tuve una compañera, eso sí terrible hasta donde más no puede, ella misma se daba a entender. Una vez éramos como 15 en el parche, entonces, que tales que [ella le pregunta] ¿por qué no había tenido relaciones sexuales? ¡Marica, eso es muy privado! ¡Ah no! ¡La pelada nos saca como una lista de unos treinta y dos! Y yo ¡uy! Pero, o sea, marica eso sí...

Adriana: ¿cómo ves eso?

Luigi y Karen: no, está mal visto

⁴⁷ Extracto mencionado por María Fernanda en la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014. Esta relación con el trabajo asalariado se profundizará en la segunda sección.

⁴⁸ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

Luigi: una cosa es que esté con uno por el noviazgo otra cosa es que no, cada fin de semana

Adriana: ¿por qué te parece malo?

Luigi: primero, porque puede contagiarse

Erik: está sociedad nos ha dado a entender que una llave que abre varios candados es una llave maestra, pero un candado que se abre con varias llaves debe desecharse

Adriana: chicas, ¿ustedes sienten que eso pasa?

[Silencio. Las mujeres intercambian miradas entre ellas]

María Fernanda: obvio. Obvio sí, porque está haciendo quedar mal a todas las mujeres. Desafortunadamente, porque hay unos hombres que al ver eso dicen que todas las mujeres son unas...

Probablemente, esta es una de las referencias más explícitas a los trabajos de virilización y feminización mencionados por Bourdieu. En los trabajos de virilización⁴⁹, es imperativo el despojo y negación de cualquier rastro de aspectos relacionados con la feminidad por medio de la estimulación de hazañas, fuerza física, rudeza, competencia y el enaltecimiento del desempeño sexual. Por otro lado, la feminización de los cuerpos se consigue con la imposición de límites físicos y simbólicos mediante el control de sus atuendos, la postura y la aceptación a ser interrumpidas, llevándolo a concluir que:

Los principios opuestos de la identidad masculina y de la identidad femenina se codifican de ese modo bajo la forma de maneras permanentes de mantener el cuerpo y de comportarse, que son como la realización o, mejor dicho, la naturalización de una ética. (2000, p.42)

Las relaciones de dominación se inscriben en los cuerpos por medio de hexis corporales diferenciadas que actúan como espejos sociales desde los cuales clasificamos y también somos clasificadas. Dentro de estos marcos, se construyen nuestros esquemas de percepción, nuestros pensamientos, actos y afectos que, si bien resultan de la repetición individual, comparten un carácter colectivo y duradero.

La construcción de la feminidad en relación con la imposición de límites es evidente en la metáfora utilizada por Erik que relaciona la sexualidad femenina con un candado que oculta y confina. En contraposición, está el trabajo de virilización relacionado con la potencia

⁴⁹ Este estudio sobre los trabajos de virilización y feminización se desarrolló en la sociedad campesina de La Cabilia, localizada en la zona montañosa al norte de Argelia, que le sirvió de referente empírico.

sexual, expresado con la metáfora de la “llave maestra” capaz de abrir “varios candados”. También mencionado, hay un modo de feminidad ilegítimo desbordado, carente del cercado invisible que limita los territorios de su cuerpo. Esta analogía comentada por Erik, es utilizada como una metáfora del control de la sexualidad femenina por parte del dominio masculino.

El silencio de las mujeres en esta interacción tuvo para mí un carácter enigmático: por un lado podría plantearse que fue producto de la interiorización de los límites femeninos, como mantener la boca cerrada cuando hablan los hombres y aceptar sus interrupciones. En última instancia, este silencio comprobaría su incuestionada validación del control masculino sobre sus prácticas sexuales. No obstante, ese vacío lingüístico también es prometedor de otras reacciones posibles a nivel subjetivo. Me valgo de la falta de entusiasmo de María Fernanda⁵⁰ y el tono ligeramente pausado (¿dubitativo quizás?) con el que imputó la sanción, para intuir que reaccionó de manera incómoda o no estuvo completamente de acuerdo con lo planteado por los hombres y que la manera de gestionar su sexualidad posiblemente difiera de la aceptación de tal rígida (auto)vigilancia. Aun así, su falta de reacción inicial y posterior adhesión validaría los juicios heteronormativos de los estudiantes, pero probablemente esto no tiene que ver con la pasividad frente a la norma, sino con un reconocimiento de expectativas diferenciadas en la gestión de sus prácticas sexuales, máxime cuando existe conocimiento de lo cruelmente que podría ser juzgada.

Quizás fue producto de este reconocimiento de expectativas diferenciadas que ellas, asimilándose al proyecto heteronormativo de autovigilancia, aunque posiblemente solo de manera temporal para evitar recriminaciones, manifestaron posteriormente una triple sanción: por la falta de autocontrol sexual femenino, por haber roto los límites comunicativos al expresárselo a hombres, pero también por hacerlo de manera masculinizada.

⁵⁰ Esta joven tuvo 14 años de edad durante el proceso investigativo en la ciudad, se caracterizó en todas las sesiones de entrevistas grupales por proponer sus comentarios con gran liderazgo y determinación frente a sus pares femeninos y los compañeros masculinos, de quienes no permitía interrupciones y los interrumpía cuando hablaban. Ella era una voz con la que el resto de sus compañeras muchas veces se sintieron identificadas, permitiéndole hablar en representación de sus intereses en varias ocasiones. Por eso, unos de mis referentes constantes a conflictos internos a nivel individual y colectivo entre ellas eran sus pausas, la variabilidad en los tonos de voz, los intercambios de miradas con sus compañeras y el silencio mutuo o titubeo colectivo cuando María Fernanda callaba.

Adriana⁵¹: chicas, ¿por qué tenemos esa resistencia a hablar de sexualidad? A mí me pasaba lo mismo

Juliana Geraldine: porque dicen que uno es como pervertido hablar de eso, sí porque o sea [interrumpida]

Karen: no, el problema es que cuando uno habla sobre eso uno no lo dice con seriedad, uno lo dice vulgar

Juliana Geraldine: por ejemplo, el otro colegio donde estaba el parche mío, varias de mis compañeras ya [habían tenido relaciones sexuales] y ellas contaban. En cambio, en donde estoy ahorita hay varias que son todas amigas y es [hace señas de hablar en secreto y con miedo] y ¡ay no! ¡Ay dios, mío! ¡Me muero! Y eso no, eso es algo normal que a todo el mundo le sucede hablar de eso

Adriana: ¿eso les pasa más a las mujeres o los hombres?

Todxs: ¡no, con las mujeres!

Brandon: a las mujeres porque uno cuando le habla a un amigo es como, [celebración] ¡eso marica! Uno dice que tales que le metió la lengua hasta la garganta [risas], uno es vulgar para hablar entre hombres, en cambio entre las mujeres “entró, me miró, yo lo miré” y empiezan a hablar delicadamente

Juliana Geraldine y María Fernanda: las mujeres es ¡ayyy! [Con un tono de voz agudo y suave, y entre risas cómplices] ¡Y me abrazó!

Sus narraciones evidencian la construcción de hexis corporales opuestas, correspondientes a prácticas sexuales diferenciadas por límites que deben ser mantenidos: el uso diferenciado del lenguaje, las disposiciones para la comunicación, los espacios donde la comunicación puede ser llevada a cabo y las formas de expresión (que demandan prudencia por parte de las mujeres en el manejo del tema, so pena de sanciones y reproches públicos por su “vulgaridad”). Los hombres, por otro lado se expresan de manera más abierta y jovial, relacionando la práctica del coqueteo con hazañas mencionadas en espacios homosociales donde se aplaude su demostración de carácter. Curiosamente, en el primer relato los hombres resaltaron el carácter privado de estas prácticas frente al cuestionamiento de la mujer, pero en el segundo evidencian la importancia de expresarlo en público, más específicamente entre ellos por medio de festejos, mientras que se exige de las mujeres un uso restringido del lenguaje. Aquellos usos diferenciados, remiten a las relaciones de dominio de la sexualidad femenina y también la dualidad que habita en sus cuerpos: por un lado, las formas de

⁵¹ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

expresión de los hombres las reducen a objetos de conquista⁵² disponibles al deseo masculino heterosexual pero, para quedar del lado adecuado de la feminidad y posicionarse como posibles parejas erótico-afectivas, se les exige mantener el autocontrol sexual. Se explica, entonces, porqué el desagrado hacia la joven de la historia narrada por Erik ya que rompió ciertos límites que se espera de ellas, como también porque invirtió la relación al cuestionar a los hombres para que dieran cuenta de sí mismos.

Sus narraciones dan cuenta de la construcción de representaciones de feminidad dual en los escenarios erótico-afectivos: las pensadas como “desechables” (retomando la metáfora del candado) y aquellas que se “hacen respetar”. Este último término fue empleado por estudiantes hombres y mujeres de ambos colegios repetidamente. Cuando les pregunté qué significado le otorgan, un hombre del CSA respondió: “*saber cómo comportarse ante la sociedad*”, seguido por otro estudiante hombre: “*tener precaución, saber dónde está parado, porque no me puedo comportar igual aquí que en un entierro*”⁵³. Esa noción de “respetarse” es utilizada de forma diferenciada para hombres y mujeres porque mientras para ellas tiene un contenido explícito de autovigilancia sexual, para ellos carece de dicho sentido toda vez que este acto iría en contravía de los procesos de masculinización previamente elogiados. Por lo tanto, a diferencia de Sabido Ramos, quien planteaba que el extraño es aquel que irrumpe en nuestras trayectorias y es incomprensible por nuestros sentidos, de ahí el desprecio, los y las estudiantes demuestran una comprensión aguda de aquellas a quienes se imputa la diferencia.

Existe otra cara de la moneda debido a que, como nuevamente ellas lo dejaron ver de manera provocadora, las mujeres no son tontas ni objetos donde se inscribe la norma heterosexual de forma aplastante. Por un lado, el comentario inicial de Juliana Geraldine manifestó el pleno

⁵² Me valgo del doble sentido de esta palabra, como el acto de coquetería cuyo propósito es cautivar el afecto de alguien. También la subyugación de un territorio por medio del uso de la fuerza que no se limita a la física y se extiende hacia la dimensión simbólica definida como: “una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos y de un modo que parece mágico, al margen de cualquier coerción física; pero la magia sólo funciona si se apoya en disposiciones previamente constituidas” (Bourdieu, 1994, p.223).

⁵³ Ambos extractos son de la entrevista grupal con estudiantes hombres y mujeres en el CSA el 15 de mayo, 2014. En el momento que respondieron la pregunta, me encontraba únicamente con estudiantes hombres porque las mujeres fueron solicitadas fuera del salón por un docente.

reconocimiento de las expectativas diferenciadas en el uso del lenguaje y lo confrontó luego con el reproche levantado hacia sus compañeras de colegio por mostrarse inseguras al hablar sobre el tema, incluso entre ellas mismas. Aquella capacidad de reflexión y reconocimiento de una posición diferenciada y desventajosa, se manifestó de manera fortalecida en la última intervención de Juliana Geraldine y María Fernanda, que elaboraron una autoburla sobre la gestión de su sexualidad y su forma esperada de expresarla. Retomando las ideas expuestas por Viveros, la lógica de la norma constituyente puede “minarse desde adentro”, desplegando estrategias como la parodia y la capacidad de autoburla que evidencian una relativa autonomía y cuestionamiento de niveles macrosociales para subvertir momentáneamente, y a través de la risa, las representaciones de feminidad ingenua e hiper-romántica que circulan en sus entornos.

Por último, es posible trazar similitudes entre los resultados encontrados y aquellos del estudio de Viveros (2002) respecto al papel que desempeña la institución educativa como relevo del núcleo familiar para la educación y socialización de la diferencia sexual. Para la autora, la construcción de mundos diferenciados por el género se consigue con el denominado currículo oculto: “es decir, todo lo que sucede en el aula de clases y por fuera de ella (en el patio de recreo, por ejemplo) y es transmitidos por maestros(as) y compañeros(as) sin hacer referencia a los contenidos educativos” (p.194). Esta definición se relaciona con la mirada caleidoscópica de Ángela María Estrada (2004), para quien las instituciones educativas se componen de diferentes niveles dinámicos que construyen subjetividades de género. Como fue posible ver, las estudiantes mujeres identifican figuras significativas en la educación del género dentro del colegio. En sus narraciones, las profesoras protagonizan los agentes normalizadores, gestoras de una incorporación “correcta” de la diferencia sexual, a partir de orientaciones directas sobre aspectos corporales femeninos. Pero estas figuras no ejercen un poder soberano, ya que el género también se recrea en las interacciones de los grupos de pares que reapropian y parodian las representaciones que circulan en sus universos sociales.

Para cerrar, se hace importante introducir las palabras de Manuel Alejandro Rodríguez:

[Las representaciones] nos brinda aproximaciones desde una perspectiva semiótica a aquellos significados culturales que edifican identidades y alteridades, que sustentan órdenes raciales, étnicos y sexuales –entre otros- por medio de los cuales múltiples

otros y nosotros son contruidos y posicionados dentro de distintas relaciones de poder que tienen lugar en una sociedad o en la cultura. (2006, p.43)

Este abordaje me permitió una aproximación semiótica a la construcción cotidiana de significados de feminidad y alterización con consecuencias palpables. Las representaciones fueron útiles como vía de conocimiento para la construcción de sentido, pero vale la pena resaltar que, como trama interminable, están sujetas a desplazamientos en niveles subjetivos: los silencios colectivos, las risas y miradas cómplices evidencian esta compleja relación y las potencialidades que interpelan el “llegar a ser”.

1.2 Masculinidades

A diferencia de las mujeres, los hombres no hicieron referencia al papel de autoridad que pueden jugar figuras superiores a ellos en la educación de masculinidad. Al contrario, los grupos de pares emergieron como espacios pedagógicos de gran importancia donde circulan y aprehenden “capitales de masculinidad”⁵⁴ (Villamil Peñaranda, 2013), a partir de mecanismos tácitos pero contundentes como la burla, la estigmatización frente a la falta de hombría y la visibilización del riesgo de quedar del lado alterizado:

Adriana⁵⁵: yo recuerdo que acá los profesores nos insistían mucho ser delicadas, ¿ustedes sienten ese tipo de cosas?

Juan: no sé, inconscientemente se hace una diferencia porque se encasilla cómo va a ser una mujer, cómo va a ser un hombre

Adriana: ¿cómo crees que inconscientemente se encasille?

Juan: algo que ya se sabe, que está predispuesto que una mujer debe ser así y un hombre así porque un hombre si hace una cosa que no debe lo tratan como ‘ay, partido’

Mónica: sí, de loca, y de marimachas para las mujeres

Adriana: ¿eso pasa con los amigos o con los profesores?

Varixs: ¡no, con los amigos!

Narración complementada por participantes del CSJ:

⁵⁴ Con este término, Villamil refiere a las diferentes prácticas corporales incorporadas en el trabajo de virilización, como la potencia sexual, el control de la sexualidad femenina y las demostraciones de fuerza física, entre otras.

⁵⁵ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSA el 15 de mayo, 2014.

Adriana⁵⁶: ¿y con los amigos y amigas, cómo es el aprendizaje?

Luigi: pues más como, más cruel porque cuando un hombre sabemos que usted hace algo, entonces nosotros nos reímos, le sabotamos, le pegamos. Nos sabotamos de nosotros mismos y aprendemos de los errores

Erik: no, pero póngale cuidado porque la vez pasada salimos, íbamos cuatro, entonces yo tenía plata y me dio por comprarle una flor a mi novia, entonces estos maricas se echaron a reír ¡jua jua jua! Que tan leyendo ¡¿qué tal?! Y se echaron a reír y todo el camino ríanse y ríanse y todos me veían y las peladas ¡ay tan lindo!

Brandon: que lo que dicen eso es verdad por eso el hombre siempre quiere resaltar, quiere ser el machote, porque pasa lo que dice él: se van a burlar de él, van a gritar, uno siente

Erik: mire, realmente yo no como de la gente. Lo que hicieron ellos, ¡ah! ¿Qué hice? Pues sí, agarré la flor, me la metí en la boca y es para mi novia ¡¿y qué?! Y así es si yo lo quiero demostrar lo demuestro ¡¿y qué?!

Karen: [sacudiendo la cabeza] ¡si así existieran hombres en este mundo!

Erik: no es difícil

Adriana: ¿será que es difícil alcanzarlo?

María Fernanda: no es difícil, solo que el hombre es terco y no lo quiere hacer porque pierde su virilidad

Adriana: ¿eso es importante para los hombres?

Erik: No. Ser delicado, ser detallista no significa [interrumpido]

Brandon: detallista, no delicado. No, pues, o sea, entre los amigos si uno es como “¡ay, ese man es gay!”

[María Fernanda, Karen y Juliana Geraldine asienten con la cabeza]

Como fue mencionado por Sabido Ramos (2007), producto de la dimensión pública de nuestro cuerpo, las interacciones son locus sociales para la emergencia del extraño y la constitución de la diferencia. En este caso, las “locas” o los “gays” son figuras recurrentes apeladas para prescribir autovigilancia sobre sus prácticas y el destierro de cualquier aspecto femenino de sus cuerpos. Al tiempo que inferioriza otras formas posibles de ser. No obstante, ni las figuras mencionadas, ni los grupos de pares, tienen un poder definitivo. Viveros (2002), comenta que estos grupos constituyen espacios potenciales para la reapropiación y el cuestionamiento de las representaciones que circulan. Aquello pudo ser evidenciado en la discusión entre Erik y Brandon, quienes manifestaron formas de masculinidad pensadas

⁵⁶ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

como opuestas: Brandon menciona la figura del “machote”, un hombre ajeno a la burla de sus pares masculinos resultado de su adecuada incorporación de atributos de virilidad, como sobresalir en su círculo social y desterrar comportamientos femeninos como la delicadeza. Por otro lado, Erik hace referencia a su experiencia para expresar otras formas de ser hombre en relación a la práctica amorosa con las mujeres frente a su grupo homosocial, posteriormente utilizada para cuestionar abiertamente la representación del “machote”.

Para Villamil Peñaranda, esto demuestra que el trabajo de masculinización es:

Un proyecto inacabado y de carácter relacional, [que] se asocia a patrones hegemónicos frente a los que se mide de manera permanente a los sujetos. Estos patrones no son otra cosa que modelos ideales, respecto a los que los varones deberán buscar la mayor cercanía posible, en tanto que de esta depende su reconocimiento social como hombres cabales. (2013, p.142)

En este caso, la figura del “gay” o del “partido” no hace referencia a la inclinación del deseo sexual, sino a la feminización de sus prácticas y actúa como referente de sentido para demarcar fronteras que no deben ser cruzadas y también para, como recuerda Sabido Ramos (2012): “advertir cómo a partir de lo ajeno se produce y afirma el sentido de lo propio” (p.35). La diferencia sexual se construye diariamente, es un proceso en el cual nuestras actuaciones están expuestas a la mirada clasificadora del otro que determina el prestigio y la adecuación (o no) de nuestros actos dentro de los marcos de género. Parafraseando a Marco Alejandro Melo (2006): el género no se da naturalmente, sino es algo que se “llega a obtener”. Para ser clasificados como “hombres” o “mujeres”, como “machotes” o “partidos”, tenemos que llenar una serie de requisitos bajo el cumplimiento de expectativas colectivas socialmente legitimadas. Los y las estudiantes complementan la propuesta de Melo: este título otorgado, como ser un “machote”, es inestable y está en constante prueba, ya que puede ser revocado y suplantado en cualquier momento por el “gay” o el “partido” cuando las actuaciones no se adecúen a las expectativas sociales.

La discusión entre Erik y Brandon evidenció que las representaciones pasan diferentes filtros en el proceso de apropiación, no son la copia exacta de las normas sociales sino campos donde ocurren desplazamientos y se levantan interrogantes. Los espacios entre pares constituyen campos de lucha simbólica por la legitimación de prácticas masculinas, en este

caso sobre cómo relacionarse con las mujeres frente a la mirada objetivante de sus pares hombres. Dos observaciones se tornan importantes en este punto: la masculinidad, sea del “machote” o del “detallista/delicado”, se piensa en el marco de la obligatoriedad y naturalidad del deseo heterosexual, ya que el deseo masculino y las subsecuentes prácticas de coqueteo se dirigen de forma incuestionable hacia las mujeres y la relación erótico-afectiva ocurre dentro de los marcos de la pareja monógama heterosexual. Además, Brandon exhibe una relación ambigua con la representación masculina del “machote”, mencionándola como un deber con referencias explícitas al miedo a represalias. Aquello demuestra que él no parece aceptar con naturalidad esta figura, sino que la entiende como una prueba de virilidad exigida en reiteradas ocasiones por parte de sus compañeros.

Brandon expresó la dificultad de habitar un cuerpo masculino expuesto a la mirada objetivante de sus pares hombres comentando “*uno siente*”, pero ¿qué siente Brandon exactamente? En este punto es importante retomar el análisis de nuestros sentidos y las percepciones como recursos interpretativos y generadores de significados. En este marco surge la noción de reciprocidad planteada por Sabido Ramos (2012), donde la percepción impacta a la persona que está siendo percibida y demuestra dicho reconocimiento con expresiones de inseguridad. Podría plantearse que lo que siente Brandon es la mirada ajena, concreta o imaginaria, cautelosa de sus movimientos y con la que se relaciona “corrigiendo” o previniendo los aspectos sancionables; en este caso cualquier práctica feminizante, como la delicadeza frente a sus pares masculinos. Sabido Ramos no se extiende pero en la incorporación de prácticas corporales de distinción y superioridad, se reconoce las estructuras objetivas que informaron nuestros sentidos.

La mirada parte desde un punto social concreto, es un poderoso acto de demarcación de jerarquías sociales y afirmación de los procesos diferenciadores. En esta relación con una mirada presente o hipotética se validan nociones heteronormativas de masculinidad, al tiempo que se reafirma la inferiorización de aspectos considerados femeninos en la construcción de hombres socialmente reconocidos como “cabales”. Aquello significa que nuestros procesos de comprensión y reflexión son indisociablemente corporales: ese “sentir” en relación con la mirada objetivante reafirman relaciones de dominación masculina y

exclusión femenina. Frente al temor de un “tú” que me clasifique y visibilice como “gay”, nos (re)conocemos y relacionamos, reproduciendo normas heteronormativas en nuestras prácticas diarias. Relación que es diferenciada porque mientras expresaron que la interacción entre hombres se caracteriza por la severidad en el trato, con las mujeres optan por comportamientos más delicados, románticos, incluso protectores.

El género no vendría siendo únicamente la incorporación individual de atributos, sino una constante reconstrucción, deconstrucción y reapropiación con las que construimos prácticas y espacios diferenciados, como la “crueldad” en público con pares hombres y la “delicadeza” en espacios privados con las compañeras afectivas⁵⁷. Nuestros sentidos, como la mirada, lejos de tener un carácter inocuo y unívoco, advierten la forma que se constituyen las jerarquías sociales. Aprendemos a mirar desde lugares sociales puntuales, con base en ellos también aprendemos a aceptar la recurrente mirada de otros sobre nosotras, y con ayuda de estas experiencias sensoriales trazamos zonas de familiaridad y extrañamiento (Sabido Ramos, 2012).

Nuevamente, surgen las menciones sobre el control de la sexualidad femenina:

*Adriana*⁵⁸: *¿ustedes, los hombres, sienten que tienen que ser recatados?*

Erik: *sí, no ve que si traemos chinos al mundo*

Adriana: *pero ¿te puedes cuidar y hacer lo que quieran? O, ¿sienten que tienen que comportarse de la misma manera que las mujeres [recatadas]?*

Luigi: *para mí no, porque nosotros más que todo siempre les enseñamos a las mujeres en el matrimonio. El hombre es el que le enseña a la mujer más que todo en el sexo cuando ella es virgen, pero cuando la mujer le enseña al hombre [la mujer] se siente más dominante y eso puede influir en cómo se sienta un hombre después de eso*

Adriana: *¿la masculinidad de un hombre se vería afectada si una mujer le enseña en el aspecto sexual?*

Varixs: *¡no, pues claro!*

Erik: *es que, no se va a casar con una veterana que vaya y les enseñe [risas]*

⁵⁷ Con el empleo de este término, no necesariamente me refiero a la definición clásica de lo “privado” que lo ubica en los confines del hogar y el núcleo familiar, sino lejos de la mirada masculinizante en los espacios homosociales.

⁵⁸ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

Adriana: una pregunta, ¿es importante para los hombres tener ventajas? ¿En lo que sea? ¿Saber más que las mujeres?

Brandon: saber más en lo que se caracteriza por masculino, exacto, no porque en la cocina, ahí no aplica

Erik: pero, o sea, usted se enfoca solo en la parte machista porque usted define cocina [interrumpido]

Brandon: ella está preguntando cómo son los jóvenes en general y esa es la respuesta

María Fernanda: la mayoría de hombres son así

Brandon: o sea, yo no estoy respondiendo cómo soy yo

Adriana: ¿qué otras cosas identificamos que es importante para los hombres?

Erik: por lo menos 90% de los hombres les gusta el futbol y lo juegan, yo soy el %10 que no lo juega. No me gusta el futbol. 24, 22 personas corriendo detrás de un balón, no me gusta eso. Por eso mismo entonces ustedes me quitan esa hombría, a mí me han hecho entender mucho burlándose y pues no si no me gusta, no

María Fernanda: para ser hombres tienen que jugar futbol, tienen que saber sobre sexo, tienen que ser machistas porque si no nada. Tienen que ser egocéntricos, porque la mayoría son egocéntricos, tienen que ser fastidiosos. Eso ellos creen que es para ser hombres.

Cuatro observaciones surgen de esta conversación:

Primero: mientras en las narraciones pasadas la sexualidad femenina legítima era rápidamente relacionada con una conservación de “recato”, para los hombres un mayor número de relaciones heterosexuales coitales son un ejercicio deseable de virilización⁵⁹, como también lo es consolidarse como una fuente de conocimiento en este ámbito frente a la deseada ignorancia sexual femenina. La virilidad se construye a partir de una aparente paradoja: ellos deben tener la posibilidad de acceso a un número elevado de prácticas sexuales con varias mujeres, al tiempo que les restringen sus encuentros sexuales con otros

⁵⁹ Aunque sea en una situación de riesgo, como fue mencionado por Luigi, ante el posible contagio de enfermedades sexuales o los embarazos no planeados. De manera similar a lo planteado por Villamil Peñaranda (2013), en mis conversaciones iniciales con la profesora Mejía, me comentó que la educación sexual en esta institución se fundamenta en definir el ejercicio de la sexualidad, entendido como el coito vaginal heterosexual, desde una noción de riesgo frente al contagio de enfermedades de transmisión sexual y los embarazos estudiantiles (mencionados como un problema delicado en el colegio dado los elevados números de estudiantes embarazadas en años pasados). En mi colegio la historia fue similar, no recuerdo haber tenido muchas clases de educación sexual, pero dos que emergen en mi memoria son cuando nos enseñaron a colocar un condón masculino de color amarillo y cuando nos mostraron un video con mujeres relatando sus experiencias de abortos voluntarios desde el trauma, la culpa, la vergüenza y el arrepentimiento.

hombres. Lo que da indicios sobre la existencia de grupos de mujeres, distintos a las (potenciales) parejas afectivas, a los que tienen acceso para el ejercicio repetitivo de prácticas heterocitales. También debe existir una limitación del acceso femenino a estas esferas de conocimiento masculinizado, al tiempo que deben demostrar desconocimiento sobre asuntos tradicionalmente femeninos, como aquellos relacionados con los trabajos de reproducción y cuidados. Esto de ninguna manera implica que las mujeres acepten pasivamente dicha relación desigual, pero precisamente la elaboración de estrategias, como la discusión secreta con sus grupos de amigas para circular conocimiento, denota el carácter subordinado de la posición femenina.

Segundo: inicialmente pensaba que la relación de exterioridad expuesta constantemente por Brandon, el “*no estoy hablando de mí*”, no tenía trascendencia más allá de explicitar de manera cómoda que no iba a involucrar su experiencia en las discusiones sobre masculinidades. Sin embargo, esta posición está relacionada de manera cercana con su inseguridad ante la mirada objetivante de otros hombres. Posiblemente este comportamiento es una estrategia para no vulnerar su trabajo de masculinización ante el juicio público del grupo, a diferencia de Erik que presentaba una mayor disposición para exponer sin titubeos comentarios que le podrían acarrear costos emocionales frente a burlas o señalamientos. Esto cobra mayor sentido al evaluar la presentación pública que Brandon hace de sí mismo en diferentes espacios escolares: el día que llegué a presentarme ante las directivas del colegio estuve la mitad de la mañana con el salón para propósitos de familiarización y pude darme cuenta que, dentro de la dinámica de las clases y durante los intervalos, Brandon se mostraba como un personaje espontáneo, seguro de sí mismo, sobresaliente entre los hombres y popular con varios grupos de mujeres. En los momentos de escritura de este capítulo, me informaron que Brandon fue elegido como personero del colegio, posición de visibilidad, liderazgo y prestigio entre estudiantes y docentes. A aquello se le sumó el comentario, no solicitado, de un profesor acerca de que él es sexualmente activo y disfruta hablando sobre pornografía y actos de conquista con sus amistades. Desde esta óptica, la apelación a la exterioridad podría ser efectivamente una manera de mantenerse al margen de la conversación pero no por caprichos facilistas, sino como recurso de protección para mantener

la imagen que él ha construido de sí mismo y prevenir los costos emocionales y simbólicos de objetivarse en público.

Tercero: María Fernanda y Erik señalan la importancia de aspectos como el desempeño en prácticas deportivas, como el fútbol, para la adecuación de cuerpos masculinos a un orden de género que les exige una progresiva desfeminización (Villegas Peñaranda, 2013). Para Viveros Vigoya (2002), este tipo de prácticas deportivas cumple la función de ser una “casa de los hombres”: “las pruebas y las competencias deportivas pretenden conferir a los varones una especie de invulnerabilidad, blindando, acorazando y preparando su cuerpo y su carácter para la lucha y para la demostración pública de su respetabilidad” (p.221). Las referencias de estos estudiantes cobran sentido dentro de este marco, debido a que el fútbol cumple la función de masculinizar el cuerpo, al mismo tiempo que actúa como derrotero con el que se subordinan otras expresiones posibles de masculinidad -“*ustedes me quitan esa hombría*”- al territorio de lo femenino.

Por último, es interesante señalar que mientras los hombres se mostraban muy dispuestos a interrumpir a las mujeres cuando ellas discutían su relación con representaciones y trabajos de feminidad, ellas mostraban menor disposición, con excepción de María Fernanda, a incluir sus ideas en las discusiones sobre los trabajos de masculinización. Esta práctica diferenciada del uso de la palabra también otorga pistas sobre las legítimas divisiones del espacio social, como la aceptación de las interrupciones masculinas y el levantamiento de fronteras invisibles que limiten su participación en conversaciones “de hombres”. Legitimando, así, la idea del desconocimiento femenino en aspectos tradicionalmente masculinos. En los únicos momentos en que ellas, en ambas sesiones llevadas a cabo con solo estudiantes mujeres de los dos colegios, se sentían autorizadas para comentar sobre masculinidades (o quizás, la falta de), era cuando los hombres se aproximaban a una incorporación de atributos tradicionalmente femeninos, constituyéndose como cuerpos-para-otros: la excesiva atención al cuidado corporal de los “gays” (mencionado por mujeres del CSJ) o los hombres “re- vanidosos” (nombrados por mujeres del CSA) caracterizados por prestar una mayor atención a la estética de sus cuerpos y que presencian cada vez más desde la popularización de los gimnasios y otras técnicas de intervención corporal como las cirugías estéticas.

Mientras que las estudiantes del CSA, no emitieron juicios descalificantes de los hombres que incorporaban estos atributos de vanidad y modelamiento del cuerpo e incluso los mencionaron con brevedad, las mujeres del CSJ fueron enfáticas en rechazar aquellos “gays extrovertidos” en contraposición a la aceptación recelosa de los “gays conservados”⁶⁰.

2. Cuerpos que percibimos: “traquetos”, “empresarias” y “relagadas”

Quiero comenzar esta sección con una cita de Le Breton:

La vida cotidiana (...) es el lugar en el que [el adulto] se siente protegido dentro de una trama sólida de hábitos y rutinas que se fue creando en el transcurso del tiempo, de recorridos conocidos, rodeados por caras familiares. En ella se construye la vida afectiva, familiar, profesional, de las amistades, en ella se sueña la existencia. También en ella se amortiguan los efectos de lo político, de lo social, de lo cultural, que afectan la intimidad; en ella se discute y se los adapta a las sensibilidades individuales (...) lo cotidiano erige una pasarela entre el mundo controlado y tranquilo de cada uno y las incertidumbres y el aparente desorden de la vida social. (2002, p.92)

Algo muy valioso del trabajo investigativo es que me permitió examinar nuestros universos cotidianos, ya que con sus aportes los y las estudiantes me obligaron a cuestionar la forma en que me relaciono con el mío. Fue durante estas interacciones que muchos de mis disgustos y ansiedades *cobraron cuerpo* y mayor consistencia al verse repentinamente reflejados en las ideas expuestas por los y las participantes, especialmente con respecto a personajes femeninos y las nociones de feminidad reprochable.

2.1 “Traquetos”

Comenzaré por los “traquetos”, figura masculina que surgió espontáneamente en la primera entrevista colectiva con ambos colegios y también en mis reflexiones, no por su mayor

⁶⁰ El calificativo otorgado a los primeros personajes, abarca a hombres que hablan abiertamente sobre la orientación de su deseo sexual y se relacionan afectivamente en público con otros hombres. Sobre ambas poblaciones recae el rechazo y el estigma de las estudiantes, quienes objetan que tienen el “derecho” de vivir su sexualidad a plenitud pero únicamente dentro de ciertos espacios “aptos”, como sus hogares o las peluquerías.

protagonismo en las narraciones, sino por su importancia para la significación de las figuras femeninas que serán enunciadas posteriormente. Los y las estudiantes del CSA comentaron:

Adriana⁶¹: ¿qué es eso de tipo traqueto? ¿Cuál es la estética de un traqueto?

[Discusión entre varixs] José: ¡con el bolsito!; Juan Manuel: ¡extravagante!; Daniela: que se le notan los lujos en la forma de vestir; Diana: ¡no, pero ya se pasan!; Camila: son exagerados

Mónica: ya empiezan utilizar las cadenas gruesas, el anillo de oro, las camisas abiertas para que se le vean todo los pelos [risas]

Camila: pues, es que los que son demasiado extravagantes, ya dejan de ser elegantes y se vuelven corronchos

José: tratando de demostrar que tienen plata, eso es un traqueto

Camila: pero ya no lo usan como con clase, sino ya es [interrumpida]

Diana: también dicen que un traqueto, uno los veía con el bolso, un bolsito chiquito cargado de medio lado

Andrés: los cambistas lo usan así

Adriana: ¿eso se ve mucho?

Varixs: ¡sí, siempre se ha visto!

Adriana: ¿cómo les parecen esas estéticas?

Andrés: ¡mal, horrible! Ese bolso que tienen ahí, es lógico que tienen un arma

Camila: se ve ordinaria. Sí, se ve mal.

Aunque, esta fue la única vez que se discutió el tema con participantes del CSA, este provocó el involucramiento de varios en la conversación, con una fuerte respuesta emocional tanto en los y las que participaban verbalmente explicitando su desagrado, como de los y las que observaban expresándose con burlas y miradas despectivas. Los “traquetos” son personajes reconocibles a través de su estética corporal “extravagante”, “corroncha”, “sin clase”, cuya estética, gusto, consumo de bienes y relación con la riqueza actúan como derroteros de enclasmiento. Los y las estudiantes jerarquizan y determinan el lugar social que le corresponde a esta población; señalando que aunque ostenten solvencia económica, “no lo

⁶¹ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSA el 09 de abril, 2014. Mi pregunta se dio en el marco de una discusión sobre el “mal gusto” en la estética corporal, específicamente sobre el uso de accesorios corporales en los hombres, cuando un estudiante irrumpió la conversación y exclamó: “¡tipo traqueto!”

usan con clase”, comparación muy similar a la mía cuando escribí en mi diario de campo expuesto en el capítulo previo: *“aseverábamos que por más solvencia económica que tuvieran, esos ‘nuevos ricos’ no tenían clase, eran ‘intrusos’ en un lugar que no era el suyo.”*

La clase y el enclasmiento, como los trabajos de virilización y feminización, son devenires inherentemente corporales con los que nos apropiamos de marcas de distinción, como la vestimenta y el arreglo corporal que funcionan como propiedades diferenciadoras y jerarquizantes. El gusto, como Bourdieu (2012) menciona, actúa como “sistema de enclasmiento” que remite a un universo de propiedades de distinción, evidenciando los “orígenes” sociales de la persona. Este sistema cumple una función jerarquizante y es instrumentalizado para fortalecer nociones de superioridad frente a la inferioridad de otras posiciones: solo fue posible plantear la superioridad del gusto “elegante” al contraponerlo con el “mal gusto” del “traqueto”. Esta instrumentalización es más contundente cuando ocurren luchas simbólicas por las reapropiaciones de las propiedades de distinción y la legitimación de otras prácticas, tanto más rotundo cuando se llevan a cabo transgresiones en la legitimada y desigual división del espacio social, como ocurre en mi caso frente a la emergencia de estos personajes en mi lugar de residencia. Este desciframiento práctico del gusto es generador de “afinidades electivas” (Bourdieu, 2012), que explican la tranquilidad que nos causa la presencia de alguien, la angustia o el desprecio al tenerle próximo a mí. Le Breton (2002), está en lo correcto al indicar que estamos relacionados afectivamente al filtro de la vida cotidiana pues a través de afectos, como el desprecio, damos cuenta de luchas simbólicas en nuestro espacio social.

Estudiantes del CSJ también se refirieron a los “traquetos” como un grupo de hombres que, producto de trayectorias sociales exitosas, se instalan en las clases altas de la ciudad y su relación con la riqueza les hace visibles al no ostentar los modales de las élites locales. Aquel reclamo remite a una adecuación naturalizada al lugar que ocupan en relación con las posiciones dominantes de la ciudad: su visión del mundo se ajusta a aquella que la posición dominante hace de los recién llegados, sobre todo cuando vienen de “abajo” y no se asimilan a sus cánones. Posición que se vio corroborada en el transcurso de la investigación con frases como: *“están los ricos bien y los que no porque son vulgares, bajan el vidrio del carro y*

*hasta botan pañales” o “la [clase] alta se viste muy sencillo, las personas que yo conozco que tienen más plata se visten lo más sencillo que puedan y nosotros los de estratos bajos queremos aparentar”*⁶². De acuerdo con Arango Gaviria (2011), los cánones cumplen la función de establecer fronteras relativamente estables entre lo que se considera legítimo e ilegítimo, al tiempo que se excluye y estigmatiza, como en el caso de “los ricos bien” y los “recién llegados”, “la (clase) alta” y los “bajos” que quieren “aparentar”. De esta forma, las marcas de distinción de clase social son también marcas de alterización que fortalecen muros de exclusión.

Los y las participantes del CSJ movilizaron el mayor número de sanciones hacia las masculinidades del “traqueto”:

*Adriana*⁶³: *¿hay diferencias con la forma de ser un hombre traqueto?*

Luigi: sí hay diferencias porque el traqueto trata de ser más rudo, convierte su lado sensible y lo vuelve violento en cambio nosotros tratamos de ser no tan brutal. Si vienen a hacer bullying no nos vamos a dejar hacer bullying. Y esa es la diferencia más grande, no somos violentos porque queremos ser violentos, sino porque nos toca a veces. Ellos tienen la codicia, nosotros no somos codiciosos

María Fernanda: la masculinidad y el traqueto... El traqueto y el hombre tienen en común ser violentos pero el punto de vista de Luigi también es cierto, no todos son codiciosos. Violentos un poquito pero no todos piensan en matar, así como lo hace el traqueto.

“Traqueto” es un término con doble sentido: refiere al ascenso social de un segmento de la población masculina generalmente de orígenes populares y rurales cuya relación con la riqueza les visibiliza como los “nuevos ricos” de la ciudad. El término también explicita los vínculos de aquella persona con la economía ilegalizada del tráfico de drogas y, por lo tanto, con el conflicto armado del país y las cadenas históricas de actos violentos y victimizantes⁶⁴, aunque en realidad se tenga mínimo o nulo conocimiento de sus fuentes de financiación. A

⁶² Estos comentarios fueron mencionados por Erik y Karen del CSJ, respectivamente, en la sesión del 9 de abril, 2014.

⁶³ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014. La pregunta se dio en el marco de una discusión sobre la masculinidad y los procesos de desfeminización de sus cuerpos, mencionados en la sección anterior.

⁶⁴ Los medios de comunicación gozan de varios ejemplos ilustrativos donde relacionan ambas caras del término: “Llegaron los Traquetos” (Miguel Silva, 2006); “Ve, mirá, ahí viene un Traqueto” (El Tiempo, 1995); “Definición: término Traqueto” (Señal Colombia, S.F).

este segmento de hombres cuyas hexis corporales los delatan como los “nuevos ricos”, les atribuyen explícitamente comportamientos violentos, como mencionó el grupo del CSJ, o tácitamente, como fue expresado por el grupo del CSA. Esta estética “traqueta” acusada de actos violentos y relaciones con la ilegalidad, se hace extensiva a los varones de orígenes populares y es utilizada como un recurso constante para señalar su imposibilidad de pertenecer a la nueva clase social en la que se asienta.

Durante mi último año de colegio y mi primero de universidad, “traqueto” era el término genérico utilizado para visibilizar a estos nuevos grupos que participaban en nuestros espacios sociales, a ellos les teníamos temor y recelo porque considerábamos que representaban un riesgo para la comunidad, incluso con su sola presencia⁶⁵:

No entraba, no quería entrar, y aunque estos bares en el barrio se popularizaron rápidamente (ya muy pocos al final le ponían atención a las sanciones antes levantadas) yo quería mantener mi distancia firme. También era el miedo frente al factor de riesgo “¿quién sabe de dónde habrán sacado su plata?” me decía. Al asociarlos con economías de dudosa legitimidad, estas personas (estuviesen presente o no) representaban para mí la amenaza de la proximidad de actos violentos; de la intrusión de la violencia armada a mi tranquilo (protegido, mejor dicho) espacio urbano. Esta era una imagen que cargaba conmigo siempre: el miedo al nuevo vecino definido desde esa orilla, el señalamiento que hicimos al club social Tennis Golf Club como un club de “traquetos” después de un asesinato cometido dentro de sus instalaciones. Cómodamente olvidaba que la clase política de mi ciudad y del país, aquella perteneciente a las élites patricias, han y siguen desempeñando un papel central en la creación y el mantenimiento de un orden social sistémicamente violento. Cómodamente relegaba esto en mis reflexiones porque la amenaza de violencia armada cobró sentido con la intromisión de este nuevo grupo, con estos hombres “sin clase” de los que sabía poco y asumía tanto.

Las hexis corporales de género son también variables de enclasmiento. En materia de representaciones de masculinidades legítimas, una imagen de hombre civilizado y culto de clases medias y altas, asumido incuestionablemente dentro de la legalidad, se contrapone a (y construye) la imagen del “traqueto” como hombre violento y peligroso que debe su movilidad social a relaciones turbulentas con mercados ilegalizados. Estos recursos reafirman una serie de superioridades imbricadas: de clase, las clases altas de arraigo frente a las populares, lo rural y los pretenciosos; de género y raza, las masculinidades cultas cuyo

⁶⁵ Extracto de mi diario de campo escrito el 15 de abril, 2015.

color blanco-mestizo se presupone frente a los hombres violentos que migran del campo a los cascos urbanos. Esto acarrea un efecto de autovigilancia: tanto de los y las pertenecientes a estos grupos privilegiados preocupados por mantener su “elegancia” con naturalidad, como de participantes del CSJ que asimilan las representaciones que los grupos dominantes prescriben sobre ellos⁶⁶.

Si las respuestas emocionales y las percepciones son productoras de conocimiento, queda la pregunta ¿qué tipo de conocimiento? Efectivamente, yo adquiriría un conocimiento sobre estos grupos a partir de la lectura de sus cuerpos, el desagrado que me causaban como el miedo que me infundían, pero la finalidad de esta relación era dividir un espacio físico compartido mediante fronteras de clase y género puesto que yo sentía que mi posición de clase me confería dicha autoridad para delinearlas. Así, el conocimiento producido servía una finalidad de mantener fronteras de discriminación vigentes en el marco de mis luchas simbólicas.

2.2 “Mantenidas”, “regaladas” y “empresarias”

Otra figura fue conjurada, desencadenando conversaciones de gran importancia para las mujeres sobre formas de feminidad legítima e ilegítima:

Adriana⁶⁷: y una pregunta ¿hay diferencia de las mujeres que se relacionan con el traqueto y la que nos inculcan ser?

Unísono: ¡sí, demasiado!

Luigi: una diferencia, y la más importante, es que ellas son las ofrecidas, las que se ofrecen

María Fernanda: también cuando estamos en familia una prima dice “¡yo me voy a casar con un traqueto!” y mi mamá le dice que uno no debe mostrar la ambición así. Entonces esa es la diferencia. En cambio lo que dice Luigi, las otras sí tienen ese pensar. Nosotras tenemos que trabajar para darnos lo de nosotras, no esperar a que los hombres nos lo den

Brandon: a una mujer no le inculcan a que sea mantenida, a que le den todo

⁶⁶ Stuart Hall (1999) llamaba a esta relación “la experiencia colonial” mediante la cual, a partir de subordinaciones y normalizaciones, los grupos dominantes someten a los dominados a sus “regímenes dominantes de representación”. Internalizando las representaciones que hacen de ellos y las sienten como suyas, percibiéndose ellos y ellas mismas, y sin necesidad de coerción física, como los Otros.

⁶⁷ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

Adriana: ¿las mujeres de los traquetos son mantenidas?

María Fernanda: sí, ellas solo viven “que me falta una operación acá” “que me falta la última ropa que salió”

Karen: ellas solo lo miden en lo que le dan a ellas

María Fernanda: a ellas le dan, en cambio a nosotras nos toca sudárnosla para poderla tener

Karen: para poder conseguir porque si no ¿qué?

Adriana: ¿acá en Cúcuta ven mucho ese tipo de personas?

Karen: no de traquetos, pero sí se ve mujeres así

María Fernanda: la mujer del señor del pan Bimbo, ustedes la ven y déjeme decirle que ella parece una Barbie. Usted la ve y esa señora solo piensa en “salió ese nuevo bolso y me voy a hacer una operación acá” y “me salió un barrito, ¡virgen del Carmen!” Eso es lo que les pasa pensando eso. En cambio, usted va y habla con, no sé, con una empresaria equis y ella “no, que yo vi tal bolso. No, me toca sudármela para poderlo comprar”. En cambio ellas no más ven, piden, tengan. Las otras si ven, esperan, reúnen, se la sudan.

Las estudiantes hacen énfasis a la dualidad entre feminidades legítimas e ilegítimas: “la empresaria” y la “mantenida”. En repetidas ocasiones durante mi investigación, las estudiantes señalaron la importancia de continuar sus estudios con el fin de adquirir herramientas necesarias para insertarse en el mercado laboral y generar ingresos económicos; aspecto que resaltan no solo como un deber ser, también como algo deseable y motivo de orgullo personal y familiar. Una lectura rápida podría señalar que aquella importancia se debe a su posición de clase y el interés de conseguir mayores ingresos que puedan ser utilizados como capitales económicos y simbólicos de movilidad social. No obstante, si se profundiza la lectura se hace tangible la relación con figuras masculinas hipotéticas en la construcción y calificación de ambas representaciones: “la empresaria”, por un lado, es una mujer que genera sus propios ingresos mediante un proyecto empresarial y se asegura de no relacionarse con hombres desde la dependencia monetaria para constituirse como figura autosuficiente. Frente a ella surge la “regalada” o la “mantenida”, considerada como un modelo inferior de feminidad triplemente subordinada: económicamente, la consideran subordinada frente a un proveedor masculino. También es denigrada por el excesivo tiempo dedicado a al cuidado de la estética del cuerpo. Todo ello producto de habersele “ofrecido” sexualmente a un hombre, lo cual es visto de manera altamente negativa.

Este reproche puede asociarse con la importancia otorgada a la “naturalidad” del aspecto físico y el reclamo de Karen “*¿qué intereses tienen?!*” durante la conversación sobre la forma “correcta” de lucir el rostro femenino en la sección previa. Dentro de este marco de relaciones de género, la “naturalidad” y el mayor interés por otros aspectos de sus vidas que disten de una desbordada dedicación al cuerpo expuesto a la mirada masculina heterosexual, sería una forma de posicionarse frente a este sector de la población como mujeres económicamente autosuficientes, cuya sexualidad no se encuentra a libre disposición del deseo masculino.

Ellas describen dos formas de construirse en el género a partir de prácticas corporales cotidianas: la “naturalidad”, muchas veces pensada desde la orilla de la espontaneidad, es un marcador de diferencia con el cual reifican jerarquías de género entre las mujeres que se relacionan “correctamente” con un sector de la población masculina y las que no. Para ellas, la preocupación desbordada por su aspecto físico se lee en relación con la mirada masculina: las mujeres que encarnan ser cuerpos-para-otros están sexualmente disponibles en un mercado erótico heterosexual, conllevando fuertes sanciones y subordinándolas con términos como “ofrecidas”, “mantenidas” y “regaladas”. La independencia económica, los proyectos profesionales y la generación de ingresos propios cobra mayor sentido en relación con las formas erótico-afectivas de relacionarse con un segmento de la población masculina; relación que alimenta el sistema clasificativo “naturalidad”/“exageración”. La independencia salarial y la importancia de la “naturalidad”, no tendrían mucho sentido fuera de esta espacialidad con el “tú” masculino heterosexual. Es dentro de este marco que surge la pregunta “*¿qué puedo llegar a ser?*” con dos posibles respuestas: “empresaria” u “ofrecida”.

Sin embargo, estas figuras no tienen una resolución final. Los comentarios expresados por María Fernanda y Karen estimulan lecturas provocadoras ya que fueron elaborados con tonos ambivalentes: entre el orgullo por la propia generación de ingresos pero también con cierto grado de envidia por la aparente facilidad con que las “mantenidas” adquieren bienes y servicios deseados, como bolsos y cirugías. Sin ánimo de descalificar los sentimientos de orgullo por la autonomía económica, la figura de la “empresaria” puede ser entendida como un proyecto de asimilación infundido por figuras maternas, que en últimas genera niveles de

envidia o rencor hacia la “mantenida”. Autores y autoras de la orilla de los estudios raciales y de sexualidades (Bhabha, 1986; Hall, 1999; Wade, Urrea & Viveros 2008; Wade, 2009; Viveros & Gil, 2010), han indagado sobre la coexistencia de emociones paradójicas en los procesos de alterización, donde la presencia del Otro genera sentimientos de temor, hostilidad y violencia pero también de deseo y fascinación. Peter Wade (Wade, Urrea & Viveros, 2008), recuerda la poca atención a este tema en los estudios raciales, donde generalmente se asume que el deseo es producto espontáneo de la posición ocupada en las relaciones sociales, lo que no explicaría por qué el Otro marginalizado nos produce sentimientos ambivalentes como la deseabilidad y el rechazo.

Este deseo de poseer o poder ser como el Otro, no tiene un carácter prediscursivo sino que surge dentro de la construcción de relaciones sociales, específicamente en la constitución del sujeto siempre en relación con un Otro prohibido que causa fascinación al tiempo que amenaza con nuestra asimilación a este, lo que significaría la disolución de la mismidad y el Yo/Uno (Wade, Urrea & Viveros, 2008). Esto nos lleva de cara a la ambivalencia de las representaciones como lugares paradójicos caracterizados por la simultaneidad de contraposiciones: entre la satisfacción personal y un posible sinsabor por la asimilación a proyectos de feminidad, junto con la hostilidad que cohabita con la envidia y el deseo. Nos produce fascinación la “fácil” y la rápida adquisición de bienes deseables de las “mantenidas”, pero su proximidad amenaza nuestro proyecto de feminidad “legítima”, lo que puede derivar en hostilidades y rencores. Así, hablar de creación de diferencia implica incluir la dimensión del deseo que hace que colapsen las nítidas fronteras entre las formas “correctas” e “incorrectas” de llegar a ser mujer, como esencias cuyo peso cae fatídicamente en nuestros hombros, para comprender dichos devenires de género de manera más inestable y abierta a reconstrucciones y reinterpretaciones.

Esta hibridez también emergió en las narraciones de las mujeres del CSA. Mientras las estudiantes del CSJ señalaron la importancia de la autosuficiencia salarial y la restricción del deseo masculino sobre sus cuerpos, las estudiantes del CSA hacen una referencia explícita a la postergación de proyectos conyugales y reproductivos, junto con la centralidad del trabajo asalariado como recurso para nivelar desigualdades de género dentro de la relación de pareja.

También para la prevención de distintos tipos de violencias y para la autoproveeduría del consumo:

Angie⁶⁸: o sea, nosotras lo que vemos es salir del colegio, universidad, la familia y después el hijo

Mónica: sí

Angie: como ¿para qué el estudio? ¿Sí me entiende?

Mónica: como para poder tener uno más ¿sí? Para poder mantener a los hijos

Jessica: ahí sí vamos al punto de las mantenidas

Mónica: y que uno no tenga que vivir mantenido de alguien

Adriana: la idea de depender económicamente de alguien...

Jessica: pues, a mí, no me gustaría porque es que en mi familia yo lo vivo, por ejemplo con mi tía que no trabaja. Entonces, a la hora de que, por ejemplo, ocurre algo en la familia, la situación económica baja entonces él tiende a echarle la culpa a ella “es que yo trabajo y usted no hace nada, usted es la mantenida acá” pero también hay casos en los que él no la deja trabajar a ella

Angie: nosotras también veríamos cómo trabajar y no ser mantenidas en esa parte. Que cuando pase algo, el hombre no tenga que restregarle a uno

Mónica: echarle la culpa a uno, ¡mire, fue usted!

Jessica: es que si yo trabajo, yo necesito mis cosas, y pues las mujeres tendemos a que queremos todas las cosas

Daniela: algo que nos gusta lo queremos

Jessica: ajá, vamos para el centro comercial, vemos una camisa y uno como pues ¿a quién recurre? Al hombre. En cambio, si uno trabaja, uno se puede pagar lo que uno quiera si quiere, sin estar diciéndoselo a él.

Para estas participantes el despliegue de atención a la estética del cuerpo no es motivo de sanción, causándoles extrañeza cuando mencioné los reproches levantados por el grupo del otro colegio. Los juicios sobre las modelaciones estéticas, como los procedimientos quirúrgicos también mencionados en este grupo, aunque con mucho menor énfasis, se orientan hacia la importancia de aparentar un aspecto “natural” y retener una noción de virtud femenina “no mostrando mucho” (a un ojo presumiblemente masculino y heterosexual). Sin

⁶⁸ Extracto de la entrevista grupal con únicamente estudiantes mujeres del CSA el 24 de junio de 2014

embargo, en los momentos finales de esa sesión surgieron figuras maternas que incorporan los reproches y angustias de las estudiantes del CSJ:

Adriana⁶⁹: la que me dijo eso fue una profe de acá, que veía muchas mujeres “mostronas” en la ciudad. ¿Ustedes, qué opinan?

Angie: en el salón de mi hermano hay un grupo de mamás que son todas operadas, todas. O sea, son lindas, la cara son lindas y pues el cuerpazo y siempre están desocupadas. Como que entran en el grupo de que el hombre trabaja y ellas gimnasio, que ir a comprar esto y aquello, ¿si me entiende?

Adriana: ¿ustedes por qué piensan que son desocupadas?

Juliana: pues como que no trabajan sino que se la pasan más pendientes del cuerpo y pues el marido les da la oportunidad a ellas

Angie: yo la verdad lo sé porque mi mamá habla con ellas, pero mi mamá sí trabaja, pero ellas son muy desocupadas porque por ejemplo si hay una presentación [interrumpida]

Jessica y Angie: ¡todas acá metidas!

Juliana: y la mamá de Angie trabajando

Jessica: izada de bandera y el rector dice que los papás que puedan venir

Jessica, Angie y Juliana: ¡y son todas ellas!

Jessica: porque los papás que cumplen un horario, como el de nosotros, no pueden estar metidos acá todo el día

Angie: la verdad yo si quiero trabajar independientemente pero pues igual uno nunca sabe qué pueda pasar.

Si se contrastan los relatos de ambos grupos, se puede evidenciar una ambivalencia entre la hostilidad, la envidia y el deseo que produce la posición de estos personajes femeninos cuyos gustos materiales (compras, inscripciones a gimnasio o sometimiento a procedimientos estéticos), que ellas en momentos previos admitieron tener, son provistos por la figura masculina. A ellas les reprocharon un aparente exceso de tiempo libre dedicado al consumo, al modelamiento corporal, a los trabajos de crianza y cuidado de infantes; reproche mencionado por todas con un tono de envidia. Si en el primer extracto hicieron énfasis en la centralidad del trabajo y la independencia económica, en este el trabajo asalariado toma la

⁶⁹ Extracto de la entrevista grupal con únicamente estudiantes mujeres del CSA el 24 de junio de 2014

forma de una incuestionable obligatoriedad, creando cierto grado de rencor hacia mujeres que disponen del tiempo y el apoyo económico para satisfacer sus gustos y necesidades.

Por los relatos de ambos grupos, parece que las estudiantes mujeres quieren las mismas cosas: un consumo de bienes materiales específicos asociados a la estética del cuerpo, pero existen distintas formas de adquirirlos y a partir de esa escisión se construyen zonas de alteridad entre las “mujeres desocupadas”/“mantenidas” y las mujeres económicamente autosuficientes o “empresarias”. No obstante, la construcción de estas fronteras no es un proceso uniforme impuesto “desde arriba” y reproducido mecánicamente por las alumnas. Al contrario, su construcción se caracteriza por paradojas entre la aproximación y el distanciamiento, la estigmatización y la apetencia. Aquello implica que las representaciones que circulan no son incorporadas a cabalidad como dicta la norma, sino que sus fronteras se desplazan y se redefinen parcialmente en los procesos de reiteración cotidiana. Lo femenino no es una metáfora monolítica ajena al universo social, sino una relación sometida a resignificaciones; no hay una única forma de “ser mujer”, ni la representación de “la mujer correcta” logrará esquivar los interrogantes y ambivalencias de las estudiantes. Estas clasificaciones son incorporadas y actuadas diariamente, pero en este proceso se actualizan y desplazan. La respuesta con la que Angie cerró la conversación “*igual uno nunca sabe*” es tentadora porque se abre al campo de posibilidades y desplazamientos en los que todas las paradojas descritas previamente jugarán un papel central en el desarrollo de sus devenires subjetivos.

3. Cuando nos perciben: “gays” y “perras”

Si la relación con la diferencia no es únicamente de exterioridad, ya que en ciertos momentos tomamos una mayor conciencia sobre nuestra proximidad, ¿qué ocurre a nivel subjetivo cuando súbitamente nos posicionan del lado de la diferencia despreciable? ¿Cómo respondemos ante estas acusaciones? ¿Qué estrategias empleamos y cómo participamos nuevamente en la reproducción, desplazamiento o transformación de las relaciones de género y clase? Ya bien había mencionado Sabido Ramos (2012), que la producción de la diferencia

es una relación en la que todos y todas, en algún momento, corremos el riesgo de ser reconocidos como el extraño despreciable.

Para esta sección, quiero rescatar dos momentos presenciados con estudiantes del CSJ: el primero fue en una sesión mixta que vio la angustia de una estudiante ante su repentina cercanía a personajes femeninos reprochables. El segundo momento ocurrió en una entrevista de solo hombres, lo que les permitió ahondar sobre representaciones de masculinidad. Procuro, en esta sección, ser detallada con las respuestas corporales que acompañaron los juicios verbales de los y las estudiantes, ya que, como recuerda Le Breton (1999), los gestos, las posturas, las miradas, no son un simple acompañamiento decorativo de la palabra, sino un sistema de comunicación que remite a una educación del cuerpo y las emociones dentro de unos órdenes de significación. Discutir sobre las respuestas a las representaciones de feminidad y masculinidad, haciendo referencia únicamente a la palabra dialogada, relegaría todo un campo fecundo de gestos y actitudes donde los y las estudiantes evidenciaban su relación con estas.

3.1 “Perras”

En la siguiente interacción, María Fernanda, que previamente no había demostrado timidez para relacionarse con la palabra de sus pares mujeres y hombres, pasó de ser una de las participantes más activas y seguras de sí misma, a quedarse callada y expresar una creciente inseguridad. Esa actitud llamó inmediatamente mi atención, por lo que la interpeleé abiertamente para saber sus razones:

Adriana⁷⁰: ¿y para ser femenina?

Juliana Geraldine: pues eh, no tanto machistas, es que hay unas mujeres que son como todas bruscas

Luigi: que respeten su cuerpo [Karen asiente en ese momento]. Les gusta estar mostrando, que todos los hombres estén ¡wow! Eso solo lo hacen las prostitutas porque están buscando quien las compre

María Fernanda: que salgan, ¿cómo?

Juliana Geraldine: con un top corto

⁷⁰ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes del CSJ el 13 de mayo, 2014

María Fernanda: ¿cómo de corto?

Luigi: que salgan con un top acá [sosteniendo las manos por el pecho] y con unos cheros acá [manos en las caderas] yo digo bueno

Adriana: según tú, las que hacen eso...

Luigi: son las prostitutas, los travestis y las perras porque les gusta estar aquí allá

Adriana: chicas, ¿ustedes qué piensan?

María Fernanda: para ser una, erm, no mostrando... [Mirando hacia el piso y apretándose las manos]

Adriana: no te oigo tan convencida

María Fernanda: es que... bueno... yo soy una de las que me visto con camisas corticas y no por eso quiere decir que soy una perra o una, pues no.... Por eso le dije a él que ¿cómo de corticas?

Luigi: pero usted se viste con camiseta corta y jean largo o con camiseta larga y pantalones cortos ¿ve la diferencia? En cambio si usted ve una mujer con camiseta corta y pantalón corto

[María Fernanda en ese momento demuestra una actitud más segura, sonrío y exclama “¡ah, pues sí!” Brandon quizás percibió su incomodidad por lo que inmediatamente cambió el tema conversación haciéndole otra pregunta a otra estudiante mujer]

En esta conversación se estaba discutiendo acerca de las representaciones de feminidad que consideran adecuadas, nuevamente girando en torno a la “naturalidad” y el “recato” estético en oposición a las prostitutas, las “ofrecidas” y las “travestis”. María Fernanda me había comentado en sesiones previas su agrado por vestirse con camisas ombligueras y que disfruta usar shorts cortos en sus espacios de socialización fuera del colegio, preferencia que pude corroborar por la foto de perfil que tenía publicada cuando me envió una solicitud de amistad en la red social Facebook. Hasta ese momento era posible ver, por sus juicios y lenguaje corporal, que para ella existía una diferencia clara entre aquellas mujeres reprochables y su devenir femenino, seguridad que se vio trastocada rápidamente con la mención de Luigi. Me remito a Ervin Goffman, quien define dos tipos de expresividad significativa de las personas: la expresión que se *da* a través del lenguaje verbal, por ende más limitada, y la expresión que *emana* y comprende un amplio rango de acciones corporales ingobernables que se sobreponen a la palabra hablada, incluso traicionando la intención de la persona. Lo que le sigue, de acuerdo con Goffman, es:

Si se toma la comunicación en ambos sentidos, el limitado y el general, se descubre que, cuando el individuo se encuentra en la inmediata presencia de otros, su actividad tendrá un carácter promisorio. (2004, p.14)

Los “aspectos ingobernables” o la simbólica corporal de María Fernanda: su postura, su mirada, la posición de sus manos, junto con el tono inseguro de sus intervenciones verbales, me permitieron dar cuenta que de afirmar la superioridad de su proyecto de feminidad señalando enfáticamente a otras mujeres como cuerpos-para-otros, ella percibió, producto del juicio de los y las estudiantes, la distancia entre su cuerpo y el exigido grupalmente. Retomando la perspectiva fenomenológica, Goffman (2004) señala que cuando un individuo proyecta una definición de sí, hace una demanda implícita o explícita no solo a cómo debe ser tratado, también renuncia a otros tratamientos que no son adecuados a la definición proyectada. Así, el cuerpo significado se utiliza como recurso para evidenciar el posicionamiento social y los posibles distanciamientos, pero se pueden presentar desfases debido al carácter volátil de las interacciones. La incomodidad al no ser tratada bajo la exigencia implícita, resulta al percibir que está encarnando el cuerpo-para-otro al que se refería con explícito rechazo en momentos previos y también por quedar expuesta de esa forma frente al grupo donde había consolidado una forma de autoridad.

Aquello remite a la pregunta planteada en el marco teórico de este capítulo, ¿tiene el cuerpo-para-otro conciencia de serlo? ¿Podría hablarse de una conciencia de ser percibido? Defino conciencia como el acto reflexivo que surgió a partir del ejercicio de interpelación que me exige dar cuenta de mí misma, en el sentido conferido por Butler, momento que:

Se adquiere una narrativa, lo cual no solo depende de la posibilidad de transmitir un conjunto de acontecimientos secuenciales con transiciones plausibles, sino que también apela a la voz y a la autoridad narrativa, dirigidas a una audiencia con propósitos de persuasión. (2005, p.24)

De acuerdo con la autora, damos cuenta de nosotras mismas en el marco de una relación social, únicamente cuando un externo nos interroga solicitando nuestras reflexiones autonarrativas porque me ha sido atribuido un hecho acompañado de una amenaza, frente al cual debo defender mi postura o confesar la acción que me imputan. También porque tengo en frente a un “tú” que desea conocerme más a fondo o por una intención de narrar hechos explicativos sin temor a sanciones.

Sin embargo, como fue demostrado en este primer extracto, el interrogante no tiene que explicitarse. Ciertamente, desde un inicio yo actué como una figura de autoridad: una estudiante de posgrado con una década encima de ellos y ellas, cuyo pregrado en el exterior fue utilizado como un capital simbólico de gran importancia (haciendo una lectura del tono de voz y el énfasis dado en la presentación en ambos colegios por los y las docentes). En cada sesión yo les interpelaba para que dieran cuenta de sí mismos, demostrándoles mi interés de indagar a profundidad sobre aspectos de sus vidas, elaborando interrogantes o comentarios que animaran la sesión y estimularan la participación. Aun así, entre ellos y ellas no se valieron de un “¿fuiste tú?” o un “¿cómo lo hiciste?”, en varios casos parecía que se despojaban de la compostura mostrada ante mí y, como si olvidaran mi presencia en el salón⁷¹, ofrecieron narraciones caracterizadas por una alta espontaneidad y fuertemente cargadas de emociones transmitidas a través del lenguaje verbal y las expresiones corporales. Estas características demostraron que fueron momentos claves donde se sintieron indudablemente interpelados, significando que esta conciencia de ser percibidos no se adquiere únicamente por medio del interrogante expreso.

¿Qué implicó esta conciencia en sus interacciones? Como fue enunciado previamente, producto de esta conciencia de ser percibidos, surge un sujeto que de acuerdo a Butler es (2005): “un ser reflexivo, un ser que puede tomarse a sí mismo como objeto de reflexión y lo hace” (p.27). Alejandra Pizarnik (1993) escribió: “el silencio es tentación y promesa” (p.20) pero, en este caso, enfocarnos únicamente en el silencio de María Fernanda no otorga muchas pistas sobre estos procesos de reflexión. Solo al incluir los aspectos de la simbólica corporal que *emana* de su cuerpo, junto con el lenguaje de la interacción verbal, es posible dar cuenta de que, producto de la interpelación de los comentarios de Luigi y la mirada heterosexual con la que él significa los cuerpos de las mujeres, María Fernanda llevó a cabo un proceso de tomarse a ella misma como objeto de reflexión en torno a la repentina encarnación de “la perra”.

⁷¹ Aquello se podrá evidenciar con mayor claridad en las discusiones entre los hombres en el próximo extracto, espacio en el que me fue difícil intervenir dada la intensidad del momento.

Aquel proceso evidencia que la reflexividad surge en relación a las normas constituyentes, es una posibilidad dentro de un campo de restricciones, no un conocimiento al margen de nuestros referentes de sentido. No podemos constituirnos en un “afuera”, un referente ilustrador pero completamente desconocido hasta entonces, sino con los marcos sociales conocidos, como las representaciones femeninas de “la perra”, “la ofrecida”, “la empresaria”. Esto no significa que debamos entender estas estructuras objetivas de manera fatalista, siendo nosotros su efecto necesario, sino como un campo de múltiples posibilidades, paradojas y entrecruzamientos que pueden aspirar a tener relaciones críticas con los poderes constituyentes.

¿Cómo se lucha en las condiciones no elegidas? Considero problemático restringir la crítica y la reflexividad a la contestación abierta con ánimo opositor y trasgresor ya que, como demostró María Fernanda de manera tímida pero resuelta al interrogar la mirada significativa de Luigi, ella no estaba motivada por deseos de transgredir las representaciones de género discutidas, sino de sentar distancia entre ella y la feminidad reprochable que repentinamente se vio incorporando. Significando una reafirmación de las jerarquías de género entre las representaciones ilegítimas y legítimas de feminidad.

También fue interesante el reacomodo que se dio ante el proceso reflexivo de María Fernanda ya que al exponer sus preocupaciones, Luigi medió lo mencionado y respondió: *“pero usted se viste con camiseta corta y jean largo o con camiseta larga y pantalones cortos ¿ve la diferencia? En cambio si usted ve una mujer con camiseta corta y pantalón corto”*. Mi interés no es elaborar una apología a la relatividad, sino que me motiva evidenciar la capacidad de acción de los y las estudiantes para reorientar las fronteras de estas representaciones, dentro de ciertos márgenes rígidos de maniobra. Si las reflexiones se originan dentro de nuestros marcos de referencia, muchas de ellas no se dirigirán a transgredirlos o resistirlos abiertamente, dándole un vuelco radical a nuestra relación con la norma, sino que orientarán estrategias hacia su reelaboración o reacomodo. En estos casos, las posiciones del sujeto generizado, enclasado y racializado son cruciales para determinar la capacidad de maniobra y la reacción de los espectadores. Es importante notar que, quien tuvo la capacidad de maniobra, fue Luigi que, desde su posición de privilegio masculino y sin cuestionarlos,

después de levantar las fronteras definitorias de las “perras”, las “prostitutas” y los “travestis”, las reorganizó con facilidad frente a la angustia de María Fernanda, a quien solo le quedó exclamar con una sonrisa de alivio en su rostro “*¡a, pues sí!*”.

Esta referencia es necesaria para no sustancializar los procesos reflexivos. Bien lo comentó Nestor García Canclini (1984) que en las relaciones con las normas e instituciones, no se puede pensar únicamente en términos de dominación o resistencia como cosas fijas del sujeto. Las tácticas y estrategias empleadas también adquieren un sentido ocasional, caracterizados por reubicaciones y resignificaciones temporales. Si la reflexividad se constituye dentro de nuestros márgenes sociales, con sus condicionamientos y limitaciones, habrá momentos donde no se posicionará desde el afán de rebelarse ante ellos, sino desde la elaboración de recursos estratégicos para entablar negociaciones.

3.2 “Gays”

Otro ejemplo de una conciencia de ser percibido fue una fuerte discusión en la entrevista grupal desarrollada solo con estudiantes hombres:

Adriana⁷²: ¿ustedes quiénes creen que le prestan más atención al físico?

John: yo creo que siempre ha estado pendiente lo de la mujer, por ejemplo si comen una comida de grasa se comen la mitad para que no le afecte. Se cuidan mucho para que no le salgan granos. Y también el hombre es más despreocupado en esa parte, simplemente decir... bueno a excepción de Erik, Jaison y Luigi que son ya [interrumpido]

Brandon: ¡gays!

John: no, no, no, ya se inclinan por cuidarse el cuerpo

[Comienza la discusión entre ellos]

Luigi: ¡nosotros nos preocupamos!

John: porque entraron a un gimnasio y les están enseñando eso

Luigi y Erik: no, no, no, ¡a nosotros no nos enseñan eso! ¡A nosotros nos dan una guía para que nosotros! [Interrumpido, inaudible. Erik se muestra muy molesto]

Brandon: bueno, hablen ustedes

Luigi: ¡es un atropellamiento!

⁷² Extracto de la entrevista grupal con únicamente estudiantes hombres del CSJ el 22 de junio, 2014.

[Inaudible, discusión entre ellos]

Brandon: [dirigiéndose hacia mí] ¿sí ve que ellos están así? Preocupados de eso

John: porque ustedes ya están preocupados de tomar las vitaminas

Luigi: ¡¿Vitaminas?! ¡Nosotros no tomamos nada de eso! Nosotros por la noche, ¡yo no me como un yogurt y listo!

John: para arreglar todo eso hagamos esto, ¿usted se cuida? [Preguntándole a Brandon]

Brandon: ¿yo? ¡No!

John: ¿usted se cuida? [Preguntándole a José]

José: ¡nada!

John: ¿usted se cuida? [Preguntándole a Miguel] No, ¿verdad?

Luigi: [le reclama molesto] ¡pero vea, vea a Pablo!

John: ¿sí ve? 1, 2, 3, 4, 5 y ustedes tres ¿ve? ¡De 10 tres se cuidan!

Cuando Bourdieu utiliza el concepto cuerpo-para-otro, hace referencia a la objetivación del cuerpo femenino desde la mirada masculina heterosexual, señalando una división sexual de los cuerpos que perciben y los cuerpos percibidos. Esta división sexual implica para los cuerpos la inscripción de expectativas colectivas y especificaciones diferenciadas sobre lo honorable, lo aceptable, lo inaceptable, lo impensable y lo castigable, como lo señalado por los estudiantes respecto a los trabajos de autocuidado. Se identifica con los cuerpos-para-otros el mayor esfuerzo por los cuidados estéticos, aspecto imputado a las mujeres, así como ya lo han expuesto las estudiantes en secciones previas, mientras que el trabajo de virilidad requiere una “desfeminización” del cuerpo. Es dentro de este marco que se pueden entender las angustias y el cólera de Erik y Luigi por haber sido visibilizados como “gays”, término utilizado en diversas ocasiones para referirse a procesos de feminización en cuerpos masculinos.

Este es solo un extracto de una larga discusión entre los estudiantes que surgió de mi pregunta inicial ¿sienten que se le da importancia al físico? A la que inmediatamente respondieron construyendo diferenciaciones ya que para la mayoría la “preocupación” (verbo enunciado constantemente por los estudiantes) por este aspecto es un asunto de mujeres. Si bien varios hombres del grupo comentaron que últimamente perciben mayores demandas en campañas

publicitarias y en las conversaciones entre mujeres por un cuerpo masculino más “trabajado” y apegado a ciertos cánones de belleza, no mostrarse afectados por estas en sus espacios homosociales hace parte del proceso de virilización. A diferencia, las mujeres son descritas desde la constante preocupación por su estética corporal producto de la exposición de su cuerpo a la mirada masculina heterosexual, en palabras de John: “¿quién se preocupa más? ¿A quién le interesa visualmente? A ellas creo que les interesa más. No que trabaje en ello pero que se preocupa más por eso”⁷³.

Dos estudiantes hicieron mención a una “competencia interna” por el aspecto físico masculino, descrita por Erik como: “entonces él crece más y es ¡uy, no, juemadre! ¡Toca hacer más duro! O él está más grande y, no, ¡marquemos así! No por opacar al otro sino por ver que uno sí puede superar. No así como esa rivalidad, sino como una motivación”⁷⁴. Puede preverse es que esta “competencia interna” debe ser silenciosa, ya que en el momento en que Erik mencionó eso, varios estudiantes aseveraron que tal rivalidad era asunto de mujeres, seguido por descripciones feminizadas y desde el prejuicio a estos estudiantes. Términos como “gay” y “enseñar”⁷⁵, causaron risas cómplices entre los demás participantes y disgusto entre Erik y Luigi, al verse imputados con la diferencia femenina tan angustiante para los procesos de construcción de los hombres que deben “llegar a ser”.

Como respuesta, ellos no abordaron directamente los reclamos de sus compañeros, sino defendieron sus trabajos de masculinización señalando que el interés por el aspecto físico de sus cuerpos demuestra un “mayor conocimiento” sobre este, frente a los descuidados hábitos alimenticios de las mujeres de su salón. También hicieron énfasis en que las preocupaciones femeninas por el aspecto corporal giran en torno a la “envidia” que sienten por otras compañeras del salón, mientras que las suyas se basan en una “motivación interna” y una “competencia con uno mismo”⁷⁶. Puede que los estudiantes movilizan esfuerzos para desmentir el carácter público de sus cuerpos, relacionado con aspectos femeninos. No

⁷³ Extracto de la entrevista grupal con estudiantes hombres del CSJ el 22 de junio, 2014.

⁷⁴ Mención de Erik en la entrevista grupal con estudiantes hombres del CSJ el 22 de junio, 2014.

⁷⁵ Que les enseñen, a diferencia de que los “guíen”. Más aún, a diferencia de “enseñar”, aspecto importante en relación con las mujeres descrito en la sección previa.

⁷⁶ Todos estos términos fueron mencionados por ellos, aunque el énfasis del interés individual se erosionó al resaltar el carácter relacional de esta rivalidad.

obstante, sus inquietudes evidenciaron que, solo después de largos y complejos procesos de exposición en el mundo de los otros, puedo decir que el cuerpo que tengo es mío.

Otra observación de cara a estas interacciones, es que los y las estudiantes demostraron que el lenguaje de la reflexividad no se circunscribe únicamente a la palabra hablada. No existe un monopolio sobre las formas de expresión de nuestros procesos reflexivos. El empleo del lenguaje verbal no implica su uso coherente y argumentativo, como evidenciaron las palabras desorganizadas y reclamos cargados de enojo o vergüenza que surgían de ellos. También hubo un amplio abanico de diferentes expresiones corporales cargadas de emociones, como la incomodidad, la rabia, la evitación de miradas, el enrojecimiento, el titubeo e incluso el silencio, que comprobaron una conciencia de ser percibido junto con procesos reflexivos internos. Experiencias emocionales como las mencionadas pueden sobreponerse a procedimientos objetivantes del lenguaje verbal y evidencian conflictos interiores generados por la discordancia entre el cuerpo que somos, del cual tenemos un mayor grado de conciencia en estas situaciones penosas, y el cuerpo socialmente exigido en esos escenarios.

Los dos estudiantes reflejaron un “cuerpo alienado”, concepto que hace referencia a la inseguridad corporal y la preocupación por la mirada objetivante del otro como resultado de un desfase entre el cuerpo socialmente requerido y el nuestro. Para Bourdieu:

La probabilidad de sufrir el cuerpo en el malestar, la incomodidad, la timidez es tanto más fuerte cuanto mayor es la desproporción entre el cuerpo ideal y el cuerpo real, entre el cuerpo soñado y el *looking-glass self*, como a veces se dice, que refleja las reacciones de los otros. (2012, p.241 –énfasis del autor-)

Similar a los solteros de Béarn (Bourdieu, 2004), a ellos se les dificultó *desembarazarse* de respuestas emocionales, como el titubeo y la ruborización, frente al fuerte cuestionamiento de sus pares hombres, el cual fue de gran intensidad dificultándome moderar esos momentos. Nuestra conciencia de ser percibidos y los procesos reflexivos son posibles debido a que, como fue señalado por Bourdieu (1994), nuestras disposiciones son exposiciones a los sentidos y juicios del universo social que nos rodea. Construirnos diariamente en el género, la clase y la raza nos hace vulnerables ante los otros; un mundo que a veces no sentimos nuestro.

Para cerrar

Para Le Breton: “las sociologías nacen de las zonas de ruptura, de turbulencia, de desorientación respecto a los puntos de referencia (...) cuando el pensamiento pide un poco de aire para comprender” (2002a, p.11), también la producción de conocimiento en general nace de estas zonas de turbulencia, cuando nuevos personajes irrumpen en nuestro escenario o cuando nosotras irrumpimos en escenarios donde no nos esperaban y desordenamos la lógica del libreto. Cuando, también, la presencia de estos nuevos personajes nos acompaña física o imaginariamente y nos obliga, en una gran cantidad de casos con incomodidad, a repensarnos en relación con ellos, con nuestro espacio y con nosotras mismas.

En todas las sesiones, los cuerpos femeninos fueron el centro de discusión mientras que los masculinos se mantenían al margen del debate. Incluso en las sesiones de únicamente mujeres, espacio que podría ser aprovechado para ahondar en el tema debido a la ausencia masculina, las mujeres no discutían con espontaneidad sobre los trabajos de masculinización en sus entornos. Parece que los cuerpos de los hombres salen mejor librados de constituirse como cuerpos-para-otros, hasta en espacios explícitamente femeninos, como si la mirada masculina heterosexual acompañara a las mujeres y haya sido satisfactoriamente internalizada.

Las estudiantes mujeres partieron constantemente de sus experiencias para validar representaciones de feminidad o distribuir sanciones y eran ellas quienes expresaban con mayor reiteración una conciencia de ser percibidas tanto por hombres como por otras mujeres. No es gratuito que a María Fernanda se le dificultó confrontar activamente el juicio de Luigi al haberse percibido como un cuerpo-para-otros, posteriormente cayendo en el silencio, el titubeo, expresándose con una carga de vergüenza y, en últimas, siendo incapaz de reorganizar las fronteras entre las representaciones enunciadas y su cuerpo. Por otro lado, las representaciones masculinas tuvieron un menor protagonismo y fueron discutidas con menor entusiasmo, confirmando la desigualdad en la percepción que resulta de sus privilegios de género. A diferencia de las mujeres los hombres evitaban hacer menciones de sí mismos, explicitando que no se referían a sus experiencias o considerándolas solo de manera breve y

superficial. Tampoco es coincidencia que, al ser expuestos como cuerpos-para-otros, los hombres expresen su conciencia de ser percibidos desde la rabia y la confrontación directa.

Ya decía Edmond Jabès (2014): “¿hemos olvidado que decir ‘yo’ es, ya, nombrar la diferencia?” (p.42 –énfasis del autor). Ese “yo” fue utilizado no sólo como fuente de autoridad por estudiantes, también como marca para erigir fronteras y alterizar. La construcción de diferencia fue un proceso opaco y en cierta medida imprevisible, si se toma en cuenta los terrenos de ambivalencia y envidia que se recreaba en las entrevistas colectivas, como espacio para el autorreconocimiento y la compleja redefinición de alteridades a partir de una variedad de estrategias ocasionales. Con reclamos, reorientaciones, uso de sus posiciones de autoridad y reafirmaciones de distancia, los y las estudiantes dialogaban con las figuras de alteridad que circulan en sus entornos. Lo que demuestra que estas no son construcciones aplastantes, sino significados fluidos que se reactualizan dentro de los marcos sociales de cada estudiante, campo que también es conflictivo. Es posible que en otros espacios con otras personas, las mujeres sean más cuidadosas de manifestar sensaciones de envidia o los hombres se comporten de manera más cautelosa para no expresar vulnerabilidades. No obstante, se evidenció que este proceso de alterización fue paradójico, ya que emergieron indicios para pensar el deseo como un campo que abarca las posibilidades del ser y escapa de los rígidos parámetros de socialización. Ese deseo de ser, de poder ser como ese otro u otra despreciable será abordado en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO III

Trayectorias de blanquitud y representaciones raciales: constituciones en la raza

“Eres muy ‘blanca’ para ser de Cúcuta”⁷⁷

(2007-)

El nosotros, según el problema a resolver, será el nombre de una utopía o de un fracaso o, mejor dicho, de una imposibilidad porque en realidad nosotros no somos ni los unos ni los otros, sino un mundo compartido [...] ellos forman parte del nosotros, aunque este nosotros, más que una posibilidad o un horizonte para todos, represente un refugio para unos cuantos

(Yolanda Onghena, 2014, p.105)

¿De dónde es que vengo? Enjambre en las ramas, se vive y se siente la sombra de más. Lo pierdo y lo siento. Lo pienso y lo digo, lo digo despacio. Lo vuelvo a sentir⁷⁸

(Camilo Velásquez, 2016)

Yo supe que era de la provincia en Bogotá. Más aún, supe acá que existía tal cosa como la provincia, que yo venía de ella y que no es un lugar bien visto en los espacios donde me movía. Entendí también que era candidata a “blanca”⁷⁹, posición intermedia que me dejaba muchas veces con más angustias que reafirmaciones. En esta ciudad, mi cuerpo adquirió un

⁷⁷ Este comentario me ha sido mencionado en reiteradas ocasiones desde mi llegada a Bogotá. En mi posterior estadía en Inglaterra, que cubrió el periodo 2008-2012, encontré actitudes similares en los comentarios que me hacían: “you’re very white for a Colombian person” (eres muy blanca para ser colombiana) o “you look French instead of Colombian” (pareces francesa en vez de colombiana).

⁷⁸ Extracto de la canción “Apenas brilla” del artista y escritor quindiano, Camilo Velásquez. Ver: <http://camilovelasquez.bandcamp.com/track/apenas-brilla>

⁷⁹ Entendido como la disminución en la brecha que sentía en esos momentos entre ciertos personajes y yo, dándome la sensación de que podía llegar a ocupar la misma posición que ellas en ojos de otros, pasar por una de ellas.

peso extraño: no me movía con la facilidad de antes, era detenida constantemente, acto recordatorio de mis orígenes sociales y de que mis movimientos estaban siendo evaluados. Desde una mirada fenomenológica, en el proceso de habitar Cúcuta las fronteras de mi cuerpo y del espacio se confundían, volviéndose estas uno conmigo. Cúcuta era el espacio de un “yo soy”. Con mi llegada a Bogotá, más específicamente mi ingreso a la Universidad del Rosario en el año 2007 cuando comencé mi pregrado académico, mi relación con el espacio cambió: mi cuerpo se movía cautelosamente sobre un espacio sentido muchas veces como ajeno, con una cautela producto de sentir que habitaba una posición arrebatable.

Pero, ¿por qué incluir reflexiones sobre mi año en Bogotá en una tesis cuyo tema gira en torno a representaciones de feminidad y masculinidad en Cúcuta? Ingenuamente, se podría pensar que los espacios existen como parcelas y que nuestro desplazamiento sobre ellos no tiene efecto alguno en nosotras. No obstante, este desplazamiento en el espacio geográfico también conllevó un desplazamiento en las estructuras raciales, por tanto la conciencia de mí misma comenzó a reajustarse, afectando la forma en que me “veía” en relación con la Bogotá y la Cúcuta que yo frecuentaba: mi cuerpo se convirtió en un locus de angustia y en Cúcuta comencé a ver nuevas figuras femeninas que no reconocía antes de mi partida⁸⁰, producto de apropiar nuevas maneras de designar realidades.

Sigo, ¿por qué dar prelación a mi propio relato en este capítulo en lugar de las experiencias de los y las estudiantes? Esta pregunta me dirige a una reflexión metodológica que debe ser abordada antes de comenzar: las entrevistas grupales realizadas no me permitieron profundizar en el carácter racial de las relaciones sociales. Con la ayuda de esta herramienta metodológica, los grupos estudiantiles discutieron sobre representaciones de feminidad y masculinidad que actualmente reconocen en sus espacios. Se trataba de conversaciones concernientes a su actualidad: ¿Quiénes son visibles o no para ellos y ellas? ¿Qué lecturas hacen de esta visibilidad? ¿Por qué? Entre otras. Efectivamente, como en el caso de los “traquetos” analizado en el capítulo anterior, la raza como categoría de ordenamiento social

⁸⁰ Estas personas comenzaron a ser problemáticas para mí y mi grupo de amistades desde el tiempo de mi estadía en Cúcuta porque reconocíamos en ellos y ellas una falta de incorporación de los atributos de clase, género y raza necesarios para hacer parte de nuestro círculo social, pero fue en nuestra salida de Cúcuta que varias de nosotras entendimos que dichas personas tenían un nombre enunciado con prejuicio: “calentanas”.

está presente sin que sea nombrada explícitamente, pero la información brindada por esta herramienta metodológica no fue suficiente para procurar una mayor profundización en los resultados sin arriesgarme a entrar en el campo de las especulaciones.

Si sustento mi análisis en lo mencionado durante las sesiones de las entrevistas, la raza aparecería únicamente como un atributo de un Otro u Otra saturada de esta, los cuales nombrados de forma esporádica y superficial, como la mujer que interviene quirúrgicamente sus labios o nariz a fin de “afinarlos”⁸¹, los “negros musculosos” que estudiantes presencian de vez en cuando en los gimnasios de la ciudad⁸² o los y las venezolanas que atraviesan diariamente la porosa frontera⁸³. Sorpresivamente, teniendo en Cúcuta una presencia considerable de comunidades indígenas, como la Motilón-barí, popularmente reconocida e instrumentalizada como símbolo de relato colectivo identitario⁸⁴, estas figuras no fueron mencionadas en ningún momento. Las trayectorias raciales de los y las participantes parecían posicionarles del lado del privilegio contextual de poder nombrar o alterar, y mismo al tiempo no ser nombrados, pero los insumos de la investigación no permiten una mayor ampliación de este aspecto. Por lo tanto, los relatos consignados en mi diario de campo, en los cuales indago con mayor detalle sobre mi trayectoria racial, ayudarán a llenar ese vacío.

Este tercer capítulo inicialmente expondrá las ideas de las autoras que conforman el marco teórico, a saber: Ruth Frankenberg y su conceptualización de blanquitud y geografía social de la raza, Judith Butler y el fracaso de los procesos de sujeción y Sara Ahmed con su indagación sobre blanquitud y espacio desde un lente fenomenológico. Seguidamente, se dialogará con los extractos de mi diario de campo escritos entre junio y agosto de 2015. Esta sección se dividirá en tres partes: una indagación sobre mis trayectorias raciales en Cúcuta en el año 2006, antes de mi viaje a Bogotá para comenzar los estudios de educación superior.

⁸¹ Comentario mencionado por María Fernanda en la entrevista grupal del 20 de junio 2014, en una discusión sobre las intervenciones quirúrgicas más populares de la ciudad. Ante mi curiosidad manifestada con la pregunta de a qué se debe la popularidad de tal cirugía, las otras integrantes permanecieron calladas mientras ella expresó sorpresa titubeando y reiterando que es uno los procedimientos más solicitados.

⁸² Comentario dicho por María Fernanda en la sesión del 20 de junio 2014, al hacer mención de los distintos personajes de la ciudad que utilizan los servicios de los gimnasios.

⁸³ Mención reiterada por estudiantes de ambos colegios en distintas ocasiones.

⁸⁴ En pautas publicitarias, logos empresariales y dichos coloquiales (“¡tenemos sangre motilona!”)

Luego en mi año de residencia, 2007, en la capital del país mientras estudiaba en la Universidad del Rosario. Un último segmento indagará en las paradojas emergentes en mi devenir de sujeta blanca.

Aproximaciones teóricas: blanquitud, cuerpo y espacio

Ruth Frankenberg relaciona la noción de blanquitud con tres dimensiones interconectadas: 1) como posición de ventaja estructural en una jerarquía racial, donde lo “blanco” se constituye como superior y deseable a partir de la subordinación de lo no blanco. 2) blanquitud es un punto de vista con autoridad para designar realidades sobre otros puntos de vista. 3) blanquitud también refiere a prácticas culturales y, aunque no lo incluye explícitamente en su definición, prácticas corporales naturalizadas y racialmente no marcadas.

Una preocupación sobre los estudios de blanquitud, señala el riesgo de reificar lo “blanco” como categoría fija, adjudicándole coordenadas concretas (Fine et al, 1997; Ahmed, 2007; Gil, 2010). De acuerdo con Franklin Gil:

La categoría blanqueamiento es bastante complicada de usar. La primera dificultad con la que nos enfrentamos es que de alguna manera se sustenta en una certeza de qué es lo blanco, ¿acaso existe mayor certeza de qué es lo negro? Esta es una contradicción de los estudios sobre relaciones raciales que a la vez que muestran el carácter histórico y construido de las coordenadas raciales y contribuye a deconstruirlas, al tiempo también le dan una cierta materialidad y existencia a esas coordenadas. (2010, p.29)

En capítulos posteriores de su libro, Frankenberg (1993) cae en la trampa de considerar la existencia de una “cultura blanca” latente en las distintas esquinas geográficas de Estados Unidos. Mientras la autora insiste en el capítulo “Questions of Culture and Belonging” sobre la existencia de tal cultura, sus entrevistadas expresan cómo lo “blanco” se despliega de manera heterogénea y contradictoria dependiendo de sus lugares de enunciación. Aquello reveló el carácter esquivo de lo “blanco” para mujeres blancas autorreconocidas como lesbianas de las clases medias del noroccidente del país, asociado a los atributos y el consumo de las élites blancas del norte de Europa. Por su parte, para mujeres blancas heterosexuales

de sectores socioeconómicos marginalizados y próximas a la comunidad Chicana de California, lo “blanco” era relacionado con la autosegregación de las clases medias blancas, la conformación de parejas monógamas heterosexuales, la división sexual del trabajo y la incorporación de un modelo de feminidad complaciente⁸⁵.

Frankenberg concluye:

Examinar la construcción social de la blanquitud implica enfocarse en el lugar de la dominación. Hablar de blanquitud conduce a, crearía, asignarle un lugar a cada uno en las relaciones de racismo. Es enfatizar que lidiar con el racismo no es solo una mera opción para la gente blanca, más bien el racismo define sus vidas e identidades. (1993, p.6)⁸⁶

La blanquitud como objeto de investigación social, nos dirige hacia los procesos de construcción del sujeto dominante y la reproducción cotidiana de lógicas racistas. En virtud de lo anterior, la autora propone el concepto de “*geografía social de la raza*” que permite un mapeo del carácter racial de las relaciones con el fin de indagar en la construcción de un sujeto racializado como “blanco” que ostenta el privilegio de lo no marcado, junto con sujetos racializados como Otros. Barrios, colegios, calles adyacentes a las casas, patios de recreo y viajes son reinterpretados para identificar la re-creación diaria de relaciones raciales y la construcción de una norma no marcada. Con ayuda de entrevistas a profundidad, Frankenberg sostiene:

La estructuración racial de la experiencia blanca. Este método, para mí, supone interrogarse por las mujeres blancas y el racismo más allá del individuo y sus creencias o actitudes, en aspectos mucho más amplios y asentados en el universo material. Esto posibilita examinar las maneras en que el racismo, como sistema, da forma a los ambientes cotidianos de estas mujeres y permite considerar las fuerzas sociales, políticas e históricas que construyeron estos espacios. (1993, p.44)⁸⁷

Abordar el racismo de esta manera, nos dirige hacia los procesos de familiarización, desde temprana edad, donde se construyen y refuerzan disposiciones para que actuemos de manera concertada con la jerarquía racial. El racismo, por lo tanto, no es reductible únicamente a las

⁸⁵ Esta interrelación del lugar de clase, las trayectorias raciales y de género se hacen evidentes en el siguiente apartado: “*La imagen de Louise Glebocki sobre su destino, de haberse casado con un hombre blanco, era aquella de una familia nuclear de ‘cuello blanco’: ‘él diciendo: cariño, ya llegué. Mientras yo tengo un delantal puesto -jugh!’*” (Frankenberg, 1993, p.201 –traducción mía-)

⁸⁶ Traducción mía.

⁸⁷ Traducción mía.

palabras o acciones empleadas (o no) sino a todo el ambiente estructurante de relaciones desiguales.

Cabe hacer un paréntesis necesario: por una parte, nuestro devenir en los procesos de subjetivación es indisociable del espacio que habitamos. Sin embargo, este espacio al que hago referencia no es una superficie acabada, sino el resultado contingente de actos performativos. Massey (1994, 2005) nos recuerda que no existe un espacio afuera esperando a ser encontrado, este tiene un carácter abierto y se construye a partir de una compleja interconexión de relaciones de solidaridad, cooperación, dominación, resistencia y subordinación. En este marco aprendemos que estamos siendo evaluadas como buenas o malas, reafirmantes o amenazantes, legítimas o pretenciosas. Esto implica para la formulación de una “*geografía social de la raza*” que no estamos únicamente tras los rastros de un sujeto blanco; también tras el modo como reiteradamente definimos el carácter del espacio y sus márgenes. La constitución del espacio interactúa con los procesos de subjetivación. Este último no tiene lugar en un escenario de barrios, calles y colegios ya dispuestos sólidamente para el sujeto blanco, sino que en su constitución *asiste* a la confrontación por el carácter definitorio del espacio⁸⁸.

Este punto nos lleva a otra aclaración necesaria: retomando los planteamientos de Butler en el segundo capítulo, la paradoja del sujeto consiste en que su constitución obedece a una subordinación inicial ante un poder formador no elegido pero potencializante, por cuanto la reiteración corre el riesgo de tomar direcciones y formas distintas a las esperadas por el poder formador. Las “rupturas”, momentos en que la reiteración falla en conseguir el efecto deseado, son constituyentes de los procesos subjetivos dado que, en términos de Butler (2010): “la performatividad nunca logra en su totalidad el efecto deseado, en ese sentido ‘falla’ todo el tiempo; su temporalidad *reiterativa* necesita del fracaso, no podemos pensar la

⁸⁸ Un espacio pensado inicialmente de encuentro, como el comedor de una casa, se reconstituye desde la reificación de jerarquías y exclusiones cuando no todas las personas se piensan como legítimas beneficiarias de su uso para sus encuentros. Así, en las horas de almuerzo, la aproximación que tienen las trabajadoras domésticas al comedor es únicamente para servir la comida de sus “patrones”, quienes *naturalmente* esperan que luego se retiren a una mesa dispuesta para ella detrás de las paredes de la cocina (Posso, 2008).

reiteración sin el fracaso”⁸⁹ (p.153, -énfasis de la autora-). El devenir subjetivo es un proceso volátil, cuya repetición de normas y poderes formadores se caracteriza por el riesgo de que estas no se repliquen de manera coherente, sino que sus efectos se desplieguen de manera que su fuerza normalizante sea socavada, a mi modo de ver y como fue expuesto en el capítulo anterior, a través del deseo que escapa a los márgenes infranqueables de la constitución subjetiva.

Este fracaso, vivido incesantemente en el transcurso de nuestras vidas no es una pérdida o una pena, tampoco el desliz de un sujeto soberano, sino una incoherencia constituyente y potencialmente habilitadora de posibilidades otras e hibridaciones paradójicas (Butler, 2014). Me convoca complejizar la constitución de dicho sujeto blanco a partir de la iteración de fracasos traducidos en sentimientos de pérdida, incerteza y angustia que experimenté en mi estadía en Bogotá. Frente a esta cuestión, es válido preguntarse como lo hace la autora, ¿Cuándo? Y ¿por qué ‘falla’ el sujeto? Pero también ¿Qué condiciones determinan que un fracaso tenga lugar? ¿Cómo otros interpretan este fracaso? ¿Soy acaso consciente de estas fallas? ¿Qué condiciones hacen que ‘tome conciencia’ (o no) de ellas? ¿Qué ocurre a nivel subjetivo en esos momentos?

Deseo traer nuevamente uno de los ejes definitorios del espacio según McDowell: la creación de una conciencia de sí con la que nos evaluamos con relación al espacio, las expectativas, intereses, prácticas y deseos, indisociablemente racializados. Desde orillas fenomenológicas, Sara Ahmed plantea que la blanquitud es una relación con el lugar históricamente blanqueado⁹⁰:

Si el mundo fue hecho blanco, entonces el cuerpo ‘en casa’ es uno que pueda habitar la blanquitud. Como muestra el trabajo de Fanon, después de todo, los cuerpos han sido fabricados por la historia del colonialismo que ha blanqueado el mundo, un mundo que es heredado o que nos es dado antes de la llegada del individuo. Este es el mundo de la familiaridad, el mundo de la blanquitud, un mundo que conocemos implícitamente. (2007, p.153)⁹¹

⁸⁹ Traducción mía.

⁹⁰ Es preciso señalar el lugar de enunciación desde el cual ella habla: como docente, de padre pakistaní y madre inglesa, en el centro académico Goldsmiths de Londres, Inglaterra.

⁹¹ Traducción mía.

Que el mundo nos sea dado como blanco a nuestra llegada, implica que esta blanquitud no escogida es la que nos sostiene o condena, la que determina las posibilidades y significados de nuestra existencia. Esta blanquitud tiene efectos concretos sobre la forma en que habitamos el espacio y cómo nos pensamos a nosotros y nosotras mismas en relación con este, sin la necesidad de recurrir constantemente a una conciencia reflexiva. En términos de Ahmed, la blanquitud no se restringe únicamente a los cuerpos, también construye espacios, moldea sus contornos y es:

Únicamente invisible para aquellos que pueden habitarla o, los que acostumbrados a esta, aprenden a no percibirla. Los espacios están orientados alrededor de la blanquitud en la medida que no es percibida (..) el efecto de esta orientación alrededor de la blanquitud es la institucionalización de ciertas afinidades que hace que los cuerpos no-blancos se sientan incómodos, expuestos, visibles y diferentes cuando están dentro de su espacio. (2007, p.157)⁹²

Este análisis se refleja en la comodidad o detención diaria que enfrentan los cuerpos al desplazarse por el espacio; la comodidad es entendida como “la promesa de hundimiento”, de sentirse completamente a gusto y hacerse una con él. Por otro lado, la detención refleja el “no puedo hacer/no puedo ser” como resultado de sentirse expuesto, vulnerable, en muchos casos detenido físicamente y cuestionado en el marco de una política de movilidad distribuida desigualmente, que hace del cuerpo un nodo de angustia social para sí mismo y para otros (Ahmed, 2007). Emociones como la incomodidad o comodidad surgen en relación con la efectiva o deficiente incorporación de la blanquitud como capital cultural incorporado⁹³ en nuestra forma de llevar el cuerpo, moverlo, relacionarnos y expresarnos.

Me baso en todos estos planteamientos con el fin de evaluar mi constitución como sujeta blanca –emblemada, incoherente y racista- en Cúcuta, donde principalmente habitaba el espacio en comodidad, y en Bogotá donde mi cuerpo tomó un peso extraño y este, junto con mis nuevos espacios, actuaron como epicentros de angustias. Esto no significa que las experiencias estén separadas de forma contundente; al contrario, hubo momentos de angustia

⁹² Traducción mía.

⁹³ En “el éxito negro y la belleza negra” Gil (2010) utiliza este término para hacer referencia a la blanquitud y el blanquamiento como condiciones ineludibles para el ascenso social. Sin embargo, como él y Viveros advierten, estas promesas son engañosas dado que, en los procesos de incorporación, tal capital puede actuar como marcador de orígenes sociales ajenos y de una deficiente encarnación de la clase social, fortaleciendo la reproducción de exclusión y extrañez (Gil & Viveros, 2010).

en el primero y comodidad en el segundo, como también mis experiencias de extrañez en Bogotá fueron empleadas para hacer relecturas de Cúcuta donde me posicionaba desde una aparente superioridad racial frente a la ciudad y sus habitantes. Una tercera parte comprenderá las paradojas e incongruencias emergentes en la institución universitaria bogotana.

Cúcuta, blanquitud y comodidad

Nací en Cúcuta en una familia con integrantes que llegaron a la ciudad aproximadamente cinco décadas atrás de Antioquia, Santander y regiones de Norte de Santander, producto de migraciones internas a causa del empobrecimiento socioeconómico del campo –en el caso de mi familia materna-; y en lo relativo a mi familia paterna, el éxodo de grupos familiares conservadores de la región antioqueña, motivada por las mayores ambiciones económicas con el apoyo de un capital social previamente consolidado. Mis dos abuelas ejercían la profesión docente: mi abuela materna era profesora de ciencias sociales en un colegio público, y mi abuela paterna dictaba ortografía y francés en un colegio privado y un instituto de idiomas. Mi abuelo paterno era contador, uno de los primeros en la ciudad al momento de su llegada, y mi abuelo materno dirigía construcciones de colegios estatales en diferentes municipios del departamento. Debido a la profesión de mi abuelo paterno, quien se encargaba en su totalidad de la proveeduría económica, su familia consolidó un cómodo patrimonio económico y social en la ciudad, lo que les permitió enviar a sus seis hijos e hijas a cursar los estudios universitarios en Bogotá y Medellín. Por el contrario, mi familia materna enfrentó diversas dificultades económicas que conllevó a que solo uno de los hermanos cursara sus estudios universitarios en Bogotá.

En medio de estas circunstancias, mi familia paterna expresa con tono de orgullo y autoridad frases como: “nosotros no tenemos acento cucuteño”, “nuestra familia se encuentra en Santander y Antioquia”, “somos blancos por las raíces familiares”. Actitudes como estas, causaron incomodidad en mi madre, lo cual la llevó en ocasiones a aseverar que de no haber sido por su posición laboral en el banco Conavi, no la habrían admitido fácilmente dentro del

círculo familiar, “¡y menos al ver a mis hermanos morenitos y vallenateros!”. A lo largo de su vida matrimonial, mi padre se mantuvo muy distante con mi familia materna, recuerdo que les brindó un trato despectivo y excluyente en varias ocasiones. Él procuraba que la socialización mía y de mi hermano fuese dentro de su círculo familiar en donde crecimos escuchando historias de distintos integrantes acerca de sus viajes a Europa, Estados Unidos e Israel. Desde temprana edad comencé a soñar con dicha movilidad y, al acercarse el término final de mi educación media, era un hecho incuestionable que cursaría mi pregrado universitario en Bogotá, siguiendo el ejemplo familiar y las aspiraciones de mi padre. Mientras esperaba mi turno para comenzar dicho proceso, Cúcuta para mí se reducía a mi barrio, Caobos:

Caobos era un barrio blanco-mestizo de familias ‘tradicionales’⁹⁴ pertenecientes a sectores medios altos y altos. Lo recuerdo como un espacio tranquilo y ‘sobrio’ a diferencia del fastidioso ruido que actualmente lo caracteriza. Entre semana se mantenía adormecido y los fines de semana los y las jóvenes del sector convergían en varios puntos de encuentro, entre ellos la esquina de mi edificio. Una práctica recurrente entre los hombres era llegar al encuentro con los carros de la familia, subirle el volumen a la música y hacer carreras; acumulaban prestigio entre las mujeres a medida que lograran moldear las calles del sector a sus pistas de juego y coqueteo. Supongo que siempre ha existido bulla ya que aquellas prácticas recurrentes obligaron a varios vecinos a mudarse del sector... sin embargo, mis oídos no escuchaban. La bulla venía de otros.⁹⁵

Mi barrio emerge como un espacio de contestación, valiéndome de distintas estrategias: con el término “blanco-mestizo” reitero el carácter de clase del barrio a partir del componente racial. Son blancos-mestizos los doctores, las abogadas, las gerentes de banco, y todo aquellos en quienes pienso cuando escribo este comentario, al mismo tiempo que elimino los rostros de Ana, Nieves, Yuris y Juan, empleadas domésticas y vigilantes de seguridad negras y morenos⁹⁶. Cuando estas personas son invocadas en mi memoria es para expresar relaciones

⁹⁴ Cuando en Cúcuta se menciona a las “familias tradicionales”, se hace referencia a aquellas familias cuyos integrantes ocupan profesiones liberales (en el campo del derecho y la medicina, principalmente), tienen capitales sociales sólidos e invierten de forma considerable en capitales culturales (educación, consumo cultural, viajes, entre otros). En la ciudad existe una explícita relación entre este término y la pertenencia a sectores “cultos” de la ciudad.

⁹⁵ Extracto de diario de campo escrito el 1 de julio de 2015

⁹⁶ El uso de estos términos responde a los sistemas de clasificación racial en los que he sido socializada para percibir, dar sentido, alterizar y discriminar con base en categorías raciales resultantes de la herencia colonial, no como consecuencia de procesos de autorreconocimiento socioracial por parte de las personas

de dominio, por ejemplo: recordar a Yuris, una de las empleadas domésticas del edificio con fuertes rasgos indígenas en su rostro, correr detrás de mi vecina Juliana rogándole que la obedeciera. Pensar en Nieves, encargada de la limpieza del edificio, y únicamente poder recordar el momento en que yo, de aproximadamente cinco años, le pedía que me dejara tocar su pelo afro y ella calmadamente accedía con una sonrisa. Configuro la pertenencia al espacio desde la activación de relaciones racistas y clasistas que condenan al olvido a personajes relacionados de manera tan íntima con nuestra posibilidad de existencia. También, Frankenberg (1993) argumentó acerca del privilegio racial blanco que se configura a partir de la negación de existencia de todos aquellos racializados como no blancos al: “ser capaz de convocar y rechazar al Otro racialmente diferente a voluntad. Posiblemente, es este sentido de control y autoridad que hace del hogar, como el barrio, espacios ‘de solo blancos’” (p.51).

Esta estrategia de dominio desde el olvido se repite cuando excluyo de la imagen la grave molestia que causaban jóvenes de mi barrio con sus prácticas de socialización, para construir un Otro amenazante y externo, carente de las virtudes de las clases altas blancas-mestizas urbanas. Ocurre lo mismo con la reiterada etiqueta que empleo cuando me solicitan que describa mi lugar de residencia en Cúcuta: el término “tradicional” incluye formas de ser, de habitar y todo un conjunto de sentidos (auto)atribuidos a las clases dominantes, utilizados como marcas de pertenencia y distinción. Pertenecer a dicha clase social en Cúcuta significaba explicitar distancia entre lo “no-blanco” y una yo “blanca”. La blanquitud, en estos casos, implicaba consolidarme desde un lugar de autoridad recreando el carácter racista y clasista del espacio que habitaba.

Hay un carácter inquietante en el relato: yo aparezco hablando en primera persona, aun así mis palabras ostentan la confianza de saberse respaldadas por un conjunto social no explicitado que, retomando el análisis de Frankenberg, es poseedor de un cercado invisible y un lugar no marcado desde el cual se constituye como norma. En este punto pienso en las

mencionadas. De acuerdo con Donny Meertens, Mara Viveros y Luz Gabriela Arango (2008), la inscripción arbitraria de estos términos sobre cuerpos que habitan mi cotidianidad me servía para aprehender esquemas de percepción normalizados y deshistorizados. Apoyándose en el trabajo de Eve Kosofsky Sedgwick (1998), para Yera Moreno Sainz-Ezguerra (2015) las “taxonomías inmediatas” son estos términos perceptivos de uso cotidiano, como “moreno”, “negro”, “con rasgos indígenas”, que operan de manera irreflexiva y son productores de un reconocimiento normativo de formas de clasificar el mundo.

palabras empleadas por James Baldwin (1984) para describir su experiencia de racialización en Leukerbad, una pequeña villa suiza: “ellos se mueven con la autoridad que yo nunca tendré; y ellos me consideran, con toda razón, no sólo como un extraño en la villa, también como un recién llegado sin credenciales sobre todo lo que ellos han inconscientemente heredado” (p.3). Posiblemente, la herencia a la cual hace referencia se extiende a la blanquitud compuesta de posiciones de autoridad y dominio sobre la definición de realidades, sobre cómo nos pensamos a nosotras mismas y a otros. Se hereda también la posición de privilegio en una “relación de miradas” (hooks, 1997) que se asume detrás de un cercado invisible para producir representaciones legitimadas sobre sí mismo y los Otros: un “Nosotros” “sobrio” capaz de eliminar el rastro de sus molestos actos, frente a la explicitación del daño causado por los recién llegados.

La posición en una relación de miradas también se explicita con el manejo de temporalidades, donde el carácter de mi barrio se ve marcado por un antes prístino y un después corrompido. Ahmed retoma el *habitus* bourdiano y lo redefine como una herencia corporal relacionada con una orientación armónica con la blanquitud constituyente del espacio:

El cuerpo es ‘habitual’ no solo en el sentido de construirse a partir de la reiteración de acciones, también que al reiterarlas no llama la atención [...] no le implica un problema o un obstáculo, no es un centro de angustia. (2007, p.157)⁹⁷

Que yo habitara mi cuerpo y mi barrio con tal naturalidad, reflejado en la seguridad de mis imputaciones, la espontaneidad con la que moldeo su temporalidad y la facilidad con la que visibilizo, invisibilizo y significo personajes, manifiesta una adecuada constitución como sujeta blanca en relación con las expectativas sociales del entorno. Como se observó en capítulos previos, esta comodidad corporal no es completa dada la interseccionalidad de nuestra existencia, en la que el género ha jugado constantemente el papel de una mirada problemática sobre mí. En ocasiones, experimenté esta posición de privilegio socioracial desde la frustración y la vergüenza ya que mis acercamientos a hombres de mi grupo social fueron sancionados por pares femeninas como “torpes”; recordándome que la blanquitud no consistía únicamente en “ser” y “actuar” acorde a unos parámetros raciales, sino también en

⁹⁷ Traducción mía.

“ser reconocida” desde miradas de género. Mi devenir femenino era indisociable de mi posición en la jerarquía socioracial cucuteña, utilizada como esquema de referencia para orientar mi comportamiento, construir mi cuerpo, expresar mi deseo, mis gustos y relacionarme con otros (puntualmente otros masculinos deseables).

Un tipo de cuerpo, un tipo de mirada, una forma de conciencia, todos esos aspectos hacen parte de una investidura de autoridad y conforman una relación relativamente armoniosa con el barrio que nutro y me nutre. Desde este ángulo, mis actitudes racistas individuales son la expresión del privilegio socioracial colectivo, similar a como Essed señala:

Cada manifestación del racismo cotidiano sólo posee significado en relación con la totalidad de las relaciones y prácticas. De esta manera, las manifestaciones del racismo en una relación social particular se relacionan con todas las demás prácticas racistas y pueden reducirse a las fuerzas básicas que estructuran el racismo cotidiano: la opresión, la represión y la legitimación. (2010, p.148)

El espacio físico se desplegó frente a mí: zonas como las calles de mi barrio o las escaleras de mi edificio se convertían en campos donde reafirmaba mi lugar de autoridad frente a las empleadas domésticas negras, los celadores morenos y los “recién llegados”. El habitus bourdiano, de acuerdo con Ahmed, orienta las acciones de manera práctica a fin de no captar la atención de su alrededor (2007). En ambientes históricamente blanqueados, los habitus que han apropiado exitosamente las normas de blanquitud mantienen una relación de naturalidad con el espacio constituyente. Sin embargo, producto de la historia de colonización y el mestizaje, en Colombia la blanquitud se convierte en un juego de apariencias en el que se invierte en elementos asociados con lo blanco, como conjunto de características enclasantes que disimulan la mezcla (Viveros, 2013a). En mi estadía en Cúcuta, este habitus racializado se expresaba a partir de la calma en la vigilancia de sus fronteras y, aunque me indignara el ingreso de aquellos últimos personajes (los “recién llegados”), mi manejo era probablemente similar al de los guardianes de los controles migratorios: reviso sus dudosas credenciales con impenetrable expresión para determinar con prontitud que *intentan pasar por algo que no son*. Mi posición como guardiana no se pone en duda a medida que hago rápidos señalamientos en su contra para no permitirles el ingreso como legítimos habitantes del espacio físico, social o de mi memoria.

El cuerpo, sus gustos y disposiciones adquieren un peso relevante en este proceso. Como recuerda García (2010) el concepto de habitus nos remite a los cuerpos socializados en normas constituyentes: “se trata de un cuerpo construido socialmente y que a la vez construye lo social, de un lugar de acción y de inscripción” (p. 114). Este cuerpo emerge en el contexto de unas relaciones de clase y género, dentro de una jerarquía socioracial, a partir de prácticas cotidianas repetitivas que familiarizan significados raciales y racistas, constituyendo actos esperados, normalizados y deseados. Esta constitución generó una amnesia sobre su genealogía social, de forma que, como afirman Moreno Durán y Ramírez (2013): “el ‘haber’ se transforma en ser, a tal punto de que tenemos la impresión de haber nacido con estas disposiciones, con esta sensibilidad, con esta manera de obrar y reaccionar, con sus ‘maneras’ y estilos que lo caracterizan” (p.38).

A esta altura, tenía escrito que había explorado todas las esquinas de mi memoria, dando paso a mi experiencia en la Universidad del Rosario. Sin embargo, como hace Rita Laura Segato (2007), fui interpelada en una conversación con mi directora de tesis, Luz Gabriela, sobre este capítulo con la pregunta “¿dónde está la niñera?”, punto sensible en mis vivencias que no tenía disposición de indagar en esta investigación. Su nombre es Ana Daza, entró a mi vida cuando tenía un año de edad y ha estado presente desde entonces encargándose de labores de cuidado y reproductivas: preparando los alimentos, esperando que mi hermano y yo llegáramos del colegio para servirnos la comida, limpiando nuestra ropa y entornos, cuidando nuestro bienestar. Desde una posición en el orden socioracial, ella ha sido vista por nosotros como “morena” y, si bien no hemos explicitado conscientemente que ocupa una posición inferior, con esta categoría racial alterizante hacemos referencia a que ocupa “otro lugar” dentro del espacio familiar, mi barrio, incluso mi investigación de tesis. Esta relación se caracteriza por la ambivalencia porque existe un afecto grande entre Ana y las personas que componemos mi familia que, al surgir dentro del marco de una relación de dominación, es un afecto desigual el cual puede llegar a ser empleado de manera inconsciente y sin intención para asegurar el cumplimiento de su trabajo del cuidado sobre nosotros.

Cuando dicho tema fue mencionado, yo manifesté una evidente incomodidad con mi tono de voz titubeante, respondiendo lo curioso que era que ella haya emergido en esa conversación

cuando yo no la nombré en el capítulo. Muchas figuras de mi infancia y adolescencia racializadas como Otros fueron inconscientemente borradas de los espacios de mi memoria, pero la ausencia de Ana en el primer borrador de este capítulo fue un acto intencional que respondía a mi vulnerabilidad al objetivar una relación desigual con una persona por la que siento aprecio y profundizar en el papel que he desempeñado en su legitimación. Sin embargo, sobre la intencionalidad Essed lúcidamente argumenta:

La intencionalidad no es un componente necesario del racismo. No es la naturaleza de determinados actos o creencias que determinan si estos constituyen mecanismos racistas, sino el contexto dentro del cual se lleva a cabo. Los actores no siempre tienen conocimiento de las consecuencias de sus acciones, ni mucho menos las buscan deliberadamente todas. Además el racismo con frecuencia se ejerce a través de prácticas que aparentemente no son de tipo racial. (2010, p.140)

En relación con las personas encargadas del trabajo doméstico remunerado, mi grupo de amistades y yo empleábamos distintas estrategias para explicitar su racialización no-blanca: desde contrastar el contorno de sus ojos, el grosor de los labios o su pelo con el nuestro; no compartir la mesa del comedor, los baños, platos, vasos y cubiertos; romantizar su carácter bondadoso y condescendiente o señalar la amenaza que presentaban sus aparentes “estrategias de seducción” sobre la población masculina del edificio.

Pensaba que mi incomodidad para abordar este tema respondía sólo a la vulnerabilidad de sentirme expuesta a objetivar mi relación con Ana, pero su expulsión de mi relato actuó también como estrategia inconsciente para “blanquear” mi pasado (y presente) de la proximidad de lo racializado como no-blanco. De acuerdo con Segato (2007), la noción de unidad de la madre sustituta negra y el o la hija blanca se diluye para dar paso a una relación de propiedad del último sobre la primera, sentimiento de pertenencia recelosamente protegido frente a cualquier aspecto que pueda amenazar el dominio. Lo Uno blanco en comodidad dentro de los sectores medios-altos de la ciudad, debe diferenciarse y distanciarse de su madre sustituta no-blanca, cosificada al estar a disposición de sus intereses. Para “blanquear” mi posición social y la temporalidad de este primer relato, debía suprimir a Ana de la inscripción aun cuando compartimos espacios de intimidad y sentimientos de afecto. Este afecto surge en un contexto latentemente racista, clasista y misógino. Aunque intente

suprimir los rostros de los Otros constituyentes, estos son parte crucial que mantienen la existencia de lo Uno, que para Segato:

El racista ciertamente amó y – ¿por qué no? – todavía ama a su niñera oscura. Solo que no puede reconocerla en su racialidad, y en las consecuencias que esa racialidad le impone como sujeto. Si su racialidad repentinamente hiciese su aparición en escena y reclamase el parentesco a ella debido, él reaccionaría con virulencia incontrolable. Estamos hablando de lo que no se puede nombrar, ni como propio ni como ajeno. (2007, p.27)

Resulta difícil recrear más de este pasado en Cúcuta previo a mi ingreso al Rosario. Tanto en ejercicios de memoria individuales mientras caminaba por las calles de mi barrio, como en rememoraciones colectivas con amistades alrededor de una mesa de comedor en Bogotá, surgían las mismas amenazas: aquellos “recién llegados” que provenían, de acuerdo a nosotras, de zonas periféricas a la ciudad. Las discusiones sobre dichas personas no surgen con frecuencia en las conversaciones con amistades de aquella época, pero cuando lo hacen toma la forma de una caja de resonancia por la similitud de nuestras interpretaciones sobre quiénes eran los “pretenciosos”, qué cubre el olvido y qué es mencionado entre risas, disgusto y asombro. Varias de nosotras caímos en cuenta de que “antes” también había bulla porque una amiga, cuya familia no toleró ese comportamiento, se mudó del lugar. Otras solo recordaron a Yuris cuando yo la mencioné en relación con Juliana, como si su existencia en nuestra memoria fuera únicamente validada cuando ingresa al parámetro de relaciones de subordinación.

Esta superficialidad en el terreno de nuestra memoria está directamente relacionada con el sentimiento de comodidad y control sobre el carácter definitorio de nuestro espacio. Tal blanquitud se expresaba en el hecho de que la raza para nosotras era un asunto de encuentros esporádicos e irrelevantes con sujetos que racializábamos como Otros u Otras a partir de lógicas de clase y género⁹⁸. Fue en nuestro retorno a la ciudad después de ingresar a distintos centros académicos en la capital del país o fuera de este, que varias de nosotras comenzamos a preocuparnos más por el gusto “traqueto” que cobró protagonismo durante nuestra ausencia, pero también por el mayor número de “mujeres fáciles” que frecuentaban sus

⁹⁸ Probablemente muy similar a la experiencia de los y las jóvenes que participaron en los grupos focales que, vestidos de privilegios contextuales, se ubicaban en un lugar de dominio para alterar sin ser nombrados.

establecimientos. Por otra parte, este proceso de movilidad, que para todas nosotras era el paso *natural* a seguir, nos generó angustias e implicó reajustes. Si, de acuerdo con Bourdieu, los *habitus* pueden reajustarse ¿qué eventos impulsan su reajuste? ¿Cómo se desarrolla este proceso? ¿El propósito del reajuste es la mimetización a las nuevas condiciones? ¿Se logra a cabalidad? ¿Cuál es el efecto sobre el espacio social?

Bogotá, blanquitud e incertidumbre

Esta tranquilidad previa se vio sacudida con mi entrada a la Universidad del Rosario de Bogotá el segundo semestre del año 2007 para cursar el programa de pregrado en Relaciones Internacionales. Desde antes de mi ingreso a la universidad, sabía que había algo especial con aquella institución pues mi padre fue insistente en que considerara solo “buenas” universidades para cursar mi pregrado, entre esas el Rosario. Únicamente me postulé a esta institución e ingresé. Este tránsito en la geografía física del país trajo consigo unos cambios más profundos:

“¡Eres muy blanca para ser de Cúcuta!”, fue una de las primeras cosas que escuché cuando me presenté en un grupo de estudiantes de la universidad. Comentario mencionado en varias ocasiones, normalmente seguido por “¡no tienes acento cucuteño!”. Inicialmente me confundía, me preguntaba “¡¿Qué tiene que ver?! ¡¿Qué se supone que debo responder?!”. Nuestra manera de hablar ahora hacía parte de un conglomerado de acentos reunidos en la universidad para goce de lxs locales, quienes parecían disfrutar adivinando de dónde veníamos por nuestros acentos.

Esta incertidumbre no duró mucho, quizás fue sus caras de placentero asombro, sus tonos de validación o esa sonrisa que se dibujaba en una de las esquinas de su boca, pero pronto comencé a sentir cierto orgullo y alivio seguido por mi respuesta “¿verdad? Ya me han dicho eso”. Falsa modestia mezclada con orgullo también aparentado cuando comentaron desde Cúcuta en una de mis fotos subidas a la red social del momento, MySpace: “¡Divina! ¡Ya pareces toda una rola!”. Cada comentario borraba algo que colgaba de mi piel⁹⁹.

Si la blanquitud, como fue definida por Frankenberg, consiste en un punto de vista privilegiado con el cual observo a otros, a mí misma y determino realidades, mi ingreso al Rosario evidencia mi movilidad en este lugar de privilegio: ya no soy yo la que lleva a cabo

⁹⁹ Extracto de mi diario de campo escrito el 30 de julio de 2015

los ejercicios de reconocimiento de “credenciales” para determinar la pertenencia o no a un dicho espacio. Me encontraba a merced de los ojos de otros y otras quienes entraban a definir mi pertenencia o no a la Universidad. La blanquitud como punto de vista, es un lugar no marcado de “definidores indefinidos” (Frankenberg, 1993, p.197), manifestado en la contraposición de la aparente “neutralidad” del acento bogotano con la variedad sonora de otras regiones. La incertidumbre inicial con la posterior angustia, respondía al sentimiento de pérdida de sentido y autoridad sobre las realidades: buscaba rostros familiares en las sobrias aulas custodiadas por los cuadros de los fundadores del Claustro donde impartían charlas sobre historia rosarista, aprendía en las conversaciones de los pasillos que tenía maneras sancionables de expresarme, comenzaba a admirar los modales de otras estudiantes y a reconocer que había algo distinto en mí; éramos diferentes aunque todavía no reconocía el motivo de la brecha.

La frase “eres muy blanca para ser de Cúcuta” jugaba varios papeles. Por un lado, era un instrumento de detención que me separaba y visibilizaba. A diferencia de mi barrio en Cúcuta, yo no estaba a cargo de controlar la política de movilidad, yo era interpelada por ella y era yo quien sentía extrañamiento. De manera similar Ahmed escribe:

Las políticas de movilidad no consisten únicamente en quien logra moverse con facilidad a través de las fronteras, también determinan quién logra sentirse en casa y quién encuentra los espacios habitables. El espacio es habitable para unos cuerpos y no para otros. (2007, p.162) ¹⁰⁰

Con tan solo siete palabras me recordaban que mi lugar era otro, uno del que tenían otras expectativas que la cohabitabilidad en una universidad considerada de élite. Fue en esos espacios donde comencé a escuchar la palabra provincia y lo esta que engloba: Bogotá era la capital, el centro del desarrollo nacional, de los ideales de modernidad y civilidad. Ciudades como Medellín, Cartagena y Cali ocupaban un lugar intermedio, mientras que la mía, Cúcuta, quedaba del lado de todo aquello conocido como “provincia” compuesta por gente torpe, vulgar y bulliciosa. Y yo, inevitablemente, era a sus ojos una de ellos.

¹⁰⁰ Traducción mía.

Encontraba en el reconocimiento otorgado (“eres muy blanca”) un lugar de alivio. Su sintaxis remitía a una contradicción: me percataba que existían problemas con mi lugar de proveniencia, pero yo salía bien librada porque no reflejaba mi origen. La frase descubría una promesa. En el Rosario, yo ocupaba una posición intermedia, retenía un sentido de blanquitud como ventaja estructural debido al capital económico de mi familia y cierto capital cultural (la falta de acento, entre otros), pero mi punto de vista no ostentaba los privilegios previos de autoridad y legitimidad. La constitución como sujeta blanca acontece en medio de dicha incongruencia estructurante, ella nunca es el reflejo exacto de una fórmula. En mi caso, las incertidumbres y angustias cohabitaban con las promesas de asimilación y momentos de orgullosa reafirmación, en especial con interlocutores de Cúcuta frente a los cuales yo sentía una renovada autoridad¹⁰¹:

“¡Es toda una calentana!”, decían las estudiantes con reproche de unas compañeras, haciendo referencia a su manera de vestirse. Lo decían con gran naturalidad al lado mío, esto solo podía significar un acto de complicidad entre nosotras y también yo las empecé a llamar así. Iba a Cúcuta y veía gente nueva, veía calentanas. Antes eran las mujeres fáciles y sin clase del barrio, ahora ellas tenían un nombre y mi rechazo una mayor consistencia. Pero por más sanciones conjuntas, yo no era una de ellas (mis amistades del Rosario). Era yo quien a veces dudaba antes de salir si la ropa reflejada en el espejo era demasiado reveladora o ajustada. Era yo quien en ocasiones pensaba “¿qué diría sutanita?” cuando compraba una prenda. Era yo quien se sentía avergonzada si un ligero acento cucuteño se escapaba en mi pronunciación. Sus espejos reflejaban la espontaneidad de sus movimientos, el mío la cautela de mi mirada.

La “calentana”, aquella diferencia despreciable, estaba claramente definida para nosotras, adquiriría un carácter fijo y de fácil reconocimiento. En contraste, ¿quién está imputando dicha sentencia? Las definidoras indefinidas son opacas, se esconden detrás del carácter no marcado de la norma, permitiendo complejidad y variabilidad que imposibilita ubicarlas dentro de una única coordenada. El término indica una relación asimétrica que se vale de la constitución de un externo amenazante e inmutable, para inaugurar un nosotros superior y esquivo. No existen “calentanas” esperando ser ubicadas, no existe una diferencia despreciable preestablecida; ellas son reiteradamente creadas dentro del Claustro con marcadores de diferenciación, cuyas iniciales coordenadas fijas, como un tipo de vestuario,

¹⁰¹ Extracto de mi diario de campo escrito el 30 de julio de 2015

son ampliadas “de tal manera que siempre tenga material nuevo a través del cual articular su poder”, como señala Butler (2014, p.67). A medida que me familiarizaba con la universidad, esta se convertía en un nuevo espacio de conocimiento donde cotidianamente entraba en contacto con los significados que circulaban en sus pasillos y desbordaban el currículo académico: desde cómo vestirse, qué términos emplear, cómo expresar mis emociones, quiénes me deben gustar, qué es deseable, qué es desagradable. En este currículo oculto se transmitía un conocimiento general del racismo en constante actualización, definido por Essed como:

Un concepto dinámico. Representa las cogniciones que se activan cuando el receptor procesa, guarda y recobra experiencias específicas de racismo. El conocimiento del racismo se encuentra constantemente alimentado, puesto a prueba e interpretado con información nueva, remodelando las representaciones previas. (1991, p.200)

Con el tiempo entendí que la “calentana” no era solamente una compañera cuya forma de vestir nos causara desagrado; aquel término encerraba una relación sancionable con la población masculina y una amenaza de amonestación contra las que no apropiaran de manera correcta las expectativas sociales¹⁰²:

No nos limitábamos únicamente a señalar terceras personas: “¿sabes qué tipo de mujeres usan eso?!” “¿Te ves como una de esas!” “¿Qué le pasó?! ¡Si antes sabía cómo arreglarse!”. Nos generaba gran angustia el hecho de sentirnos próximas a ellas. Las sandalias en clima frío, los pantalones sin bolsillos en la parte trasera, hasta comportamientos como las risas fuertes y la coquetería abierta con los hombres habían quedado fuertemente asociados con la pesada etiqueta de “esa no es de acá, es una calentana”.

El término “calentana” no era utilizado a la ligera por estudiantes pertenecientes a sectores blancos-mestizos altos y medios altos del país. Al contrario, cumplía los propósitos de una estrategia de detención enmarcada en una política de movilidad más grande que determina el carácter de una universidad que, en el discurso oficial, se enorgullece de su estrecho vínculo con centros de conocimiento europeos desde su establecimiento en el siglo XVII, así como su papel en la formación de personajes políticos del Estado-nación colombiano. En la política de movilidad, la demarcación de fronteras está relacionada con las nociones de pertenencia y propiedad, a partir de la diferenciación entre lo “propio” y el extraño amenazante (Moraña,

¹⁰² Extracto de mi diario de campo escrito el 30 de agosto de 2015

2010). El racismo produce las fronteras entre los legítimos propietarios del legado de los “varones insignes”¹⁰³ y aquellos que no poseen los atributos necesarios para ser parte de ese relato colectivo. Tal blanquitud del espacio universitario y constitución del sujeto blanco, no tienen una existencia ontológica, ni debe ser vista como propiedades preexistentes; existen a partir de la reiteración cotidiana de jerarquías raciales dentro de salones de clase, pasillos, baños y en las conversaciones en las cafeterías.

De acuerdo con Yolanda Onghega:

Para situarlos necesitan ser nombrados y con el nombre se fragmentan, se dividen en parcelas limitadas y quedan clasificados. Esta fragmentación o clasificación nos permite hablar de civilizaciones o culturas, oponiéndolas entre sí porque se categorizaron siguiendo un orden preciso. (2014, p.69)

Existe una relación explícita entre nombrar y recrear un orden social demarcado por fronteras: el término “calentana” no solo crea, regula y domestica a quienes quedan por fuera del legado rosarista, también designa sus legítimos representantes a partir de dicha exclusión. Tal ejercicio es clave puesto que un relato colectivo de la Universidad del Rosario a nivel estudiantil solo podía ser elaborado con la presencia cotidiana de entes amenazantes; mi reajuste a esas expectativas necesitaba su constante presencia en el Rosario como en Cúcuta. Su enajenación de nuestro proyecto de comunidad era únicamente posible si comprendemos que primero necesitábamos recrear su proximidad desde la amenaza a nuestro horizonte de sentido.

De manera similar, fue a partir de la intromisión de las “calentanas” en mi barrio en Cúcuta, que sentía a la ciudad cada vez más propia. Mi ciudad cambiaba ante mis ojos en cada viaje; yo podía distinguir con nombre propio personajes que la gente de allá no veía, lo que me llevó a reconstruir mi sentido de autoridad que compartía devuelta al Rosario con las burlas cómplices de mis compañeras. Fortaleciendo, así, mi sentimiento de legítima comodidad, pertenencia y propiedad sobre mí misma, sobre Cúcuta y la universidad. Constituirse desde

¹⁰³ La descripción del perfil de la Universidad señala: “Desde su fundación el 18 de diciembre de 1653, la Universidad del Rosario se define como ‘una congregación de personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres, conforme al estado de su profesión (1653)’. Ver: <http://www.urosario.edu.co/la-universidad/>

la blanquitud significaba readoptar una posición en una relación de miradas mencionada por hooks (1997): aprender a “ver” y designar quienes quedaban por fuera del relato y quienes podían participar en este. Acto de poder que no se circunscribía a las paredes de la universidad.

Estas luchas por la propiedad sobre los espacios tienen efectos contundentes sobre todos sus participantes. Para Amhed (2007), ante la presencia de estos cuerpos que no encajan, aquellos que existen en comodidad se desorientan: “la gente parpadea y mira de nuevo. La proximidad de tales cuerpos convierte los espacios familiares en extraños”¹⁰⁴ (p.158). No solo reconocía¹⁰⁵ “calentanas” y “traquetos” con mayor frecuencia, también fortalecía prácticas de autovigilancia de un orden socioracial que, a partir de unos derroteros de belleza, elabora políticas de movilidad y designa espacios. Un factor indispensable en dicho proceso fue la relación de mis experiencias emocionales en la socialización del racismo¹⁰⁶: las palabras mencionadas o las risas de validación, que hacían parte de mi olvido, mientras interactuaba con la trabajadora doméstica negra del edificio; la angustia que me causaba la (no) expresión de mi deseo¹⁰⁷ en los pasillos de clase de la universidad, espacios sentidos como campos de constante probación; el alivio y enorgullecimiento que sentía por no ser “*una de ellas*”; la educación en un lugar de autoridad sobre Otros para verles de cierta forma y no de otra, para asignarles ciertos lugares y no otros, para incluso invisibilizarles y luego llamarles a comparecer cuando dicte mi voluntad. Como señala Essed:

Quando los agentes son socializados dentro de –y expuestos sistemáticamente a– representaciones que justifican la dominación blanca y cuando estas nociones son aceptadas inconscientemente como ‘normales’, los agentes actuarán de forma concertada, creando y reproduciendo así formas similares de racismo adaptadas a las necesidades específicas o intereses y situaciones. (1991, p.141)

¹⁰⁴ Traducción mía.

¹⁰⁵ Valiéndome del doble sentido de la palabra: reconocer como acto con el que se confiere legibilidad y legitimidad, y re-conocer como volver a advertir algo o alguien.

¹⁰⁶ Albert Memmi mencionaba que las “raíces emocionales y afectivas del racismo” eran instrumentos centrales en la socialización del racismo como “propuesta cultural que el candidato racista encuentra desde su infancia en el aire que respira, en las reflexiones de su parentela, en sus tradiciones culturales y luego en la escuela y en la calle, en los periódicos e incluso en los escritos de los hombres que le enseñan a admirar y que son, por lo demás, admirables” (2010; p.66)

¹⁰⁷ Aspecto que será profundizado en la siguiente sección donde indago sobre la ambivalencia de la diferencia despreciable y el deseo de llegar a ser ella.

De cara a mis relatos, un interrogante que surge es ¿por qué deseaba dicha posición de blanquitud? ¿Qué me impulsaba a cooperar con dichas políticas de movilidad? Una respuesta consistiría en que es de esperar que reitere los privilegios raciales en los que he sido educada, en los distintos espacios que habito –sea Cúcuta o Bogotá. Un vacío de esta respuesta es que la educación y socialización de los privilegios mencionados ocurre en un contexto con personas, intereses, expectativas y conflictos particulares. Efectivamente, la nación colombiana se sustenta en una jerarquía socioracial en la que el mestizaje y la blanquitud son coordenadas asociadas con la superioridad, la belleza, lo culto, moderno y desarrollado, pero este tipo de macrorrelatos mutan y se reajustan a las particularidades de cada escenario local. No es lo mismo ser blanca en Cúcuta que en Bogotá, la blanquitud no se transpone de forma exacta en cada escenario. Otra respuesta señalaría que mi adherencia resulta del deseo de retornar a mi posición de privilegio experimentada en Cúcuta.

Dicha respuesta es tentativa, el habitus como manera de pensarnos en y con el mundo, donde lo individual es al mismo tiempo colectivo, resultado de una historia social y de las condiciones de nuestra existencia, también orienta las disposiciones al ascenso social incorporadas a la largo de la trayectoria familiar y de generaciones pasadas. En Colombia, la blanquitud se convierte en un juego de apariencias que invierte en elementos asociados con lo blanco, como conjunto de características enclasantes para disimular la mezcla o el origen no-blanco. El habitus racializado propuesto por Ahmed, respondería a dicho orden y el cuerpo, gustos y disposiciones, se reajustan en este proceso con el fin de “ser” y “ser reconocido”. No obstante, esto no responde enteramente los interrogantes planteados al inicio del párrafo y me arroja nuevas preguntas: ¿qué eventos impulsan su reajuste? ¿Cómo se desarrolla este proceso? ¿El propósito del reajuste es la mimetización a las nuevas condiciones? ¿Replica de manera exacta las intenciones? ¿Cuál es el efecto sobre el espacio social? ¿Qué papel juega el deseo en estas condiciones de existencia?

Fallas y paradojas

En Cúcuta experimentaba la blanquitud como una norma no marcada manifestada en mi constante sentimiento de comodidad y autoridad. En Bogotá tal experiencia era intermedia marcada por certezas, enorgullecimientos, angustias y temores. Estos últimos sentimientos se tradujeron varias veces en enrojecimientos causados por la traición de mi acento “provinciano y brusco”, el titubeo frente a las miradas evaluativas sobre cada esquina de mi cuerpo y los (a veces más sutiles) llamados de atención ante compañías “indebidas” y expresiones “inapropiadas”. La frase “eres muy blanca para ser de Cúcuta” detonaba una detención sentida como un recordatorio de mis orígenes sociales, la promesa de un “puedes ser como nosotras” y la amonestación “no te vayas a comportar como esas otras”. Frente a la angustia de verme como la “calentana” dentro de mi grupo de amistades, término que inaugura una relación social de sanciones y rechazo explícito, con disposiciones de ascenso social, de cara a la admiración que sentía por varias amistades y con nostalgia por la pérdida de certezas, yo entraba a negociar con nuevas condiciones de existencia.

El concepto de blanquitud ha desafiado ajustarse a una fórmula única: como relación social y posición de dominación, como punto de vista y proceso educativo prolongado en ciertas formas de conocimiento, como norma orientadora de políticas de movilidad. La blanquitud también surgió, en los pasajes de mi diario, como una escritura del límite de la autoridad, del conocimiento, de las emociones, del cuerpo, del sentido y el deseo. Como ha sido expuesto previamente, el límite o la frontera, tiene una estrecha relación con cuestiones de poder definitorios, de sentido de pertenencia y propiedad. En términos de Mabel Moraña (2010): “hace pensar en criterios de distribución, en pactos, concesiones o prebendas. Todo límite consolida bienes, espacios y valores ‘propios’, y remite por oposición a la (des)posesión y al (des)amparo” (p.11). Definen, también, los términos con los que seremos aceptados (o no) en la comunidad de humanos al tiempo que construyen extraños despreciables cuya existencia próxima es necesaria para otorgarle sentido a mi proyecto jerarquizado de sociedad y a mí misma.

Es por eso que me interesó indagar en este concepto de blanquitud, pero no como una descripción sobre “hechos” que deben ser incluidos en los estudios críticos sobre la raza, o

como discurso productor de sujetos que reifican certezas sobre lo “blanco”, sino para explorar cómo y por qué se produce constantemente la alteridad, cómo y por qué se coopta con la blanquitud, y los posibles cambios, fracturas e intersticios de estos procesos. Es así que en esta última sección deseo dirigir mi mirada hacia la opacidad de lo aparentemente establecido: el sujeto y su posición blanca, en un esfuerzo de dialogar con otros posibles horizontes de su devenir.

Butler es una de las autoras que se levanta contra dichas transparencias, señalando que nuestros devenires son asuntos incompletos y plurisignificantes, irreductibles a la repetición mecánica de los poderes formadores. En el devenir se materializa la reproducción performativa de normas la cual está fuertemente relacionada, más que con un mecanicismo, con la explotación del “sentido del ser” (Butler, 2014): la posibilidad de existencia del sujeto social reconocible y perdurable bajo amenaza de sanciones, violencias o muerte. Dentro del contexto de la investigación, un orden racista necesita cultivar raíces emocionales sólidas para asegurar normalizaciones exitosas y un “sentido del ser” explotable. Probablemente aquel fue mi caso: frente a la pérdida de sentido, de cara a la admiración, con la angustia producida por el deseo y con el temor constante de quedar del lado de la diferencia despreciable (diferencia que previamente yo producía e imputaba con completa comodidad y autoridad), se genera en mí una inclinación de persistir que para Butler:

Exige someterse a un mundo de otros que en lo esencial no es de uno/a (esta sumisión no se produce en fecha posterior, sino que delimita y posibilita el deseo de ser). Solo persistiendo en la otredad, se puede persistir en el propio ser. (2014, p.39)

Frente a la aparente transparencia de las tradicionales posiciones de sujeto –dominio, subordinación-, otros tipos de análisis nos llevan a reconocer la existencia de incongruencias como condiciones estructurantes. No me moviliza fortalecer posturas que socaven los esfuerzos de la conceptualización de la raza, racialización y racismo, sino visibilizar las ambigüedades e intersticios de nuestra cotidiana constitución como sujetos sociales. Con mi desplazamiento a Bogotá y mi ingreso a una universidad considerada de élite, me vi repentinamente ocupando un lugar desconcertante, en gran parte determinado por la ambivalencia de mi deseo: tanto mis amistades como las “calentanas” poseían atributos admirados y deseados por mí, pero el privilegio social de la blanquitud como posición de

autoridad dentro del relato colectivo de la Universidad del Rosario solo podía concederse si me subordinaba a sus condiciones. Más que un deseo de poseer ciertos atributos o no, me movilizaba un deseo de ser, saciarme con ambas posiciones¹⁰⁸:

Y sin embargo, las envidiaba (a las “calentanas”) porque ellas acaparaban mucha atención de los hombres y parecían moverse con gran espontaneidad, indiferentes y libres de nuestro ceño. Cualquiera de afuera no era “calentana”, ellas tenían un toque de sensualidad y coquetería que tanto nos molestaba: sus cuerpos, actitudes y movimientos eran centro de fascinación de estudiantes hombres. Recuerdo a Stefy, a quien siempre le tuve mucho cariño, ella era una caleña voluptuosa, tierna y espontánea. Recuerdo los comentarios tan hirientes de varias chicas. Recuerdo permitirlos con mi silencio y sentirme la grandísima hipócrita no solo porque tenía una buena relación con ella, sino también porque quería relacionarme de esa manera con los hombres. Yo quería muchas veces ser esa mujer desenvuelta pero pensarme como una de ellas y recordar el desagrado que causaban (que me causaban) era suficiente para autorregularme. Aparte por el novio inglés que tenía en ese momento, ese causante de admiración entre muchas. Y ellas me decían con gran empatía “¡Adri, eres tan British!”, me causaba mucho orgullo y autosatisfacción, pero al mismo tiempo me aburría. Yo quería ser una Stefy así fuera por un momento.

En la complejidad de nuestros devenires existen espacios inasimilables, campos fértiles para rupturas que demuestran la imposibilidad de una relación de idéntica coincidencia entre las normas constituyentes y los sujetos sociales, relación en la cual emergen escenarios de potencia que desbordan los propósitos de la norma (Butler, 2014). La blanquitud, como frontera, define y establece el sentido de la pertenencia, pero también remite al tránsito hacia amplitudes insospechadas. En términos de Gilda Waldman (2009): “a un espacio de fluidez y resquebrajaduras, a una línea roja que demarca los límites de un territorio propio que intensifica lo homogéneo, pero también a un ámbito que esconde revelaciones profundas” (p.12). El desprecio sentido poseía matices opacos ya que convivía con un deseo permanente de ser como ellas, *ser ellas*, cuyo latido insistente me esforzaba por esconder. Este deseo no es equivalente a los dividendos de los privilegios raciales, de clase y género en los que fui socializada, con los constreñimientos, privaciones y exigencias que implica encarnar esta posición de “ser” y “ser reconocida”. No es posible hablar de identificaciones clausuradas o posiciones fijas, porque la ambivalencia y contradicciones existentes son determinantes en

¹⁰⁸ Extracto de mi diario de campo escrito el 30 de agosto de 2015

dichas relaciones identitarias. También llama la atención que su emergencia se da en el contexto de la Universidad del Rosario en Bogotá, no previamente en Cúcuta.

Si el devenir sujeto fuese un proceso lineal y cumulativo, estos intersticios no tendrían posibilidad de existencia, y sin embargo mi diario de campo expresa las vivencias de una sujeta blanca contradictoria. Mi relación con esta alteridad estaba demarcada por angustias porque sentía que parte de esa Otra despreciable se encontraba conmigo. No constituíamos dos bloques separados y autocontenidos por más que intentara, sino un tránsito de aspectos opacos como el deseo entre lo Otro y lo Uno. “*Es como la yuca brava*”, dijo una compañera en una sesión del grupo de apoyo al que asisto los sábados en la tarde y cuya intervención me devolvió a este tema, “*aquello que nos nutre tiene también el potencial de matarnos*”¹⁰⁹. De igual manera opera nuestra constitución subjetiva, distorsionando el pensamiento dicotómico al que estamos habituadas, lo amenazante puede ser al mismo tiempo una experiencia liberadora y aquello que nutre mi devenir llega también a asfixiarme. La “calentana” representaba para mí una experiencia perturbadora y a su vez placentera.

Estas fracciones evidencian los fracasos de la norma por materializarse de manera coherente y en esta ambigüedad del devenir se despliegan escenarios otros de recombinaciones y renegociaciones con las normas constituyentes cuyo propósito no necesariamente es el de reemplazarlas, sino negociar con ellas y poner su predictibilidad en cuestión. Paradójicamente, mi ingreso a uno de los centros académicos más blanqueados del país agudizó la existencia de estos escenarios otros que desdibujaron certezas de raza, clase y género, reiterando como para Butler (2014): “las restricciones impuestas al cuerpo no solo exigen y producen el cuerpo al que se proponen restringir, sino que también multiplican el ámbito de lo corporal más allá del objetivo de la restricción original” (p.70). Dicha paradoja no se repetía con tal intensidad en mis espacios habitados de Cúcuta; las fronteras simbólicas de mi barrio, de mis

¹⁰⁹ Comentario mencionado el 19 de marzo de 2016 en el grupo de apoyo de la Fundación Grupo de Acción y Apoyo a personas Trans, GAAT. La yuca brava constituye la base alimenticia de distintas poblaciones indígenas de la región de la Orinoquía y amazónica, y se caracteriza por ser venenosa en su estado crudo. Posterior a la manipulación humana, el veneno de la yuca es destilado, dejándola apta para su preparación y consumo; con el líquido venenoso extraído y tratado se prepara una bebida conocida como Caguana. Ver: http://www.elmundo.com/portal/vida/gastronomia/yuca_brava.php#.VvcQq-J97IU

relaciones, cuerpo y reacciones eran un espacio donde yo mantenía un control más fuerte (más no aplastante, como fue expuesto en la primera sección de análisis de datos).

Para finalizar

Este despliegue imprevisible en Bogotá, que desbordó los propósitos originales de las normas raciales, de clase y género, habría podido constituirse como un escenario de resistencia por oposición a dichas normas reguladoras. No obstante, yo cooperé abierta e intencionalmente con la política de movilidad de la Universidad que inauguraba relaciones, explícitamente violentas en algunos casos, contra esta alteridad. De modo similar a María Fernanda del CSJ en el segundo capítulo, esta conciencia de ser percibida no entabló procesos reflexivos con propósitos transgresores, más bien entraba a negociar con mis márgenes sociales y reafirmar distancias. No poseo la claridad de todos los motivos que me llevaron a inclinarme por dicha postura por encima de otras opciones¹¹⁰. Previamente mencioné varias de las posibles razones, junto con el deseo de encarnar ambas representaciones femeninas, pero existía una disposición por el ascenso social y estuve expuesta a aquella representación legítima de feminidad blanca del Claustro del Rosario que me ofrecía la posibilidad de ser como ellas si erradicaba el deseo de adoptar las maneras desenvueltas de las “calentanas”. De cara a mis sentidos trastocados y con la promesa del privilegio dentro del relato colectivo de la universidad, asumí el papel de guardiana de la movilidad con mi grupo de amistades, ya que como recuerda Butler (2014): “el deseo de ‘ser’ es un deseo ampliamente explotable. Quien promete la continuación de la existencia explota el deseo de supervivencia” (p.18).

Esta coexistencia de deseos mutuamente excluyentes significaba el fracaso de cualquier tentativa de sujeto blanco coherente y estructuraba un consentimiento con políticas de movilidad llenas de vacíos que no replicaba de forma completa sus intenciones. Asimismo, demuestra que la expulsión de lo Otro despreciable es un proceso constituyente del sujeto que para ser reconocido como lo Uno, debe suprimir constantemente aspectos de una

¹¹⁰ No podría tampoco poseerlos dado que la conciencia reflexiva no brinda luz a todos los rincones del sí. No es tampoco una fuente transparente de conocimiento.

alteridad amenazante, reiterando que no es externa. “Expulsar” es un verbo engañoso; parte de ella queda y compone el “Nosotros”. No somos solo el resultado de la socialización y saturación de unas posiciones sociales de género, clase y raza. También lo somos de la supresión y el esfuerzo por la no inscripción de significantes potencialmente amenazantes a nuestro devenir social: “lo social está fundado, por lo tanto, en una falta inerradicable” recuerda Leonor Arfuch (2010, p.13).

La ausencia es constituyente, no como una experiencia pasiva, sino como la reiteración cotidiana del rechazo, proceso en el que elaboramos estrategias como el distanciamiento, la cosificación y la domesticación de dicha alteridad radical, solo para darnos cuenta que ella sigue siendo parte nuestra; en el complejo universo del deseo, por ejemplo, sigue latente y anquilosada. Wade (2007) expone que esta ambivalencia del deseo, que coexiste con el desprecio, el temor y el anhelo, no socava el estudio de las relaciones de dominación, puesto que la ansiedad que genera en el sujeto le lleva a elaborar distintos mecanismos de regulación y normalización, alimentando odios y violencias contra la seducción del Otro amenazante. Somos desde lo que nos privamos, como recuerda Rosi Braidotti (2000): “La filosofía del como sí. Es como si algunas experiencias trajeran reminiscencias o evocaran otras; esta capacidad de fluir de una serie de experiencias a otra es una cualidad que yo valoro enormemente” (p.32).

EPÍLOGO

Una angustia que me acompañó durante todo el proceso fue el constante retorno a las preguntas ¿por qué investigo las vivencias de estos jóvenes? ¿Qué aportan estos conocimientos de lo micro a los estudios feministas y de género? ¿Puede esta investigación considerarse feminista cuando, en vez de estar estudiando casos concretos de victimización, violencias y resistencias, estoy hablando de asuntos “superficiales” como la escogencia del vestuario y el arreglo del rostro? Género, fueron todas esas vivencias cotidianas expresadas con ansiedad o con agrado; es la diferencia sexual que recreamos repetidamente en nuestros cuerpos a partir de aspectos aparentemente inocuos, ¿qué vestuario me pongo? ¿Cuál no? ¿Cómo arreglo mi rostro? ¿Lo arreglo? ¿Para quién? Levantamos fronteras, ¿cómo *no* quiero verme? ¿Cómo *no* quiero que me *vean*? ¿Por qué escojo este arreglo corporal por encima de otros? Dentro de una compleja espacialidad y en el marco de relaciones sociales donde mis prácticas corporales adquieren sentido y son clasificadas.

Este devenir subjetivo de género está enclasadado y racializado, determinado por constelaciones de procesos pedagógicos, exigencias, conminaciones, relaciones, historias, interacciones, fracturas, revueltas, incongruencias, vacíos y olvidos. En volátil relación con estas constelaciones, aprendemos qué es apropiado¹¹¹ y qué debemos mantener a distancia; quiénes son las “mujeres naturales”, las “empresarias” y quiénes son las “ofrecidas” o las “calentanas”, quiénes son los demás y quién puedo ser. Significo otros cuerpos como agradables, con quienes quiero y podría entablar relaciones afectivas, o como cuerpos desagradables que prefiero mantener a distancia física y simbólica.

¹¹¹ En el doble sentido de término: apropiado como la conveniencia de algo que me permite vivir en armonía en mis espacios sociales y apropiado como lo que hago mío a partir de tempranos y duraderos procesos de educación generizada y enclasadada.

Con base en estas nociones vivimos y nos relacionamos con otros y con nosotras mismas de manera práctica¹¹², a partir de exclusiones y construcción de límites con lo que no queremos que se nos reconozca. También atravesamos procesos de extrañamiento donde caemos en cuenta con angustia y dolor que, a ojos de otros y otras, encarnamos esa diferencia de “la ofrecida” o “la calentana” que queríamos mantener a distancia. El espacio no se circunscribe únicamente a algo “fuera de mí”; nuestro cuerpo es la frontera más íntima que reconstruimos cada día, en momentos con ahogo ante su peso, en otros haciendo hincapié en las distinciones incorporadas, pero en muchos casos de manera práctica entendiéndolo, como recuerda Silvia Citro: “solo hasta el punto de sentirme hambriento, experimentar deseo, sentir dolor y cansancio (...) entrando y saliendo de mi conciencia como un extraño” (Jackson citado en Citro, 2011; p.49).

Nuestra mirada es un poderoso acto de construcción de diferencia. La mirada que escoge qué recubrirá nuestra piel y qué me sería impensable usar. La mirada que le damos al otro o la otra con reproche por su “mal gusto” advirtiéndoles que deseamos mantenerlos a raya en nuestras interacciones, que no nos relacionamos con “esa clase de gente”. La mirada evaluadora que sentimos (o no) sobre nosotras y que trae consigo reafirmación, alivio, rabia o ansiedad. En este sentido, la mirada no capta un registro ingenuo del contorno de los objetos toda vez que, de acuerdo con Le Breton (2007): “el ojo carece de inocencia, llega ante las cosas con una historia, una cultura, un inconsciente. Pertenece a un sujeto. Arraigado en el cuerpo y en los sentidos, no refleja el mundo; lo construye mediante sus representaciones” (p.68). Nuestra constitución subjetiva adquiere, reconstruye, actualiza o interroga formas de

¹¹² Por conocimiento práctico retomo la definición de Bourdieu (1994) como: “un conocimiento por el cuerpo que garantiza una comprensión práctica del mundo absolutamente diferente del acto intencional de desciframiento consciente que suele introducirse en la idea de comprensión. Dicho de otro modo, el agente tiene una comprensión inmediata del mundo familiar porque las estructuras cognitivas que pone en funcionamiento son el producto de la incorporación de las estructuras del mundo en el que actúa, porque los instrumentos que emplea para conocer el mundo están elaborados por el mundo. Estos principios prácticos de organización de lo dado se elaboran a partir de la experiencia de situaciones encontradas a menudo y son susceptibles a ser revisados o rechazados en caso de fracaso reiterado” (p.180). Extiendo la citación con la finalidad de explicitar que aunque el conocimiento práctico refuta cualquier pretensión de reflexividad coherente, puede verse *sujeto* a actualizaciones en momentos concretos. Lo que significa que si bien se encuentra previo a cualquier noción de voluntarismo individualista, no ostenta un fatalismo aplastante ante la capacidad de revisión y cuestionamiento.

ver las cosas, una visión del mundo propia de los lugares (siempre fluidos) que ocupó. La mirada es el producto de un aprendizaje y un acto de (re)conocimiento y significación de nuestro universo social. Es una experiencia sensorial, mas no por ello pasiva, con la que cotidianamente (me) doy sentido.

Mucho se ha estudiado sobre la escuela como un escenario de ejercicio del poder sometedor y de disciplinamiento de los cuerpos: desde los aparatos ideológicos althusserianos, la noción del panóptico foucaultiano y como institución creadora del ciudadano moderno durante el periodo republicano en América del Sur; Zandra Pedraza (1996, 2011) es una referencia imprescindible en el último aspecto. En “El Cuerpo en Colombia” (Cabra & Escobar, 2014), la escuela es identificada como un espacio para el ejercicio de poder disciplinante encaminado a la productividad de sujetos dóciles. Sin embargo, las intervenciones de los y las participantes desdibujan la imagen de esta institución educativa como escenario unidimensional del ejercicio del poder sometedor, para entenderla como un espacio plegado, (re)construido y jerarquizado. Me interesaba analizar cómo los relatos de los y las estudiantes proveen otros lentes para estudiar la construcción de sentidos, abordando espacios de encuentros, desencuentros, confluencia de conocimientos y trayectorias sociales. Sus relaciones reconstruían espacios en la cotidianidad que, como comenta Sabido Ramos (2012): “se convierten en un elemento constitutivo de las formas de clasificación socialmente construidas que tienen efectos en las delimitaciones físicas, corporales e incluso afectivas que realizan las personas” (p. 62). Delimitaciones que, no obstante, son zonas grises caracterizadas por parodias y disrupciones.

El protagonismo de los intersticios cuestiona certezas epistemológicas de los estudios sociales para dar la bienvenida a nuevos horizontes significantes y significativos. Aquello no implica, de ninguna manera, descartar avances previos sino ponerlos en diálogo con nuevos interrogantes. Fijar nuestra atención en los casos en que los flujos resultan fértiles o generadores de nuevos conflictos. En todos los capítulos se evidenció el fracaso de la completa coherencia y la correspondencia de las posiciones que ocupamos en distintos momentos, las trayectorias constituyentes, nuestras prácticas, aspiraciones y deseos. Su iterabilidad fraccionada habilita una multiplicidad de escenarios del ser con miradas

plurisignificativas que construyen y reprochan una diferencia descrita desde el desprecio, que al mismo tiempo se ojea con ternura y desde la frustración del deseo. Estos escenarios afectan la constitución misma del espacio social pues en su mapeo nos encontramos con lugares que se despliegan a la vista o se contradicen en el diálogo de memorias: un barrio en una pequeña ciudad de frontera que borra rostros y absorbe ruidos indeseados a fin de construirse desde la reafirmación de nuestro dominio y un centro académico blanqueado en la capital del país cuyos pasillos y aulas eran sentidas como campos probatorios, espacios de autosatisfacción, de alimentación de desprecios. También como espacios de oportunidad para verle el rostro al Otro desde el interés y el anhelo.

El devenir y rehacer de género, clase y raza examinados a lo largo de los capítulos nos arrojan formas de pensar la constitución subjetiva desde tránsitos que interroguen las aproximaciones a las clásicas posiciones de dominio y dominación como casas fijas del sujeto. Dicha complejidad emergió tanto en el segundo como en el tercer capítulo, donde las mujeres manifestábamos relaciones ambiguas con unas representaciones femeninas ilegítimas caracterizadas por la coexistencia del desprecio, la envidia y el deseo. Nuestro “llegar a ser” en el género (enclasado y racializado) ha sido tanto el resultado de la presencia y la ausencia, el hacer y el deshacer: unos procesos pedagógicos prolongados donde aprehendemos las formas legítimas de ser e identificamos aquella diferencia que debe ser expulsada toda vez que amenaza nuestro proyecto de feminidad legítima. Como esta expulsión no encuentra término final, el marco de ciertas relaciones puede agudizar la sensación de amenaza y hacer que reactivaremos con virulencia relaciones de subordinación y jerarquías sociales.

Dicha diferencia es opaca. No se trata de que existan distintos grados de ella, sino que adquiere distintos rostros, muchas veces simultáneos, en nuestros devenires subjetivos. Esos Otros y Otras representan la más grave amenaza para mi (auto)reconocimiento como legítima heredera de los dividendos de género, raza y clase que me han sido conferidos. La consideramos como una diferencia despreciable pero nos genera un intenso deseo de ser, envidia y miedo a las sanciones que enfrentaríamos de entregarnos y satisfacer ese deseo. Este deseo de ser, que en los casos expuestos, quedó insatisfecho, podría pensarse como una manera de transgredir las posibles expectativas sociales puesto que deseo alcanzar una

situación fuera de los dividendos pensados como posibles y deseables. Este sentir del deseo, se presentó como un tránsito oscilante marcado por momentos de mayor intensidad o de retroceso. Al complejizar el concepto y los procesos de constitución de tal diferencia, difuminamos las rígidas barreras entre adentro/afuera. Si bien consideramos que esa diferencia hace parte de ese “enemigo externo” contra el que luchamos, es parte nuestra y así es reafirmado en cada intento de expulsarla que llevamos a cabo. Erradicarla, es ante todo, un llamado a erradicarla de nosotras y, por ende, un reconocimiento de que es nuestra. Más aún, es deseada en muchas ocasiones; universo de posibilidad donde se reajustan nuestras prácticas y miradas para satisfacer tal incongruencia, muchas veces en silencio y anonimato frente a amenazas de sanción. Estos momentos vividos generalmente en angustia y tensión, puesto que la definición clara y de carácter externo se torna opaca, nos damos cuenta que siguen siendo parte nuestra. Que la Otra que me interpela y me reclama como parte mía.

Es así como el “llegar a ser” que menciono reiteradas veces, representa en sí mismo una contradicción puesto que está diferido. No podemos consolidarme plenamente desde esas representaciones de feminidad legítimas, ya que tenemos una relación fluida y dialógica con todos los aspectos determinantes que reactualizan nuestra constitución subjetiva. Quien se constituye en ese devenir subjetivo no es un sujeto estable ni coherente, no culmina ni se desprende enteramente de sus aspectos constituyentes, sino que se relaciona con ellas de manera volátil y en varios momentos opta por posturas ocasionales. De ser así, repito nuevamente la pregunta: ¿qué podrían aportarle estas observaciones a un pensamiento feminista abordado, en una mayoría de casos, desde lo colectivo y la resistencia abierta al patriarcado? ¿Qué está en juego acá?

Soy incapaz de (e indisputada a) dar una respuesta que aborde todas las variantes de estas preguntas. Este es un interrogante que me ha arrojado la investigación frente al cual no tengo respuesta certera, pero las vivencias microsociales que protagonizaron la investigación de tesis (junto con las distintas reacciones al comentar mi tema “¿crees, en serio, que esa sea una tesis feminista?”) me advirtieron que hay una cosa muy importante para poner en diálogo: un panorama de fragmentadas vivencias cotidianas que brinda coexistencias, ambivalencias, luchas, resistencias ocasionales, omisiones, distanciamientos,

subordinaciones (con mayor o menor reflexividad de ellas, con mayor o menor aspiración a ellas). La reflexividad y conciencia de sí, de cada participante, fue intermitente y fluida. Un devenir subjetivo que no pretende ser nada más que el devenir de su propia historia. El valor de estas experiencias, no brota de pensarse por completo como un alimento para resistencias a nivel macro que buscan generar cambios estructurales, sino por lo valioso que tiene la complejidad de nuestras distintas esferas de vida, lo que nos informan sobre nosotros y nuestro mundo. Me corrijo y agrego, si efectivamente sirven en relación a las luchas feministas macro, es levantando interrogantes sobre ¿cómo nos posicionamos frente a la nostálgica noción de sujeto colectivo de lucha cuando los procesos micro se caracterizan por espontaneidades, rupturas y ambigüedades?

Asimismo, la investigación demostró que los aspectos considerados “superficiales” del cuerpo son campos de conflicto donde reconstruyo, valido, desplazo e interrogo las diferencias de clase, raza y género. En este sentido, también entra en diálogo con los estudios feministas y los estudios críticos del cuerpo que expresan su carácter histórico, relacional y conflictivo, espacio inacabado de reproducción y de potencialidades. Esta categoría del cuerpo, que ha adquirido mayor popularidad en los espacios académicos¹¹³, está vacía si no se estudia dentro del marco de relaciones sociales y de las fugas que alimentan la imaginación a distintas formas de ser. No obstante, posicionándome frente a los movimientos violetas¹¹⁴, objeto la noción de potencialidades y resistencias como lugares fijos, a los cuales se llega por medio de una conciencia coherente, enmarcados dentro de una lucha dialéctica para liberarnos del peso patriarcal. Mi intención no es descalificar esta postura, pero me incentiva manifestar que esas fugas se abren a una multiplicidad de posibilidades que complejizan la lógica dialéctica dominación-resistencia, para reconocer occasionalidades y opacidades en

¹¹³ Evidenciado, pero sin circunscribirse únicamente a estos casos, en la institucionalización de la mesa de diálogo Sociología de los Cuerpos y las emociones, en el Congreso ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología) desde el año 2007, junto con la *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, REALCES, que anunció su primera publicación electrónica en el mismo Congreso del año 2009 (Sabido Ramos, 2011).

¹¹⁴ El color violeta ha sido un símbolo global del feminismo, apropiado por mujeres de distintas orillas del movimiento político en distintos puntos geográficos. Para Mari Luz Esteban estas simbologías feministas actúan como una corporalidad colectiva: “aquellas que pusimos en marcha en los años setenta y ochenta y que tan buenos resultados nos dieron para fortalecer la identidad del grupo y la acción política” (2013, p.48)

nuestra constitución subjetiva. Esta situación no está limitada sólo a personas que se encuentren por fuera de los movimientos violetas, sino también, tentativamente, en nuestro ser y actuar feminista –cuestión que ya sería el propósito de otra investigación pero que no puedo dejar de mencionar, al menos por mi experiencia como feminista-.

Esta investigación también abordó los lugares de dominio, como cruces y prácticas complejas que todas, en ciertos momentos, habitamos. Nuestras experiencias demostraron que los procesos de consolidación de privilegios implican, paradójicamente, un sometimiento a normatividades de género, raza y clase. En varias ocasiones, los actos de apropiación del lugar de dominio no respondían necesariamente a un “placer” por la dominación o el privilegio (o al menos sólo como respuesta a tal placer), sino también a temores por los costos emocionales, simbólicos y materiales que conllevaría su rechazo. Estudiantes que yo veía desde mi lente sociológico como sujetos dominados (las estudiantes mujeres de ambos colegios y el grupo del CSJ) me interpellaron con sus interpretaciones, al elaborar ejercicios de alterización para recrear jerarquías en las cuales se consolidaban desde una posición de privilegio. Efectivamente, estos grupos se caracterizaban por unas condiciones materiales e históricas desventajosas frente al grupo del CSA y mi experiencia (en el caso del grupo del CSJ) o frente al grupo de los hombres (para el caso de las mujeres de ambos colegios), pero el reconocimiento de tal posición de subordinación era intermitente ya que muchas veces no solo no aceptaban tales imputaciones, también participaban activamente en la construcción de diferencias y subordinación de otros grupos.

En este sentido, los y las participantes me ayudaron a subsanar conflictos internos desatados por mi intolerancia frente a mis contradicciones. Conflictos donde me autoexigía una postura de completa coherencia con y desde el feminismo, obviando que esta no es un devenir aplastante, sino una relación (muchas veces sentida como incompleta) que construyo e interrogo diariamente. Relación íntima y colectiva que, como las vidas de ellos y ellas, también se encuentra determinada por vacíos, matices e incongruencias con las que negocio diariamente. No deseo romantizar lo contingente o “despolitizar” el feminismo (término que escuché en varias ocasiones en la Escuela de Estudios de Género), sino expresar que somos más cercanas a nuestros sujetos de estudios y sus conflictos, de lo que muchas veces

aceptamos reconocer. Es así que esta tesis de grado sobre nuestra relación con representaciones sociales, la construcción de diferencias y constitución espacial, desbordó su propósito y se tornó en un proceso íntimo de autorreconocimiento, diálogo y sanación.

Para terminar, quiero mencionar una conclusión metodológica que consistió en advertir, en la relectura de mi diario de campo y las entrevistas, que estas no eran solo herramientas para describir nuestras vivencias en orden cronológico y las interpretaciones que elaboramos sobre ellas. Nuestras experiencias discutidas y consignadas no se pensaban como testimonios que reflejaran las más auténticas verdades, noción contra la cual escribió Joan Scott (1992), sino como la posibilidad de recrear, a partir del lenguaje, unas marcas, trayectorias y conflictos de género, raza y clase; sus semejanzas y diferencias. Como recuerda Arfuch (2013) el espacio (auto)biográfico, aquel que renegocia los límites de lo privado, donde: “rostros, voces, cuerpos se hacen cargo de palabras, sostienen autorías, reafirman posiciones de agencia o de autoridad, testimonian haber vivido o haber visto, desnudan sus emociones, rubrican políticas de identidad” (p.20), es un espacio con el otro y para el otro. Les miramos y dialogamos con ellos y ellas (el otro o la otra consignado y el otro o la otra a quien se dirigen nuestras narrativas); espacio donde esperamos interpelarlo y crear sentido colectivo.

De esta forma, las herramientas metodológicas desbordaron el propósito de rastrear las trayectorias de constitución subjetiva para consolidarse como un campo autorrepresentativo que reclama reconocimiento a mis interlocutores. Renacíamos con la ayuda de estrategias narrativas: nuestras formas de expresarnos, los parámetros de nuestros universos íntimos que les permitimos explorar, las formas que fueron expuestas, los recortes y lo callado, para delinear las nuevas fronteras de nuestra representación. Ya recordaba Teresa De Lauretis (1987, 1992) que el lenguaje, si bien aparato social constructor y dominante, no es un campo unificado, sino conflictivo que engendra diferentes modos de producción de significados, representaciones y autorrepresentaciones. De ser así, este fue un intento de autorrepresentación en el género, la raza y la clase, una manera de apropiarlos a través del lenguaje y construir lugares propios de enunciación. Podría ser, también, una manera de rehacernos cuerpo, entendiendo que nuestras fronteras corporales no culminan en lo físico, pasan también a través del lenguaje y del diálogo. De alguna manera todavía no enteramente

clara, acabo estas últimas líneas sintiendo que no soy la misma que las empezó, que algo mío quedó en ellas y algo nuevo me dieron.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmed, Sara. (2007) “A Phenomenology of Whiteness” *Feminist Theory*. Vol. 8, No.2, pp. 149-168
- Alba, Marta. (2014) “‘Porque nos Duele Cúcuta’: Gremios Convocan Paro Cívico Regional” *Diario La Verdad*, ver: <http://www.periodicolaverdad.com/home/index.php/22-noticias/actualidad/regional/263-porque-nos-duele-cucuta-paro-civico-regional> [fecha de último acceso: 20 de abril, 2014]
- Allen, John; Massey, Doreen. & Cochrane, Allan. (1998) *Rethinking the Region*. Londres: Routledge
- Anderson, Kay. & Smith, Susan. (2001) “Editorial: Emotional Geographies” *Transactions of the Institute of British Geographers*. No. 26, pp.7-10
- Anzaldúa, Gloria “Speaking in Tongues: A Letter to Third World Women Writers” en Moraga, Cherríe & Anzaldúa, Gloria (eds.) (1983) *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*. Nueva York: Kitchen Table.
- Arango Gaviria, Luz Gabriela (2011) “Género, trabajo emocional y corporal en peluquerías y salones de belleza”, *La Manzana de la Discordia*. Vol. 6, No. 1, pp. 9-24
- ----- “A la sombra de los padres fundadores de la sociología” en Arango Gaviria, L. G. & Viveros Vigoya, M. (eds.) (2011) *El género: una categoría útil para las ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- -----; Bello Ramírez, J.A & Ramírez Ramírez S.A (2013) “Género, belleza y apariencia: la clientela de peluquerías en Bogotá” *Revista Nómadas*. No.38, pp.185-200
- Arfuch, Leonor. (2010) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

- ----- (2013) *Memoria y autobiografía. Exploración en los límites*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Baldwin, James. (1984) *Notes of a Native Son*. Boston: Beacon Press
- Bedregal, Ximena (S.F) “El feminismo autónomo radical: una propuesta civilizatoria” Ver: http://www.mamametal.com/articulos/en%20pdf/Hitoria_autonomas_mex.pdf
- Berdoulay, Vincent. “El sujeto, el lugar y la mediación de lo imaginario” en Lindón, Alice. & Hiernaux, Daniel (eds.) (2012) *Geografías de lo imaginario*. México DF: Anthropos
- Bhabha, Homi. “Foreword: Remembering Fanon: Self, Psyche, and the Colonial Condition” en Fanon, F. (1986) *Black Skin, White Masks*. Londres: Pluto Press
- Bonder, Gloria “Género y subjetividad, avatares de una relación no evidente” en Montecino, Sonia & Obach, Sandra (eds.) (1999) *Género y epistemología: mujeres y disciplinas*. Santiago, Chile: LOM Ediciones.
- Bondi, Liz; Davidson, Joyce. & Smith, Mick. “Introduction: Geography’s ‘Emotional Turn’” en Davidson, Joyce; Bondi, Liz & Smith, Mick. (eds.) (2007) *Emotional Geographies*. Edimburgo: Ashgate
- Bourdieu, Pierre. (1989) “Social Space and Symbolic Power” *Sociological Theory*. Vol. 7, No. 1, pp.14-25
- ----- (1994) *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama
- ----- (1999) *La Miseria del Mundo*. Madrid: Ediciones Akal
- ----- (2000) *La Dominación Masculina*. Barcelona: Anagrama
- ----- (2004 [2002]) *El Baile de los Solteros*. Barcelona: Anagrama
- ----- (2012 [1979]) *La Distinción: Criterios y Bases Sociales del Gusto*. Madrid: Ediciones Taurus
- Braidotti, Rossi. (2000) *Sujetos Nómades*. Buenos Aires: Paidós
- Butler, Judith. (1988) “Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory” *Theater Journal*. Vol. 4, No. 2, pp. 519-531

- ----- (1993) *Bodies that matter, on the discursive limits of "sex"*. New York: Routledge
- ----- (2001) "Giving an Account of Oneself" *Diacritics*. Vol. 3, No.4, pp.22-40
- ----- (2003) "Violence, Mourning and Politics" *Studies in Gender, Sex and Sexuality*. Vol. 4, No. 1, pp. 9-37
- ----- (2005) *Dar cuenta de sí mismo: violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu Editores
- ----- (2010 [2004]) *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós
- ----- (2010) "Performative Agency" *Journal of Cultural Economics*. Vol. 3, No. 2, pp.147-161
- ----- (2014) *Mecanismos psíquicos del poder: teorías sobre la sujeción*. Madrid: Ediciones Cátedra
- Cabra, Nina Alejandra & Escobar, Manuel Roberto (eds.) (2014) *El cuerpo en Colombia: Estado del arte cuerpo y subjetividad*. Bogotá: Universidad Central
- Cámara de Comercio (2015) "Informe de Gestión 2015" Cúcuta: Cámara de comercio de Cúcuta.
- Canal TRO (S.F) "Inseguridad reina en el centro de Cúcuta" Canal TRO. Ver: <http://www.canaltro.com/Nuestra-region-Nuestra-television/index.php/actualidad/item/686-inseguridad-reina-en-el-centro-de-c%C3%BAcuta.html> [fecha de último acceso: 16 de febrero de 2016]
- Cercapaz (2013) "En la semana de la infancia y la juventud en Cúcuta: panel 'Militarización de la vida juvenil'" Cercapaz. Ver: <http://www.cercapaz.org/novedades.shtml?s=g-xx-1-&x=2370> [fecha de último acceso: 31 de marzo, 2016]
- Citro, Silvia. "La antropología del cuerpo y los cuerpos en-el-mundo: indicios para una genealogía (in)disciplinar" en Citro, Silvia. (ed.) (2011) *Cuerpos Plurales: antropología de y desde los cuerpos*. Buenos Aires: Editorial Biblos

- Colombia Informa (2013) “Jóvenes en Cúcuta contra la militarización” Colombia Informa. Ver: <http://www.colombiainforma.info/mov-sociales/ciudad/875-jovenes-de-cucuta-en-contra-de-la-militarizacion> [fecha de último acceso: 31 de marzo, 2016]
- Constantini, Pablo. (2008) “La más asombrosa arma moderna del arsenal occidental. Militarización femenina en el mundo contemporáneo” *La Aljaba*. Vol. 12, pp. 97-114
- Crónicas de Cúcuta (2011) “Cúcuta: finales del siglo XX I” Blog Crónicas de Cúcuta, ver: <http://cronicasdecucuta.blogspot.com.co/2011/10/76-cucutafinales-del-siglo-xx-i.html> [fecha de último acceso: 28 de abril, 2016]
- Crónicas de Cúcuta (2011a) “Cúcuta: finales del siglo XX” Blog Crónicas de Cúcuta, ver: <http://cronicasdecucuta.blogspot.com.co/2011/10/cucutafinales-del-siglo-xx-iv.html> [fecha de último acceso: 28 de abril, 2016]
- Cruz Hoyos, Santiago (2010) “Cúcuta Sitiada por la Crisis” Diario *El País*, ver: <http://www.elpais.com.co/elpais/economia/noticias/cucuta-sitiada-por-crisis> [fecha de último acceso: 20 de abril, 2014]
- Curiel, Ochy (2009) “Un recorrido por la autonomía feminista. A propósito de la realización del Encuentro Autónomo realizado en México” *Revista en Otras Palabras*. No. 17.
- Delgado Mahecha, Oviedo. (2003) *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- De Lauretis, Teresa (1987) *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. Bloomington: Indiana University Press.
- ----- (1992) *Alicia ya no. Feminismo, semiótica y cine*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- De Sousa Santos, Boaventura. (2003) *Crítica a la Razón Indolente: Contra el Desperdicio de la Experiencia*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer S.A
- Diosa, Luis Felipe (2015) “Yuca Brava”. Portal de noticias El Mundo. Ver: http://www.elmundo.com/portal/vida/gastronomia/yuca_brava.php#.VvcQq-J97IU [Fecha de último acceso: 26 de marzo, 2016]

- DNP (2015) “Norte de Santander: información departamental” Departamento Nacional de Planeación. Ver: <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Inversiones%20y%20finanzas%20pblicas/Norte%20de%20Santander%2015.pdf> [fecha de último acceso: 30 de marzo, 2015]
- El Tiempo (1995) “Ve, mirá, ahí viene un traqueto” Archivo digital Periódico El Tiempo. Ver: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-273101> [fecha de último acceso: 5 de junio, 2015]
- El Tiempo (2015) “Gremios de Cúcuta se quejaron por la inseguridad en la zona de frontera” Periódico El Tiempo. Ver: <http://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/gremios-de-cucuta-se-quejaron-por-inseguridad-en-la-zona-de-frontera/16193544> [fecha de último acceso: 16 de febrero de 2016]
- Essed, Philomena. (1991) *Understanding Everyday Racism*. Londres: SAGE
- ----- “Hacia una conceptualización del racismo como proceso” en Quintero, Oscar & Hoffman, Odile (eds.) (2010) *Estudiar el racismo. Textos y herramientas*. Documento de trabajo No. 8. México: Proyecto AFRODESC/EURESCL
- Esteban, Mari Luz (2013) *Antropología del cuerpo: género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Ediciones Bellaterra
- Estrada Mesa Ángela María “Dispositivos y Ejecuciones de Género en Escenarios Escolares” en *Pensar (en) Género. Teoría y Práctica para Nuevas Cartografías del Cuerpo* (eds.) (2004) Millán de Benavides Carmen & Estrada Mesa Ángela María. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Falquet, Jules (2014) “Las feministas autónomas latinoamericanas y caribeñas: veinte años de disidencia” *Universitas Humanísticas*. No. 78, pp. 39-63.
- Frankenberg, Ruth (1993) *White Women, Race Matters: The Social Construction of Whiteness*. Minneapolis: The University of Minnesota Press
- Fine, Michelle, et al (eds.) (1997) *Off-White: Readings on Race, Power and Society*. New York: Routledge
- Foucault, Michael. “The Word Parrhesia” en Pearson, Joseph (ed.) (2002) *Fearless Speech*. New York: Semiotext

- Gamboa, Jorge Augusto (2009) “Cúcuta: ciudad comercial y fronteriza”. Banco de la República. Ver: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/junio2009/cucuta.htm> [fecha de último acceso: 30 de marzo, 2016]
- García Becerra, Andrea (2010) “Tacones, siliconas y hormonas. Teorías feministas y experiencias trans en Bogotá” Tesis de grado para la Maestría en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de estudios de Género.
- García Canclini, Nestor (1984) “Cultura y Organización Popular: Gramsci con Bourdieu” *Cuadernos Políticos*. No. 38, pp. 75-82
- Gil, Franklin (2010) “El éxito de la belleza negra” *La manzana de la Discordia*. Vol. 5, No. 2, pp. 25-44
- Goffman, Erwin (2009 [1959]) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Golubov, Nattie “Tránsitos por la ciudad: subjetividad, intimidad y espacios públicos” en Parrini Roses, Rodrigo (ed.) (2007) *Los Contornos del alma, los límites del cuerpo: género, corporalidad y subjetivación*. México: Programa universitario de estudios sobre el género.
- Gramsci, Antonio. (1974) *Pequeña Antología Política*. Barcelona: Fontanella
- Guber, Rosana (2001) *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Guillaumin, Colette “Una sociedad en orden. Sobre algunas de las formas de la ideología racista” en Quintero, Oscar & Hoffman, Odile (eds.) (2010) *Estudiar el racismo. Textos y herramientas*. Documento de trabajo No. 8. México: Proyecto AFRODESC/EURESCL
- Hall, Stuart. “Identidad cultural y diáspora” en Castro-Gómez, Santiago; Guardiola-Rivera, Oscar & Millán de Benavides, Carmen. (eds.) (1999) *Pensar (en) los intersticios: teoría y práctica de la teoría poscolonial*. Bogotá: CEJA.
- Halberstam, Judith (2008) *Masculinidad Femenina*. Madrid: Eagles

- Haraway, Donna (1995) *Ciencia, Cyborgs y Mujeres: la Reinención de la Naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra
- Harding, Sandra (1987) “Is There a Feminist Method?” en *Feminism and Methodology*. Indianapolis: Indiana University Press.
- Heredia, Mariana (2011) “Ricos Estructurantes y Nuevos Ricos en Buenos Aires: Primeras Pistas sobre la Reproducción y Recomposición de las Clases Altas” *Estudios Sociológicos*, Vol. 29 No. 58, pp. 61-97
- hooks, bell “Representing Whiteness in the Black Imagination” en Frankenberg, R. (ed.) (1997) *Displacing Whiteness: Essays in Social and Cultural Criticism*. Durham: Duke University Press
- ----- (2005) “Alisando nuestro pelo” *La Gaceta de Cuba*. No. 1, pp. 70-73
- Jabès, Edmond (2008) *El pequeño libro de la subversión fuera de sospecha*. Madrid: Editorial Trotta.
- ----- (2014) *El libro de la hospitalidad*. Madrid: Editorial Trotta.
- Kosofsky Sedgwick, Eve (1998) *Epistemologías del armario*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad
- La Opinión (2016) “Paro armado de los ‘Úsuga’ afecta a corregimiento de Cúcuta”. Diario La Opinión. Ver: <http://www.laopinion.com.co/cucuta/paro-armado-de-los-usuga-afecta-corregimiento-de-cucuta-109334#ATHS> [fecha de último acceso: 31 de marzo, 2016]
- ----- (2015) “Presentan plan para reactivar la zona franca de Cúcuta” Diario La Opinión. Ver: <http://www.laopinion.com.co/economia/presentan-plan-para-reactivar-la-zona-franca-de-cucuta-102216#ATHS> [fecha de último acceso: 31 de mayo, 2016]
- ----- (2015a) “Denuncian panfletos amenazantes en barrios de Cúcuta” Diario La Opinión. Ver: <http://www.laopinion.com.co/reportero-ciudadano/denuncian-panfletos-amenazantes-en-barrios-de-cucuta-102981#ATHS> [fecha de último acceso: 31 de marzo, 2016]

- ----- (2014) “Piden mayor presencia policial por aumento de prostitución” Diario La Opinión. Ver: http://www.laopinion.com.co/demo/index.php?option=com_content&task=view&id=444396&Itemid=27#.VQOFco5ws-g [fecha de último acceso: 13 de marzo, 2015]
- ----- (2014a) “No alcanzó a entrar a su casa, en Belisario” Diario La Opinión. Ver: http://www.laopinion.com.co/demo/index.php?option=com_content&task=view&id=444634&Itemid=33#.VQOFk45ws-g. [fecha de último acceso: 13 de marzo, 2015]
- ----- (2014b) “Expedían sustancias sicoactivas en el Páramo” Diario La Opinión. Ver: http://www.laopinion.com.co/demo/index.php?option=com_content&task=view&id=443794&Itemid=33#.VQOGv45ws-g [fecha de último acceso: 13 de marzo, 2015]
- ----- (2014c) “Regresó la muerte al barrio chapinero” Diario La Opinión. Ver: http://www.laopinion.com.co/demo/index.php?option=com_content&task=view&id=436348&Itemid=33#.VQOFy45ws-g [fecha de último acceso: 13 de marzo, 2015]
- Le Breton, David (1999) *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión
- ----- (2002) *Antropología del cuerpo y la modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión
- ----- (2002a) *La sociología del cuerpo*. Buenos Aires: Nueva Visión
- ----- (2007) *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión
- Lindón, Alicia (2009) “La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento” *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*. No. 1, Año 1. Pp. 6-21
- ----- & Hiernaux, Daniel. “Renovadas intersecciones: la espacialidad de lo imaginario” en Lindón, Alicia & Hiernaux, Daniel (eds.) (2012) *Geografías de lo imaginario*. México DF: Anthropos.

- Lorde, Audry “The Master’s Tools Will Never Dismantle the Master’s House” en Moraga, Cherríe & Anzaldúa, Gloria (eds.) (1983) *This Bridge Called my Back: Writings by Radical Women of Color*. Nueva York: Kitchen Table.
- Massey, Doreen (1994) *Space, Place and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press
- ----- (2005) *For Space*. Londres: Sage Publications
- McDowell, Linda (2000) *Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra
- ----- “Reflexiones sobre los dilemas de investigación feminista” en Millán de Benavides, Carmen & Estrada, Ángela María (eds.) (2004) *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Bogotá: Editorial Pontificia Javeriana.
- Meertens, Donny. Viveros, Mara. & Arango, Luz Gabriela. “Discriminación étnico-racial, desplazamiento y género en los procesos identitarios de la población “negra” en sectores populares de Bogotá” en Zabala Arguelle, María del Carmen (ed.) (2008) *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Melo Moreno, Marco Alejandro “La categoría analítica del género: una introducción” en Viveros, M. Rivera, C. & Rodríguez, M. (eds.) (2006) *De hombres, mujeres y otras ficciones... género y sexualidad en América Latina*. Bogotá: CES
- Meneses Reyes, Carlos (2014) “El Clan Barriga: Parapolítica y Negocios en Norte de Santander” *Rebelión*, ver: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=181817> [fecha de último acceso: 20 de abril, 2014]
- Memmi, Albert. “El racismo: definiciones” en Quintero, Oscar & Hoffman, Odile (eds.) (2010) *Estudiar el racismo. Textos y herramientas*. Documento de trabajo No. 8. México: Proyecto AFRODESC/EURESCL
- Merlau-Ponty, Maurice (1993 [1945]) *Fenómenología de la percepción*. Buenos Aires: Planeta-Agostini
- Moraña, Mabel. (2010) *La escritura del límite*. Madrid: Iberoamericana

- Moreno, Bubulina. (2015) “Mi cuerpo y mente como alma de deconstrucción masiva” en El Beisman: <http://www.elbeisman.com/article.php?action=read&id=728> [fecha de último acceso: 3 de junio, 2015]
- Moreno Durán, Álvaro. & Ramírez, José Ernesto (2013) *Pierre Bourdieu: Proyección Siglo XXI*. Bogotá: Instituto Latinoamericano de Altos Estudios.
- [Moreno Sainz-Ezguerra, Yera \(2015\) “Nombres \(im\)proprios de la A a la Z. Breves apuntes sobre nombres, identidades, cuerpos y agencia narrativa” Política y Sociedad. Vol. 52, No. 2, pp. 539-556](#)
- Onghega, Yolanda. (2014) *Pensar la mezcla, un relato intercultural*. Barcelona: Gedisa Editorial
- Pedraza, Zandra. (1996) *En cuerpo y alma: visiones del progreso y la felicidad*. Berlín: Universitat Berlin
- ----- “Intervenciones estéticas del yo: sobre estético-política, subjetividad y corporalidad” en Laverde, María Cristina. et all (eds.) (2004) *Debates sobre el sujeto: perspectivas contemporáneas*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- ----- “Intervenciones estéticas del yo, sobre estético-política, subjetividad y corporalidad” en Sacchi dos Santos, Luís Henrique & Costa Ribeiro, Paula Regina (eds.) (2011) *Corpo, gênero e sexualidade: instâncias e práticas de produção nas políticas da própria vida*. Rio Grande: FURG
- ----- (2013) “Por el Archipiélago del Cuerpo: Experiencia, Práctica y Representación” *Nómadas* No.39 pp. 13-27
- Pequeño, Itziar (2014) “Yo ya no creo en una solidaridad feminista transnacional así por así” Entrevista a Ochy Curiel en Píkara Magazine: <http://www.pikaramagazine.com/2014/10/yo-ya-no-creo-en-una-solidaridad-feminista-transnacional-asi-por-asi/> [fecha de último acceso: 23 de mayo, 2015]
- Pizarnik, Alejandra. (1993) *La extracción de la piedra de la locura: otros poemas*. Madrid: Visor Libros
- Posso, Jeanny. “Mecanismos de discriminación étnico-racial, clase social y género: la inserción laboral de mujeres negras al servicio doméstico de Cali” en Zabala

Arguelle M. C. (ed.) (2008) *Pobreza, exclusión social y discriminación étnico-racial en América Latina y el Caribe*. Bogotá: Siglo del Hombre.

- Pratt, Mary Louise (1992) *Imperial Eyes. Travel Writings and Transculturation*. Londres: Routledge.
- ----- “Arts of the Contact Zone” en Bartholomae, David & Petrofsky, Anthony (eds.) (2010) *Ways of Reading*. Nueva York: Bedford Editions.
- Preciado, Paul (2000) *Manifiesto Contrasexual: prácticas subversivas de identidad sexual*. Madrid: Editorial Ópera Prima
- ----- (2009) “Basura y género: mear/cagar, masculino/femenino” *Parole de queer* 2, pp. 14-17
- Rich, Adrienne. (1999) “Apuntes para una política de la ubicación (1984)” en Seminario Interdisciplinario de Escritura Femenina. *Otramente: Lectura y escritura feministas*. México: Fondo de Cultura Económica
- Rodríguez Gutiérrez, María Alejandra (2015) “En Cúcuta la mayor invasión es la violencia” Cúcuta 7 Días. Ver: <https://cucuta7dias.com/empoderemonos/ciudad/invasiones-la-mayor-de-ellas-en-cucuta-es-la-violencia/> [fecha de último acceso: 16 de febrero de 2016]
- Rodríguez Rondón, Manuel Alejandro “¿Qué es la representación y cuál es su importancia para los estudios sociales?” en Grupo de Estudios en Género Sexualidad y Salud en América Latina GESSAM (eds) (2006) *De hombres, mujeres y otras ficciones... género y sexualidad en América Latina*. Bogotá: CES
- Sabido Ramos, Olga. “El cuerpo y sus trazos sociales. Una perspectiva desde la sociología” en Zabludovsky Kuper, G. (ed.) (2007) *Sociología y cambio conceptual*. México: Siglo XXI Editores
- ----- (2010) “El «orden de la interacción» y el «orden de las disposiciones». Dos niveles analíticos para el abordaje del ámbito corpóreo-afectivo”. *Revista Realces*. No. 3, pp. 6-17
- ----- (2011) “El cuerpo y la afectividad como objetos de estudio en América Latina: intereses temáticos y proceso de institucionalización recientes” *Sociológica*. Vol. 26, No.74, pp. 33-78

- ----- (2012) *El cuerpo como recurso de sentido en la producción del extraño: una perspectiva sociológica*. Madrid: Sequitur
- Sánchez-Jabba, Andrés (2014) “Crisis en la Frontera” *Banco de la República – Documentos de Trabajo sobre la Economía Regional*. No. 197, p.1-45
- Sándoval, Paula. (2013) “El miedo como experiencia social en el orden de la heterosexualidad” *X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires.
- Scott, Joan. “Experience” en Scott, J. & Butler, J. (ed.) (1992) *Feminist Theorize the Political*. New York: Routledge
- Segato, Rita Laura. “El Edipo brasilero: la doble negación de género y raza”, en Femenías, María Luisa (ed.) (2007) *Perfiles del Feminismo Iberoamericano, volumen 3*. Buenos Aires: Catálogos.
- Señal Colombia (S.F) “Definición: Traqueto” Canal Señal Colombia: <http://www.senalcolombia.tv/component/glossary/Diccionario-1/T/Traqueto-355/> [fecha de último acceso 4 de junio, 2015]
- Silva, Miguel (2006) “Llegaron los Traquetos” en Periódico El Tiempo: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1883141> [fecha de último acceso: 4 de junio, 2015]
- Smith, Dorothy (2007 [1972]) “Women’s Perspective as a Radical Critique to Sociology” *Sociological Inquiry*. Vol. 4, No. 1, pp. 7-13
- Soto Villagrán, Paula. “Entre los espacios del miedo y los espacios de la violencia: discursos y prácticas sobre la corporalidad y las emociones” en Aguilar, Miguel Ángel & Soto Villagrán, Paula. (eds.) (2013) *Cuerpos, espacios y emociones: aproximaciones desde las ciencias sociales*. México: M.A Porrúa
- Suárez-Krabbe, Julia (2011) “En la Realidad. Hacia Metodologías de Investigación Descoloniales” *Tábula Rasa* No.14, pp. 183-204
- Universidad del Rosario. “La Universidad”, ver: <http://www.urosario.edu.co/la-universidad/>
- Vargas, Virginia (2008) *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y la democracia*. Lima: Centro de la mujer peruana Flora Tristan

- Velásquez, Camilo. (2016) “Apenas Brilla” *Las Flores del Añil*. Bandcamp, ver: <http://camilovelasquez.bandcamp.com/track/apenas-brilla>
- Villamil Peñaranda, María. Elena. (2013) “En búsqueda de un ‘trabajo a la sombra’: masculinidades rurales en el contexto neoliberal. El caso de la vereda El Cerro, Municipio de Sardinata, Norte de Santander” Tesis de grado para la Maestría en Estudios de Género. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de estudios de Género.
- Villarraga, Álvaro; Cañizares, Wilfredo. & Ramos, Magaly “Estudio sobre los Derechos Humanos en la Ciudad de San José de Cúcuta, en el Contexto de la Violencia y Conflicto Armado Registrado en Norte de Santander” Fundación Democrática & Fundación Progresar. Ver: <http://www.verdadabierta.com/documentos/victimarios/bloques/bloque-catatumbo/202-estudio-sobre-los-derechos-humanos-en-la-ciudad-de-cucuta> [fecha de último acceso: 27 de abril, 2014]
- Viveros Vigoya, Mara. & Garay Ariza, G. (1999) (ed.) *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales
- ----- (2002) *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.
- ----- “El concepto de ‘género’ y sus avatares: Interrogantes en torno a algunas viejas y nuevas controversias” en Millán de Benavides, Carmen. & Estrada Ángela (eds.) (2004) *Pensar (en) género. Teoría y práctica para nuevas cartografías del cuerpo*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana
- ----- (2013) “Alteridad, género, sexualidad y afectos. Reflexiones a partir de una experiencia investigativa en Colombia” *Cadernos Pagu*, No. 41, pp. 41-52
- Viveros Vigoya, Mara. & Gil Hernández, Franklin. (2010) “Género y generación en las experiencias de ascenso social de personas negras en Bogotá” *Maguaré*. No. 24, pp.99-130
- Viveros Vigoya, Mara. & Zambrano, Martha. “La diferencia: un concepto problemático para la antropología y el feminismo” en Arango Gaviria, Luz Gabriela

& Viveros Vigoya, Mara (eds.) (2011) *El género: una categoría útil para las ciencias sociales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Wade, Peter.; Urrea, Fernando. & Viveros, Mara. (2008) *Raza, etnicidad y sexualidades: ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*. Bogotá: CES
- Wade, Peter. (2009) *Race and Sex in Latin America*. Londres: Pluto Press.
- Waldman, Gilda. “El rostro en la frontera” en León, E. (ed.) (2009) *Los rostros del otro: reconocimiento, invención y borramiento de la alteridad*. Barcelona: Anthropos.
- Witz, Anne (2000) “Whose Body Matters? Feminist Sociology and the Corporeal Turn in Sociology and Feminism” *Body and Society*. Vol. 6, No. 2, pp. 1-24
- Zänä, Nxu. (2010) “Contra la teoría queer (desde una perspectiva indígena)” en Ciudad de mujeres: <http://www.ciudaddemujeres.com/articulos/Contra-la-teoria-Queer> [fecha de último acceso: 22 de mayo, 2015]